

EDITORIAL INDEPENDENCIA



NUESTRO CIELO

NUESTRO CIELO

¡HAZ ALGO MAS!

Haz algo más que existir: VIVE.

Haz algo más que mirar: OBSERVA.

Haz algo más que leer: ASIMILA.

Haz algo más que oír: ESCUCHA.

Haz algo más que escuchar: COMPRENDE.

Haz algo más que pensar: MEDITA.

Haz algo más que hablar: DI ALGO UTIL.

Haz algo más que proyectar: ¡EJECUTA!



31.169

JUAN PABLO LUCERO

MAESTRO NORMAL

G. R.
G. N. de G.

NUESTRO CIELO

TEXTO DE LECTURA
PARA QUINTO GRADO



BUENOS AIRES
EDITORIAL INDEPENDENCIA
BELGRANO 525

1935

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

155X240

1.^a EDICION — SEPTIEMBRE 1935

*Es propiedad del Autor. Queda hecho el depósito
conforme a las leyes 7092 y 9510.*

PROLOGO

Al presentar este libro, esfuerzo humilde y honesto, que pongo en manos de los maestros y niños argentinos, dos cosas creo haber realizado.

La primera, dar a mis colegas un material de trabajo sencillo, variado, educativo y orgánico que facilite la enseñanza de la lectura. La segunda, familiarizar a los alumnos con grandes autores y buenas obras de Argentina y del extranjero, para acostumbrarles a leer páginas de verdadero mérito.

*La experiencia en el aula y el conocimiento del espíritu infantil, nos demuestran que en los tres últimos grados de la Enseñanza primaria, el mejor texto de lectura es una antología. Así también nos lo señalan prestigiosos escritores y educadores. Lo ha dicho Joaquín V. González, al prologar una edición de la antigua *crematología* de Cosson. Y el poeta y profesor Arturo Marrasso, en su conferencia sobre LA LECTURA EN LA ESCUELA PRIMARIA expresa: «Creo que fuera de los li-*

bro para grados elementales, y salvo excepciones rarísimas, ninguna obra escolar de lectura debiera ser de un solo autor; y, dentro de la variedad de los autores, podrían elegirse páginas de distintas épocas literarias; las obras que han resistido la influencia del tiempo serán modelos más perfectos y dignos de estudio. Porque un libro para niños, para repetir las palabras del poeta: será flor de flores; está formado por piedrecillas preciosas.»

Contiene NUESTRO CIELO trozos de bella forma o de pensamiento puro, fábulas y parábolas, descripciones, cuentos y relatos. Las composiciones poéticas ocupan aquí mucho lugar, por la importancia que la poesía tiene en la formación del sentimiento y en la educación estética. Diversas semblanzas de grandes hombres (Ameghino, Beethoven, Belgrano, Brown, Buchardo, Franklin, Güemes, Mitre, Oro, Rivadavia, San Martín y Sarmiento), y de algunas grandes mujeres (María Sánchez de Thompson, Remedios Escalada de San Martín y Juana Azurduy), servirán de ejemplo y de guía a las generaciones que ahora se están construyendo.

JUAN PABLO LUCERO.

Buenos Aires, septiembre de 1935.

INDICES

INDICE DEL CONTENIDO

	PAG.
Prólogo	V

PRIMERA PARTE

Joaquín V. GONZÁLEZ: <i>Patriotismo</i>	3
Severo CATALINA: <i>¡Madre!</i>	5
Rafael A. ARRIETA: <i>Visión optimista</i> (Poesía)	7
José INGENIEROS: <i>Ameghino. Una vida al servicio de un ideal</i> ..	9
Esteban ECHEVERRÍA: <i>Quien persevera triunfa siempre</i>	13
Ricardo GUTIÉRREZ: <i>El arreo</i>	15
Florentino AMEGHINO: <i>Monte Hermoso</i>	17
Tulio Febres CORDERO: <i>La mata de centavos</i> (Cuento)	20
Alfredo R. BUFANO: <i>Pájaros argentinos</i> (Poesía)	23
José Manuel ESTRADA: <i>Belgrano y San Martín</i>	25
Eduardo L. HOLMBERG: <i>Las cataratas del Iguazú</i>	28
Nicolás AVELLANEDA: <i>La propiedad</i>	31
Bartolomé MITRE: <i>La gran cordillera de los Andes</i>	33
Olegario V. ANDRADE: <i>El paso de los Andes</i> (Poesía)	36
Andrés BELLO: <i>El estudio de la Naturaleza</i>	38
Juan Carlos DÁVALOS: <i>El Quirquincho y el Zorro enlazador</i> (Fábula nortea)	41
Canciones de cuna (Poesías):	
Gabriela MISTRAL: <i>La cuna</i>	43
Juana de IBARBOUROU: <i>La canción de Natacha</i>	44

	PAG.
Francisco de APARICIO: <i>Del arte de los aborígenes del Noroeste argentino</i>	46
Mariano A. PELLIZA: <i>El complot de los fusiles</i> (Relato)	50
LAMENNAIS: <i>La roca</i> (Parábola)	53
Estanislao DEL CAMPO: <i>Fausto</i> (Poesía)	55
Juan Rómulo FERNÁNDEZ: <i>La obra maestra de Sarmiento</i>	57
Ramón J. CÁRCANO: <i>Transportes fluviales</i>	61
Adolfo P. CARRANZA: <i>María Sánchez de Thompson</i>	64
Iván TURCUENEF: <i>Los dos ricos</i>	67
Soren KIERKEGAARD: <i>Una mujer del pueblo</i>	68
Luis L. DOMÍNGUEZ: <i>25 de Mayo de 1810</i>	70
Maruja VIDAL FERNÁNDEZ: <i>Romance de French y Beruti</i> (Poesía) ..	75
Mariano MORENO: <i>La Junta de mayo suprime honores a sus miembros</i>	79
Manuel UGARTE: <i>El clarín de Mayo</i> (Poesía)	84
Deán FUNES: <i>La leona agradecida</i> (Relato)	86

SEGUNDA PARTE

Dardo ROCHA: <i>Para dejar grandes obras</i>	91
Berta E. VIDAL DE BATTINI: <i>El maizal</i> (Poesía)	94
Lucio V. LÓPEZ: <i>El Himno nacional. Dónde y cómo se escribió</i> ..	96
Orlando WILLIAMS: <i>Primeros pobladores del Delta paranaense</i> ...	99
Marcos SASTRE: <i>La calandria</i>	103
Juan Bautista ALBERDI: <i>Cuando el hombre es hombre</i>	106
Juana Manuela GORRITI: <i>El entierro de Güemes</i>	107
Fausto BURGOS: <i>De tierras salteñas</i>	109
B. FERNÁNDEZ MORENO: <i>Insomnio</i> (Poesía)	113
Romain ROLLAND: <i>La amistad</i>	114
Belisario ROLDÁN: <i>Oración a la bandera</i>	116
León TOLSTOY: <i>Un perro muerto</i> (Parábola)	120
Joaquín V. GONZÁLEZ: <i>Fray Justo Santa María de Oro y el Congreso de Tucumán</i>	122
Carlos Octavio BUNGE: <i>Los nidos de las aves</i>	126
José MARTÍ: <i>La rosa blanca</i> (Poesía)	129
Rafael BARREDA: <i>La comandante</i> (Relato)	130
Mario LEGRAND: <i>Mi maestra</i>	133
Alberto CASTELLANOS: <i>De Córdoba a San Roque</i>	135
Benjamín VICUÑA MACKENNA: <i>Retrato de San Martín</i>	140

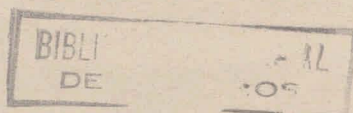


INDICE ALFABETICO DE AUTORES

	PAG.
ALBERDI (Juan Bautista): Cuando el hombre es hombre	106
AMEGHINO (Florentino): Monte Hermoso	17
ANDRADE (Olegario V.): El paso de los Andes (Poesía)	36
APARICIO (Francisco de): Del arte de los aborígenes del Noroes- te argentino	46
ARRIETA (Rafael A.): Visión optimista (Poesía)	7
AVELLANEDA (Nicolás): La propiedad	31
BARREDA (Rafael): La comandante (Relato)	130
BELLO (Andrés): El estudio de la Naturaleza	38
BUFANO (Alfredo R.): Pájaros argentinos (Poesía)	23
BUNGE (Carlos Octavio): Los nidos de las aves	126
BURGOS (Fausto): De tierras salteñas	109
BUSTOS (Julia): Hogareña (Poesía)	188
CABRERA (Angel): Los bienhechores del campo	204
CAMPO (Estanislao del): Fausto (Poesía)	55
CÁRCANO (Ramón J.): Transportes fluviales	61
CARRANZA (Adolfo P.): María Sánchez de Thompson	64
» » » Remedios Escalada de San Martín	144
» » » El terremoto de Mendoza	184
CASTELLANOS (Alberto): De Córdoba a San Roque	135
CATALINA (Severo): ¡Madre!	5
CERVANTES (Miguel de): La aventura de los carneros	211

	PAG.
CIBILS (José): La muerte del cacique (Poesía)	170
DÁVALOS (Juan Carlos): El Quirquincho y el Zorro enlazador (Fábula nortea)	41
DEÁN FUNES: La leona agradecida (Relato)	86
DOMÍNGUEZ (Luis L.): 25 de Mayo de 1810	70
DON Juan Manuel: El paño maravilloso (Cuento tradicional)	165
D'ORS (Eugenio): Del trato que se da a los libros.....	227
ESTRADA (José Manuel): Belgrano y San Martín	25
ECHEVERRÍA (Esteban): Quien persevera triunfa siempre	13
FEBRES CORDERO (Tulio): La mata de centavos (Cuento)	20
FERNÁNDEZ (Juan Rómulo): La obra maestra de Sarmiento	57
FERNÁNDEZ MORENO (B.): Insomnio (Poesía)	113
FRANCO (Pedro B.): Beethoven	175
GABRIEL Y GALÁN (José Ma.): ¡Ara y canta! (Poesía)	147
GONZÁLEZ (Joaquín V.): Patriotismo	3
» » » Fray Justo Santa María de Oro y el Con- greso de Tucumán	122
GORRITI (Juana Manuela): El entierro de Güemes	107
GUTIÉRREZ (Ricardo): El arreo	15
HOLMBERG (Eduardo L.): Las cataratas del Iguazú	28
IBARBOUROU (Juana de): La canción de Natacha (Poesía)	44
» » » Elogio de misia Hormiguita	234
INGENIEROS (José): Ameghino. Una vida al servicio de un ideal..	9
JIMÉNEZ (Juan Ramón): Platero	163
KIERKEGAARD (Soren): Una mujer del pueblo	68
LAMENNAIS: La roca (Parábola)	53
LEGRAND (Mario): Mi maestra	133
LÓPEZ (Lucio V.): El Himno nacional. Dónde y cómo se escribió	96
LÓPEZ (Vicente F.): El almirante Brown	159
MANTILLA (M. F.): San Martín y un arriero (Relato)	151
MARTÍ (José): La rosa blanca (Poesía)	129
MIGNET: Una vida ejemplar (Franklin)	246
MISTRAL (Gabriela): La cuna (Poesía)	43

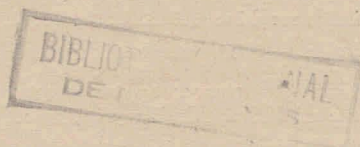
	PAG.
MITRE (Bartolomé): La gran cordillera de los Andes	33
MORENO (Mariano): La Junta de mayo suprime honores a sus miembros	79
PAYRÓ (Roberto J.): Crispín y Crispina (Leyenda)	242
» » » Visión de la isla de los Estados	248
PELLIZA (Mariano A.): El complot de los fusiles (Relato)	50
PIÑERO (Norberto): Mitre	222
PRADO (Pedro): Dónde comienza a florecer la rosa	173
ROCHA (Dardo): Para dejar grandes obras	91
ROLDÁN (Belisario): Oración a la bandera	116
ROLLAND (Romain): La amistad	114
RUEDA (Salvador): A los estudiantes (Poesía)	253
SASTRE (Marcos): La calandria	103
SELGAS (José): ¿Sabéis lo que es una madre?	202
SILVA VALDÉZ (Fernán): Ronda catonga del chacarero (Poesía)	207
STORNI (Alfonsina): El obrero (Poesía)	239
SUÁREZ (Leopoldo): Los árboles y la vida	229
SYLVA (Carmen): La mano	191
TOLSTOY (León): Un perro muerto (Parábola)	120
TORRES FRÍAS (D.): Buchardo (Poesía)	162
TURGUENEV (Iván): Los dos ricos	67
UCARTE (Manuel): El clarín de mayo (Poesía)	84
VEDIA Y MITRE (Mariano de): Rivadavia	181
VERGARA (Carlos N.): La ciencia del gobierno	157
VICUÑA MACKENNA (Benjamín): Retrato de San Martín	140
VIDAL DE BATTINI (Berta E.): El maizal (Poesía)	94
VIDAL FERNÁNDEZ (Maruja): Romance de French y Beruti (Poesía)	75
WHITMAN (Walt): ¡Gracias!	255
WILLIAMS (Orlando): Primeros pobladores del Delta paranaense..	99
YUNQUE (Alvaro): Variaciones para el Día del árbol (Poesía) ..	232
ZORRILLA DE SAN MARTÍN (Juan): Canción de cuna de Tabaré (Poesía)	225



INDICE DE ILUSTRACIONES

	<u>PAG.</u>
Retrato de Florentino Ameghino	11
Panorama del río Luján. — Por Francisco FORTUNY	19
Retrato de Manuel Belgrano	27
Tendido de un puente en la línea de Huaytiquina	35
Vasos de cerámica indígena	49
Retrato de Sarmiento. — Por su nieta	59
Página final del acta del acuerdo de 25 de mayo de 1810	73
Retrato de Cornelio de Saavedra	83
El pensador. — Por Auguste RODÍN	93
La casa de Sarmiento en el Delta	101
Crepúsculo en Salta. — Por Miguel PETRONE	111
Interior de la Casa de Tucumán	123
Vistas del lago y dique de San Roque	136
Retrato de San Martín	143
Arando. — Por I. MONTINI	149
Retrato del almirante Brown	161
El Toqui (indio araucano). — Por Ramón SUBIRATS	171

	<u>PAG.</u>
Retrato de Bernardino Rivadavia	183
Carga de maderas. — Por B. QUINQUELA MARTÍN	193
Elevadores de granos. — Por E. TARTAGLIONE	209
Sancho Panza. — Por MORENO CARBONERO	213
Retrato de Mitre	223
Cardón. — Foto de Alcides PLUKENET	231
Panta Vilques. — Por Jorge BERMÚDEZ	241
Paisaje en los canales fueguinos	249



PRIMERA PARTE

PATRIOTISMO

POR JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Patriotismo, del tipo del de Belgrano, es el verdadero, el puro y el fecundo patriotismo, definido en él por un conjunto de cualidades que lo impulsan al bien general con preferencia al propio; y él lo veía y lo definía en forma de cultura, conocimiento y aptitud para el trabajo y la vida moral. De esa manera el buen patriotismo no es sólo el que consiste en armarse y defender en las batallas el suelo y la vida, sino en contribuir a formar una sociedad nacional culta, laboriosa, honesta y justiciera, en la cual todos sus miembros se sientan ayudados por sus compatriotas, y dignos de ser buscados e imitados por los hijos de otras nacionalidades. Existen, así, dos patriotismos cubiertos por la misma bandera: el patriotismo externo o territorial, y el patriotismo cívico o

democrático, que consiste en la participación de alma en la práctica leal de la libertad civil y política.

No puede ser el patriotismo un sentimiento hostil ni excluyente del extranjero, de próximo o lejano país o raza. Por el contrario, esa noble virtud consiste en la práctica de la solidaridad humana, que los antiguos confundían y realizaban con la hospitalidad, erigida en culto sagrado. El extranjero es un hermano, es un amigo, es un colaborador de nuestro propio progreso y bienestar; y es justo que él, en retribución, y por su propio derecho al trabajo y a la vida, tenga su recompensa: y no hay Nación del mundo que pueda enorgullecerse de poseer, en grado más alto que la nuestra, garantías y privilegios en favor del extranjero. Esta es una de las visiones más geniales de nuestros padres de la Independencia y de la Constitución.



¡MADRE!

POR SEVERO CATALINA

Su nombre está escrito en el corazón: es el nombre más tierno de cuantos encierra el diccionario.

El nombre solo de *madre* nos representa aquella mujer en cuyo seno bebimos el dulcísimo néctar de vida; en cuyo regazo dejábamos reposar nuestra cabeza; aquella mujer que nos acariciaba; que oprimía entre las suyas nuestras manos; que besaba nuestra frente; que enjugaba nuestro llanto; que nos mecía, por fin, en sus brazos al eco blando de una balada de amor.

¡Dichosos mil veces los que todavía podemos contemplarla con los ojos de la realidad!

Vosotros, los que habéis perdido a vuestra madre, también podéis verla si tenéis corazón y sentimientos.

Podéis verla en el ensueño dorado de vuestra felicidad. Si el astro de la noche envía sobre la tierra su

pálido resplandor, figuraos que el resplandor pálido del astro de la noche es la mirada tranquila y cariñosa que vuestra madre os dirige desde el cielo.

Si veis en la región del cielo una blanca nubecilla, que flota cual tenue gasa sostenida en sus extremos por dos ángeles, es el alma de vuestra madre que al miraros sonríe de cariño desde el cielo.

Si a la caída de una tarde melancólica sentís en el valle un eco vago que se pierde a lo lejos, y que no es el canto de las aves, ni el murmullo de la fuente; arrodiillaos: es el aleteo de la oración que por vosotros eleva vuestra madre.

Si en noche apacible del estío acaricia vuestra frente una brisa consoladora, que no es la brisa de los campos, ni el hálito embalsamado de las flores, estremeceos de placer: es el beso de pureza y de ternura que os envía desde el cielo vuestra madre.



VISION OPTIMISTA

POR RAFAEL A. ARRIETA

Mi vecino, al pasar, esta mañana,
me dió los buenos días y dejó en mi ventana
tres rosas de su huerto, fragantes, deliciosas.
húmedas de rocío! Desde un cristal, las rosas
cual tres imaginarias, ideales
cabezas fraternales,
sobre mi mesa asisten a mi trabajo. Siento
el solidario apoyo de su aliento
común en que la idea se perfuma
de bondad y al surgir besa la pluma.

¡Oh, clara, fresca y suave compañía
que me hizo bueno en todos los actos de este día
pues fué mi corazón como una fuente,
pródigo, musical y transparente;

fluyó de mis palabras recóndita dulzura;
ni la violencia, ni la crispatura
mancharon el espíritu o la mano
llenos del oro del cariño humano,
y ¡oh noche!, en esta hora bella y santa
del ensueño, mi amor se aviva y canta.

Vecino: si los hombres supieran obsequiarse
con rosas de su huerto al saludarse,
si al pasar como usted esta mañana
nos dejáramos todos la flor en la ventana!

¡Cordialidad sencilla, propósito clemente,
comunidad viril en la belleza!
¡Armonía del músculo, la frente y la delicadeza!



AMEGHINO

Una Vida al Servicio de un Ideal

POR JOSÉ INGENIEROS

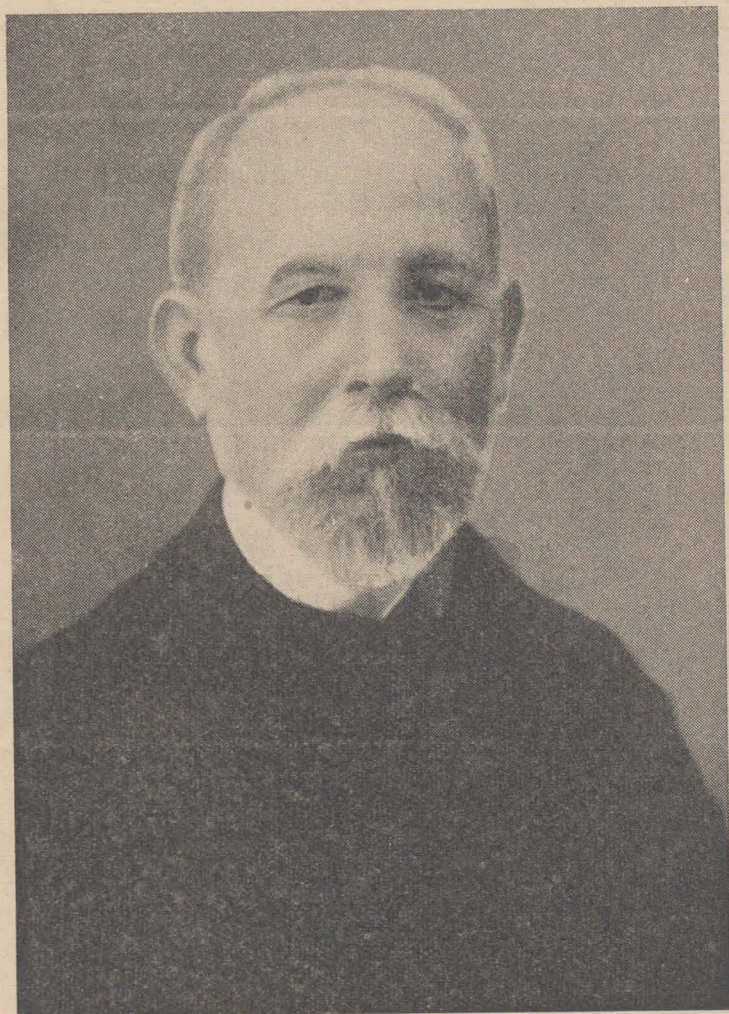
Grandes ejemplos morales necesita la juventud; el más educador es la vida de un sabio ilustre, consagrada toda entera a la investigación de la verdad. Pocos hombres de ciencia igualaron a Ameghino por la fe en sus ideales; ninguno podrá excederle por la austeridad con que los sirvió sin descanso.

Su vasta obra fué como una avalancha, en la continua ampliación de sí misma. Nació de pequeñas observaciones y de ingeniosas hipótesis; creció febrilmente, apremiada por descubrimientos que parecían salir a borbotones de la tierra. Nunca hubo un paréntesis de ocio en las meditaciones del sabio; observó sin cesar cosas nuevas que le obligaron a tantear inter-

pretaciones sucesivas, casi siempre concordantes entre sí, pero muchas veces lealmente corregidas por él mismo.

El medio natural le fué propicio, prodigando a su observación tesoros fósiles casi ignorados hasta entonces. El ambiente científico local le fué adverso, no encontrando esa legión de cooperadores que en Europa decuplican la actividad individual de un gran sabio. Tuvo un solo colaborador, de extraordinaria eficacia, su hermano Carlos, compañero de trabajo durante varios lustros; sin él, absolutamente, sin él no se explicaría el caso de Ameghino; si éste trabajó como cinco, sería injusto olvidar que entre ambos lo hicieron como diez. Por eso sus personalidades parecen identificadas en una sola; al hablar de Ameghino, involuntariamente, pensamos en ambos y nos referimos a los dos.

Ameghino fué «un genio en función del medio». Viviendo en Luján, en un territorio sembrado de fósiles, era natural que se aplicara a estudiarlos. Persistía en ese pueblo el recuerdo de un médico y naturalista, Francisco Javier Muñiz, que se había preocupado de la misteriosa fauna extinguida. Cuando Ameghino vino a Buenos Aires, para graduarse de maestro de escuela, halló quien le enseñara el camino del Museo de historia natural. A los veinte años había leído a Darwin y Lyell, sus grandes maestros de transformismo, y había conocido al naturalista Burmeister. Su carrera científica fué una convergencia de aptitudes extraordinarias y de circunstancias favora-



FLORENTINO AMEGHINO

bles, que enfocaron su vida hacia el despertamiento de inmensas faunas paleontológicas que desde infinitos siglos dormían bajo sus pies.

Su capacidad de trabajo sólo fué igualada por su riqueza imaginativa; condición simultánea de sus mejores videncias y de sus posibles errores. Sin ella habría sido un óptimo coleccionista; nunca un sabio genial.



QUIEN PERSEVERA TRIUNFA SIEMPRE

POR ESTEBAN ECHEVERRÍA

La perseverancia es una virtud que estimula incesantemente al hombre a trabajar con un fin. Ella, a menudo, le hace realizar obras que parecen prodigiosas a los ojos del hombre indolente.

Si a la perseverancia han debido muchos hombres su prosperidad, riqueza y gloria, lo mismo puede decirse de los pueblos.

Los progresos de la ciencia, del arte, de la industria; la civilización, en suma, —que no es más que el trabajo aglomerado de las generaciones humanas,— es hija de la labor continua y perseverante de la humanidad, y las Naciones que han trabajado y trabajan perseverantes, son las que más rápidamente progresan y conquistan los bienes de la civilización.

La prosperidad de algunos hombres, su buen éxito en las empresas difíciles, que oiréis a menudo atribuir a la fortuna, es debido generalmente a la acción combinada de la capacidad y de la perseverancia.

La fortuna es una divinidad fantástica en la que sólo confían los de ánimo flojo e indolente.

Así, pues, si no perseveráis en el estudio, no aprenderéis.

Si no perseveráis en el aprendizaje del oficio o profesión que elijáis, cuando llegueis a ser hombres, seréis incapaces, y otros más hábiles que vosotros os aventajarán...

El varón fuerte es perseverante en todo cuanto emprende o concibe, porque la perseverancia supone fortaleza de espíritu y eficacia de voluntad.

El que no persevera no consigue y se manifiesta débil, y la debilidad es un vicio indigno del hombre.

Debéis, por lo mismo, perseverar en todo cuanto emprendáis; no amilanaros ni entibiaros por contratiempo ni desgracia alguna, y persuadiros que perseverando triunfaréis y cantaréis victoria.

No hay obstáculo que no allane, dificultad que no venza, contraste a que no se sobreponga la fuerza de voluntad y la continuidad de acción del hombre perseverante.



EL ARREO

POR RICARDO GUTIÉRREZ

La novillada marchaba bien. Las tropillas que iban delante llamaban siempre con sus cencerros claros. Los balidos de la madrugada habían cesado. El traqueteo de las pezuñas, en cambio, parecía más numeroso y el polvo alzado por millares de patas iba tornándose más denso y blanco.

A veces un novillo se atardaba mordizqueando el pasto del callejón, y había que hacerle una atropellada.

Influído por el colectivo balanceo de aquella marcha, me dejé andar al ritmo general y quedé en una semi-inconsciencia que era sopor, a pesar de mis ojos abiertos. Así me parecía posible andar indefinidamente, sin pensamiento, sin esfuerzo, arrullado por el vaivén mecedor del tranco, sintiendo en mis espaldas y mis hombros el apretón del sol como un consejo de perseverancia.

A las diez, el pellejo de la espalda me daba una sensación de efervescencia. El petizo tenía sudado el co-

gote. La tierra sonaba más fuerte bajo las pezuñas siempre livianas.

A las once tenía hinchadas las manos y las venas. Los pies me parecían dormidos. Dolíanme el hombro y la cadera golpeados. Los novillos marchaban más pesadamente. El pulso me latía en las sienes de manera embrutecedora. A mi lado la sombra del petizo disminuía desesperadamente despacio.

A las doce, íbamos caminando sobre nuestras sombras, sintiendo así mayor desamparo. No había aire y el polvo nos envolvía como queriéndonos esconder en una nube amarillenta. Los novillos empezaban a babosear largas hilachas mucosas. Los caballos estaban cubiertos de sudor y las gotas que caían de sus frentes salábanles los ojos. Tenía yo ganas de dormirme en un renunciamiento total.

Al fin llegamos a la estancia de un tal don Feliciano Ochoa. La sombra de la arboleda nos refrescó deliciosamente. A pedido de Valerio, nos dieron permiso para echar la tropa en un potrerito pastoso, provisto de aguada, y nos bajamos del caballo con las ropas moldeadas a las piernas, caminando como patos recién desmaneados. Rumbo a la cocina, las espuelas entorpecieron nuestros pasos arrastrados. Saludamos a la peonada, nos sacamos los chambergos para aliviar las frentes sudorosas y aceptamos unos mates, mientras en el fogón colocábamos nuestro churrasco de reseros y activábamos el fuego.

MONTE HERMOSO

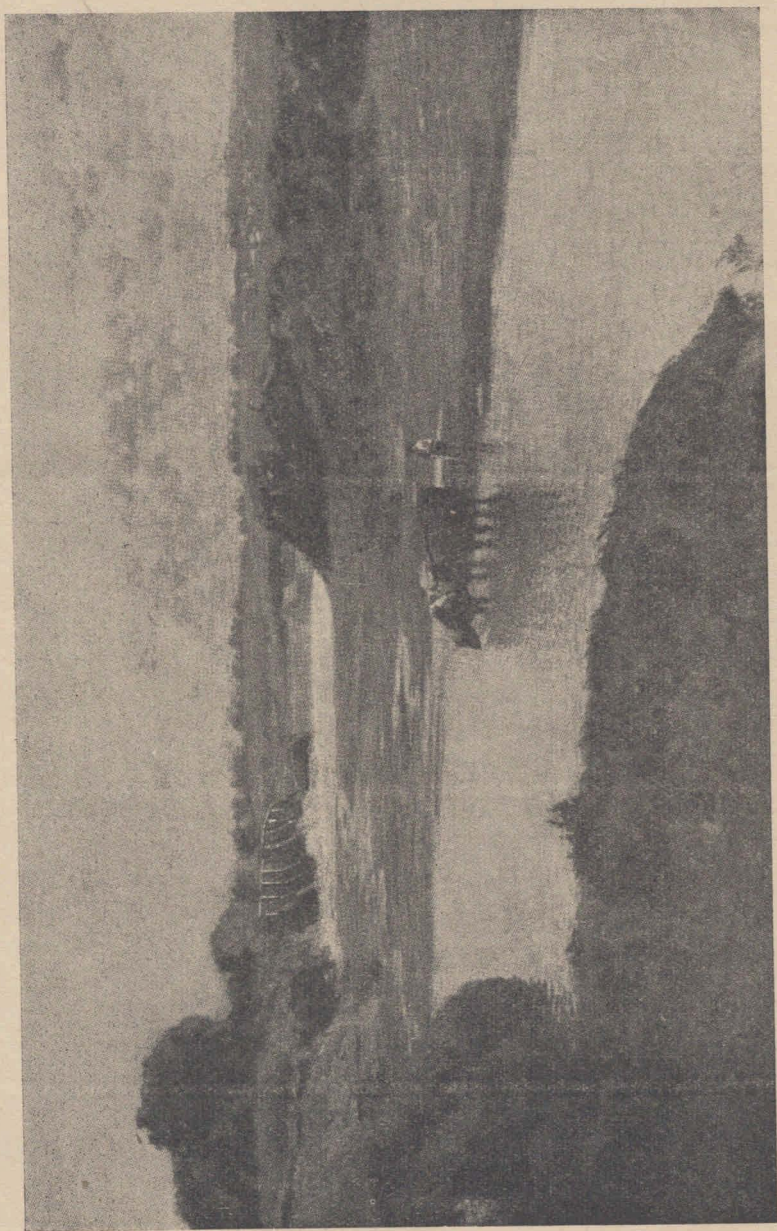
POR FLORENTINO AMEGHINO

¡Monte Hermoso!... Para la generalidad sólo tiene de hermoso el nombre. Es una serie de colinas de arena semimovible, de unos treinta y tantos metros de elevación, de las cuales la más alta lleva un faro destinado a evitar en lo posible los siniestros que con tanta frecuencia ocurren en esta costa. Es una localidad árida y solitaria, abrasada por el sol y barrida por los vientos que azotan el rostro con la arena ardiente, sin agua y sin pasto, y si lo hay, duro y punzante como aguja de colchonero. Por un lado está limitada por una barranca acantilada de doce a catorce metros de alto y de unas veinte cuadras de extensión, cuya base batida por las olas, ora mansas, ora furiosas, del océano, está acribillada de cuevas y hendiduras, derrumbándose en grandes trozos que caen enterrándose en la

arena, semejando imponentes monolitos, que luego son poco a poco destrozados por las aguas. Por el otro lado, por la espalda, está aislada por una serie de médanos accidentados, ya en forma de cuchillas largas y angostas, ya cónicas o circulares, formando una faja de un par de leguas de ancho; región casi intransitable, en la que sólo se mueven a la vista del hombre en vertiginosa carrera los avestruces y las gamas.

Pero este punto aislado de todo centro civilizado, enclavado en una región poco menos que inhabitable, es, para el naturalista, sino un monte hermoso, un monte de oro, un monte de vida hasta ahora desconocida, muerta si se quiere, pero que revive ante nuestros ojos a los golpes de pico aplicados en la barranca.





PANORAMA DEL RIO LUJAN

Oleo de Francisco Fortuni

LA MATA DE CENTAVOS

(Cuento)

POR TULIO FEBRES CORDERO

Aficionado Dominguito a los centavos como todo muchacho (afición que dura hasta la vejez), un día en que jugaba con su hermano mayor, correteando por toda la casa, tuvo un pensamiento súbito, una gran inspiración. Detúvose de pronto e interpeló a su compañero:

—Juan, ¿los centavos nacen?

Ante esta inusitada pregunta del chico, Juan abrió tamaños ojos y se puso a reflexionar como un filósofo que quiere dar en la clave del enigma.

—Pues, mira, que sí nacen.

—Y entonces, ¿dónde están las matas?

—¡Tonto! Las matas están muy bien guardadas para que no se los roben.

—¿Tú las has visto?

—No, pero me han contado.

—¿Y qué será lo que se siembra?

—Pues deben ser los centavos para que retoñen.

—¡Ah! Pues yo voy a hacer la prueba.

—¿Dónde tienes los centavos?

—Aquí tengo dos no más.

—Bueno, pero no vayas a decírselo a nadie: entre los dos solitos.

Juan se hizo en un momento de un cuchillo de la casa. Se arrodillaron los chicos y emprendieron la obra.

—No muy hondo, Juan.

—Así está bueno, como para sembrar cebollas.

Hecho el hoyo, Dominguito echó con mano trémula sus dos centavos, que la tierra cubrió en el acto. Se puso una señal en el sitio, y ambos chicos se entregaron luego a discurrir sobre el caso, forjándose para lo porvenir mil doradas ilusiones.

Dominguito se acostaba preocupado con aquello, y en sus sueños inocentes veía la mata de centavos grande y coposa, cuajada de racimos por todos lados. Tan luego saltaba de la cama corría al solar, y, después de cerciorarse de que no había por allí alma viviente, se acercaba al consabido sitio, a ver si ya estaba apareciendo el retoño.

Como pasasen los días sin asomar nada, consultó a Juan sobre remover la tierra para ver el estado de los centavos, pero el rapazuelo puso una cara muy grave y le dijo que aquello no convenía por ningún respecto, puesto que se romperían los retoños que ya iban a subir.

Un día, por último, en que vendían buñuelos a la puerta de la casa, Dominguito, creyendo que ya no se

levantaba la mata, corrió al solar, metió las manecitas en la tierra con febril agitación, abrió un hoyo y otro hoyo, buscó aquí y más allá, rebuscó por todas partes, y, nada...

Mucho tiempo hacía que la semilla, por artes químicas del bribonzuelo Juan, había tomado la forma de dos brillantes caramelos.

Pero el cuento sigue: veinte años después, como diría un novelista, Dominguito, hecho un hombre de negocios, llamó a su hermano Juan y le dijo:

—¿Te acuerdas, Juan, de aquellas matas de centavos?

—Y de los sabrosos caramelos que me produjo, también me acuerdo.

—Pues, mira, yo he persistido en la idea: la *mata de centavos* existe. He cultivado este campo con tesón, lo he sembrado de café, maíz y otros frutos, y ya ves que cosecho centavos todos los días.

Dominguito tenía razón.

La *mata de centavos* con que soñamos en la infancia, existe. Se siembra en todas partes, en el campo, en las fábricas, en los talleres; se riega con el sudor de la frente, y pronto crece, prospera y rinde el codiciado fruto.

La *mata de centavos* es el Trabajo.



PAJAROS ARGENTINOS

POR ALFREDO R. BUFANO

Tordos

Los negros tordos monteses
entre el huerto en floración,
me obsequian su colección
de dibujos japoneses.

Zorzal

Brillando sobre una horqueta
está el zorzal silbador,
muy tieso como un tenor
en su traje de etiqueta.

Petirrojo

Sobre el agrio pichanal
que es tu chocil y tu lecho,
relumbra como un fanal
la amapola de tu pecho.

Colibrí

Desciendes a los jardines
con tu disfraz de hechicero,
¡oh inefable mensajero
de ángeles y serafines!
Y con eléctrico vuelo
y luminoso temblor,
le dejas a cada flor
una gotita de cielo.



BELGRANO Y SAN MARTÍN

POR JOSÉ MANUEL ESTRADA

Era el primero, un hombre manso y austero, sano y pensador, desinteresado y superior a todas las tentaciones del poder y de la gloria. No sobresalía del pueblo sino por el cultivo de su espíritu, por la fisonomía moral que le imprimían sus ideas y por la lealtad con que, desde las más remotas manifestaciones de inquietud social, se puso en la primera línea de los reformadores, chocando intereses bastardos, esclareciendo los derechos comunes e ilustrando, por medio de luminosas controversias, los problemas económicos y los principios salvadores.

Prestigiado por su patriótico concurso en las guerras de 1806 y 1807, el pueblo le arma en el día de la revolución, y encabezando soldados valerosos y voluntarios, es el primero que enarbola la bandera nacional y la consagra con victorias decisivas. Modesto en el triunfo, como era paciente y fuerte en la adversidad,

aquel noble varón, el primer representante del pueblo, bajo su faz guerrera, esquivo el poderío, rehuye los laureles, entrega sin resentimiento su puesto a los que ganan el prestigio que él pierde, y termina en la desgracia y bajo la pesadumbre de la injusticia, una vida ilustre por sus virtudes cívicas y por su abnegación.

Era Manuel Belgrano.

El otro es San Martín. Predilecto de la gloria, nació para la guerra. Tenía el numen que improvisa la victoria, la prudencia que la prepara sabiamente. El pueblo hizo de Belgrano un héroe. San Martín hizo del pueblo armado un ejército. Amenazada la última almena de la libertad sudamericana, le arrebató una inspiración capaz de arredrar al que no tuviera sus nervios de acero y su alma de espartano.

Pero, ¿qué son las montañas erguidas sobre la cáscara del globo, para estorbar la redención de pueblos que tienen Aníbal en la guerra y Cincinatos en la paz? San Martín salvó la Revolución y la condujo triunfante por tres Naciones, cuya libertad aseguró, huyendo del teatro político sin escuchar los llamamientos de su ambición, gozoso de haber completado la obra más hermosa que se haya acometido en el Nuevo mundo, con el hierro y con la sangre.

Belgrano y San Martín son las dos grandiosas personificaciones del sentimiento americano y de la edad homérica de la Patria.



MANUEL BELGRANO

LAS CATARATAS DEL IGUAZU

POR EDUARDO L. HOLMBERG

La masa de agua que corre por el Iguazú se precipita en el abismo, ofreciendo, por un instante, a quien lo contempla, su color verdoso. Mas apenas comienza su caída, el aire la penetra al ofrecerle su resistencia y la convierte en espumas. Por todas partes desborda su caudal el poderoso río, no bien aparece una depresión en el borde de su cuenca, y como la resistencia del aire aumenta por la velocidad creciente de la caída, sutiles vapores se levantan del fondo bullidor en que cayeron las espumas, formando como nubes tenues o nieblas espesas, a las que el sol de la mañana envía su mensajera de colores.

Todo es glorioso allí. Una vegetación lozana y vigorosa arraiga entre las rocas volcánicas por las cuales se deslizan los torrentes y los arroyos, ora salpicando

los troncos de los árboles, ora las grandes piedras que los torrentes arrastraron en el tumulto de su caída. El verde variado de las hojas se destaca sobre el rojizo oscuro de las moles pétreas; las flores embalsaman el ambiente húmedo y tibio de la mañana; las nubecillas de vapor suavizan, al interponerse, lo duro de los tonos. Pero allí está el arco iris, aire luminoso, a través de cuyas amplias cintas se percibe el contorno y el movimiento, pero nuevo, indefinible, luz de lo irreal, cielo del hada invisible que en la noche de los tiempos estampó su varilla mágica en la cuna de este cuadro de belleza incomparable.

Un cielo puro y azul, como un dosel divino, tiende sobre el cuadro su concavidad infinita, y un hondo rumor, inmenso, continuo, se levanta de las profundidades del abismo saludando la majestad del cielo que lo cubre y lo contiene.

En la plenitud indefinible de ese rumor de las grandes cataratas, bordan su melodía politónica los hilos de agua que se escapan por las grietas y, al perfilarse la vaga sinfonía, sus notas fugitivas parecen adormecerse o despertar en los misterios de un murmullo eolio.

Se oye ruido de vientos que zumban en las olas de un mar inmenso, quejidos de montaña, rugidos de panteras míticas, bramar lejano de leones apocalípticos, y una voz indescifrable que nos dice algo en un lenguaje sin sílabas, y es porque la fantasía se siente humillada en presencia de tanta gloria, de tanta belleza, de tanta gracia.

Y cuando la noche descorre el luminoso tul del firmamento; cuando los velos de novia imitan grandes fantasmas que divagan entre las sombras, y el rumor incesante de la gran sinfonía penetra lo más íntimo del alma subyugada, la voz misteriosa se torna inteligible, y la fantasía, sonriente, alcanza a comprender lo indescifrable, porque los rumores de la Naturaleza son himnos, y los cantos eran el poema de las espumas.



LA PROPIEDAD

POR NICOLÁS AVELLANEDA

La propiedad levanta la condición del hombre e imprime a su carácter la independencia que en la vida asume; y como ha sido adquirida por el trabajo, que es un esfuerzo, y preparada por la economía que es una previsión, le da la conciencia de sus facultades y de sus fuerzas.

El propietario se reconoce entonces dueño de su destino porque ha luchado hasta realizar el sueño de su ambición y porque ha vencido.

De ahí en adelante principia para él una nueva vida, porque la propiedad la ocupa y la dilata, trayendo consigo aquellas preocupaciones de porvenir, que son el tormento y el orgullo del hombre. Su alma deja de flotar incierta porque sus preocupaciones tienen ya un rumbo y su voluntad una dirección. La propiedad lo

ha incorporado a la vida del país. Sus leyes le protegen, la prosperidad general acrecienta su valor; y sus instituciones libres le aseguran el empleo de su inteligencia y de sus brazos, para continuar siempre ascendiendo por el camino de la fortuna y de la consideración social.

Así el propietario, aunque haya nacido en lejanas regiones, se convierte en *ciudadano*, porque realiza la hermosa definición de la ley romana, *viviendo del Derecho y de la vida de la ciudad*.

Luego, entonces, si hay un país regido por una Constitución social *no basada sobre el privilegio que favorece y que excluye, sino sobre la igualdad que omite distinciones* y en el que se requiere, sobre todas las cosas, respeto de los individuos que la componen, amor a las instituciones públicas, inteligencia y energía para ejercer los propios derechos, firmeza para mantenerlos; este país debe tener como ciudadanos propietarios libres, porque sólo la libertad y la propiedad pueden desenvolver estas cualidades y estos sentimientos en el hombre.



LA GRAN CORDILLERA DE LOS ANDES

POR BARTOLOMÉ MITRE

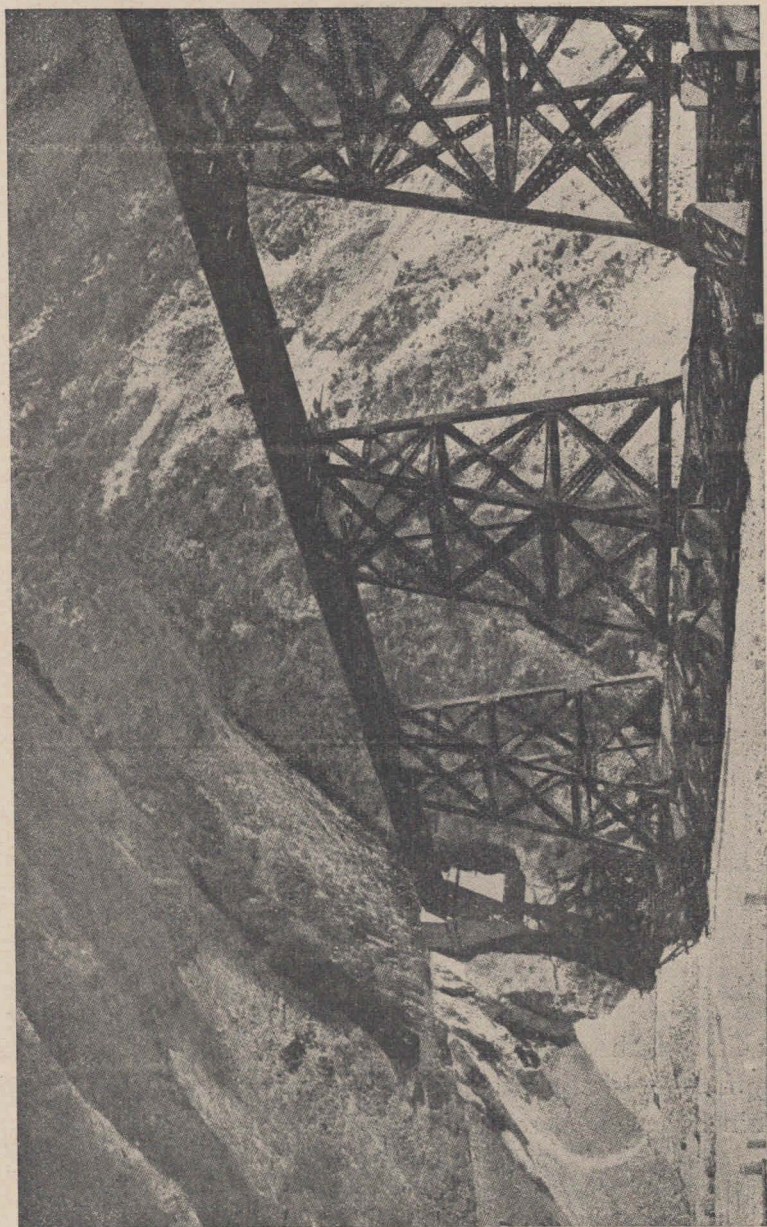
La gran Cordillera está formada, en su parte central, por tres y cuatro cordones de montañas cónicas y angulosas que se sobreponen unas a otras, cuyas cimas alcanzan a la región de las nieves perpetuas y se elevan hasta la altura de 6800 metros sobre el nivel del mar.

A su pie se desenvuelven valles profundos, circunscritos por peñascos escarpados a manera de murallo-nes, cuyas crestas se pierden en las nubes que los coronan, entre las que se ciernen los cóndores de alas poderosas, únicos habitantes de aquellos páramos; lagos andinos, que son torrentes represados por las depresiones del suelo o los derrumbes de las montañas; ásperos desfiladeros y estrechos senderos, abiertos por los fuegos volcánicos y las aguas que se desprenden

de sus cumbres inaccesibles, al través de cuevas em-
pinadas y laderas suspendidas a sus flancos, que ori-
llan precipicios, en cuyo fondo braman los ríos torren-
tosos arrastrando inmensos peñascos como una paja.

La Naturaleza ha desplegado todo su poder al aglo-
merar aquellas grandiosas moles, sin más ornato vege-
tal que el cactus, el musgo y la jarilla resinosa, cuyos
severos paisajes infunden recogimiento al ánimo y dan
la idea de la creación embrionaria surgiendo del caos.





Tendido de un puente en la línea de Huatiquina

EL PASO DE LOS ANDES
(*Fragmento del Canto a San Martín*)

POR OLEGARIO V. ANDRADE

¡Ya están sobre las crestas de granito
fundidas por el rayo!

¡Ya tienen frente a frente el infinito:
arriba, el cielo de esplendor cubierto;
abajo, en las salvajes hondonadas,
la soledad severa del desierto;
y en el negro tapiz de la llanura,
como escudos de plata abandonados,
los lagos y los ríos que festonan
de la patria la regia vestidura!

¡Ya están sobre la cumbre!

¡Ya relincha el caballo de pelea,
y flota al viento el pabellón altivo,
hinchado por el soplo de una idea!

¡Oh! ¡qué hermosa, qué espléndida, qué grande
es la Patria, mirada
desde el soberbio pedestal del Ande!
¡El desierto sin límites doquiera,
océanos de verdura en lontananza,
mares de ondas azules a lo lejos,
las florestas del trópico distantes,
y las cumbres heladas
de la adusta, argentina cordillera,
como ejército inmóvil de gigantes!

¿En qué piensa el coloso de la Historia
de pie sobre el coloso de la tierra?
Piensa en Dios, en la Patria y en la Gloria,
en pueblos libres y en cadenas rotas;
y con la fe del que a la lucha lleva
la palabra infalible del destino,
¡se lanzó por las ásperas gargantas
y le siguió rugiendo el torbellino!



EL ESTUDIO DE LA NATURALEZA

POR ANDRÉS BELLO

¡Felices aquellos que pueden dedicarse desde temprano al estudio de algunos ramos de los conocimientos humanos! Todos tienen, sin duda, sus hechizos y sus ventajas, desde la Poesía, que, por sus brillantes cuadros, conmueve y hiere la imaginación, hasta la Metafísica, que nos hace conocer los secretos resortes de nuestra inteligencia; desde la Historia, que nos desarrolla las revoluciones de los imperios y los progresos de la civilización, hasta la Filosofía, que perfecciona las facultades intelectuales y nos hace amar la verdad. Todos estos estudios son muy dignos de cautivar el espíritu de todo ser racional; pero no lo son menos los que, elevándose a la contemplación del Universo, nos impulsan a estudiar la causa misma que lo anima: aquellos que nos descubren todo lo maravilloso de esos

fenómenos numerosos; que nos explican la teoría de los vientos y de las borrascas; la de esos relámpagos que nos alumbran con una luz tan particular; la de esos temblores que nos asombran con su fuerza y nos intimidan con sus efectos; la de esos cometas, en fin, sobre los cuales absurdas supersticiones transmitidas por la credulidad en lo antiguo, subsisten aún en el vulgo.

Todas estas maravillas, todos estos hechos tan singulares, ¿no son capaces de conmover la atención más indiferente, y entusiasmar la imaginación más fría?... Las cosas más vulgares, aun aquellas que muchas personas desprecian, esos pequeños insectos, esos animales, esas plantas y tantos otros objetos, ¿no son un mundo de ideas para el que quiera conocer sus costumbres, sus armas, sus astucias e inclinaciones?...

Si estos placeres, si estos goces no fuesen reales, pueros y dignos de desear, ¿cuál sería el hombre que se atreviera a dejar su país para ir a estudiar esas futilidades a naciones, por lo común, bárbaras, o entre los salvajes de la Oceanía, o a esos bosques y desiertos que sólo habitan los enemigos terribles de la especie humana? ¿Cuántas personas no han sido víctimas de su gran celo? Sin embargo de esos tristes ejemplos, la vieja Europa, la joven América y muchas otras naciones ilustres, ven todos los días a sus hijos expatriarse y atravesar mares inmensos para escalar las montañas más altas y desafiar espantosos precipicios, con el solo objeto de consultar a la Naturaleza en toda su be-

lleza y en todo su horror. Tal es el prestigio de esta ciencia, que no hay casi país cuyas producciones no tengan sus historiadores.

El estudio de la Naturaleza corresponde a todas las clases y a todas las condiciones: antorcha de la sociedad en general, alumbra con su bienhechora luz todos los ramos de la industria y de las ciencias, y desarrolla al mismo tiempo la imaginación del poeta y el juicio del literato, sometiendo sus ideas a ese espíritu de lógica y de método que constituye uno de los principales atributos de las Ciencias naturales.



EL QUIRQUINCHO Y EL ZORRO ENLAZADOR

(*Fábula nortea*)

POR JUAN CARLOS DÁVALOS

El Quirquincho y el Zorro se toparon en una yerra y se desafiaron a enlazar.

El Quirquincho apresilló el lazo de medio cuerpo, revoleó la armada, enlazó un potro y se perdió de cabeza en su cueva honda y sinuosa, de modo que al dar el potro el estirón, el lazo se mantuvo firme, como atado a un bramadero.

—¡Bravo, compadre! — exclamó el Zorro, aplaudiendo el éxito cuyo secreto ignoraba, mientras el astuto Quirquincho salía de su agujero, después de haber anudado el lazo en la raíz subterránea de un algarrobo.

—¡Ahora me toca a mí!, — añadió el botarate del Zorro. Apresilló el lazo a media panza, escupióse las manos como el gaucho en el corral, preparó la armada,

enlazó una mula y se sumió en una cueva de vizcacha que eligiera de antemano. Pero como el agujero era derecho, no bien se acabó el lazo cuando el Zorro salió de la cueva como tiro de escopeta. Arrastrado por la mula que disparaba al monte, no tuvo más remedio que correr tras ella con toda la celeridad de sus canillas.

Encantado de ver a su contrincante en tales apuros: —*¡Asujétese, compadre! ¡Pánde se va!* — gritó el Quirquincho.

Y el Zorro, no queriendo confesar su derrota:

—*¡Voy dando lazo! ¡Voy dando lazo!, que la mula es chúcara!* — contestó con voz desfalleciente, desde el fondo del monte.



CANCIONES DE CUNA

I

La cuna

POR GABRIELA MISTRAL

Carpintero, carpintero,
haz la cuna de mi infante;
corta, corta los maderos,
que yo espero palpitante.
Carpintero, carpintero,
baja el pino del repecho,
y lo cortas en la rama
que es tan suave cual mi pecho.
Carpintero ennegrecido,
fuiste, fuiste criatura.
Al recuerdo de tu madre,

labras cunas con dulzura.
Carpintero, carpintero,
mientras yo a mi niño arrullo,
que se duerma en esta noche
sonriendo el hijo tuyo...

II

La canción de Natacha

POR JUANA DE IBARBOUROU

El sueño hoy no quiere
venir por acá;
anda Ratoncito
a ver dónde está.
—Señora, mi ama,
yo lo ví bailar

con dos damas rubias
en la casa real.

—Dile que Natacha
se quiere dormir
que mi niña es buena
como un serafín.

Que venga en seguida
y le daré yo
un collar de plata
y un limón de olor.



DEL ARTE DE LOS ABORIGENES DEL NOROESTE ARGENTINO

POR FRANCISCO DE APARICIO

Curioso es observar que tan grandes alfareros como fueron los pobladores del Noroeste, emplearon poco la tierra cocida para expresiones de arte puro y sólo en obras menores. Cuentan, entre las más características, cantidad de estatuillas o cabezas pequeñas, algunas de las cuales constituyen verdaderos aciertos escultóricos, pero todas tienen el sello de estilo inconfundible, revelador de una sensibilidad plástica bien definida.

El sentido del dibujo, en estos pueblos, se ha manifestado en las pictografías y petroglifos que pintaron y grabaron sobre las rocas de grutas y abrigos en numerosos lugares de la región montañosa. Buena parte de estas obras han sido reveladas y estudiadas por diversos autores, pero hasta ahora no se han reunido en

un estudio sistemático de conjunto. Apreciadas del punto de vista estético, son de valor sin igual. En su gran mayoría están constituidas por líneas o signos de aspecto geométrico que les da cierto carácter de escritura, y como tal las interpretan y denominan, comúnmente, los rústicos comarcanos. En algunos casos, las representaciones pictóricas llegan a formar verdaderos cuadros representando escenas, más o menos reales, que a su valor artístico añaden un gran interés científico por la suma de información etnográfica que suministran. Alcanzan especial importancia entre estos últimos, las pinturas de la gruta de Carahuasi, en la provincia de Salta, publicada por Ambrosetti en 1895, con dibujos de Eduardo A. Holmberg.

Más que en las obras de arte puro, el sentimiento estético de los aborígenes del Noroeste se ha manifestado en las de arte aplicado; especialmente en la decoración de sus alfarerías y de sus tejidos. Poco conocemos, desgraciadamente, de estos últimos. El clima de la región no es suficientemente seco para determinar una conservación perfecta, como ocurre en la costa peruana. En diversas tumbas se han encontrado fragmentos, más o menos grandes, de tela, pero hasta ahora no se ha intentado ningún trabajo de conjunto que permita conocer a fondo el mérito artístico o técnico.

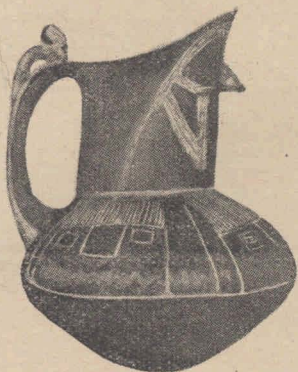
Constituye, sin duda, la más alta expresión artística de los pueblos que nos ocupan la magnífica decoración de sus alfarerías. Este aspecto es de tal modo impor-

tante y variado, que no habría manera de dar idea de él en el breve espacio de estas líneas. Felizmente, estas manifestaciones son las mejor conocidas, pues su belleza ha llamado poderosamente la atención del público y de los especialistas desde hace muchos años.

Fuera de las provincias andinas el arte de los aborígenes desciende a un nivel inferior.

Buenos Aires 1933.





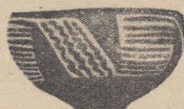
I



II



III



IV

- I. — Vaso de cerámica negra con decoración plástica y grabada (Catamarca).
II. — Urna funeraria descubierta en el valle Calchaquí (Salta).
III. — Vaso descubierta en un sepulcro del pucará de Tílcara (Jujuy).
IV. — Pucó de cerámica roja con decoración policroma (Tucumán).

EL COMLOT DE LOS FUSILES

(*Relato*)

POR MARIANO A. PELLIZA

Si hay un sentimiento que honra al corazón humano, es la veneración y el respeto que inspiran las grandes acciones.

Correr peligro de la vida y sacrificar la fortuna en servicio de la independencia de la Patria, son títulos que enaltecen a los hombres. Ejercitadas por la mujer, esas mismas acciones deben considerarse aún más dignas de admiración y aplauso.

El 29 de mayo de 1812 se congregaban las más ilustres damas de Buenos Aires, en casa de doña Tomasa Quintana de Escalada. Tenía por objeto aquella reunión el fin más noble y patriótico para la causa de la Independencia.

El erario estaba exhausto y las armas faltaban para armar a los voluntarios que partían entusiastas a defender la causa de los pueblos. Los ciudadanos más distinguidos habían tomado a su cargo el costo de una partida de fusiles para aliviar al Gobierno. Este era un rasgo muy natural: entraba en la esfera del patriotismo el sacrificio bajo todas sus formas; pero llegó una remesa de fusiles, y los ingleses, nuestros buenos amigos de aquella época, no sabían vender a plazo, ni les convenía abrir crédito a Gobierno tal vez de un día y pueblos sin rentas públicas.

Para recibir los fusiles era preciso entregar el dinero contante, y el dinero faltaba.

Belgrano pedía nuevas bayonetas para armar las poblaciones que se levantaban en masa contra el español. El vocal Sarratea las reclamaba a su vez para Montevideo, cuya plaza debía poner en estrecho sitio.

La reunión de aquella noche en casa de la señora de Escalada, tendía, pues, a salvar la afligente situación.

Cuando estuvieron reunidas las principales complo-
tadas, la señora Tomasa les habló así:

—Las he mandado llamar, para que, si están resueltas, compremos los fusiles haciendo una suscripción. El Gobierno no puede pagarlos, y es preciso que los enemigos no adviertan nuestra pobreza.

—Perfectamente, amiga mía, — dijo doña Carmen Quintanilla de Alvear.

—¿Y cómo haremos eso? ¿Será preciso prevenir a nuestros esposos?, — agregó María Costa.

—Eso no puede ser; los vuestros aceptarían, pero el mío, que es español, y nada amigo de los patriotas, lo descubriría todo, — replicó Elena P.

—¡Pobre Elena! ¡Qué desgracia la tuya, casarte con un godo acérrimo! ¡Debes sufrir mucho!

—¡Oh! No tanto como mi marido; él sufre por mí y por nuestro pequeño Juan, que es americano. Por esto yo no puedo dar mi nombre, si el donativo se ha de hacer por escrito.

—¿Pero pagarás tu arma?

—Eso sí.

—Bien; dadme una onza de oro, y yo tomo dos fusiles por mi cuenta, — repuso Petrona Cárdenas.

—Un fusil es poco, — agregó Elena, entregando la onza a su amiga.

—Si es poco dale otra onza a Carmen Quintanilla, para que te lleve otro.

—Bueno, así está bien. ¡Cuándo podrá sostener una espada mi hijo!

—¡Felices ustedes, que pueden dar su nombre al mundo para que las admire! Yo tengo que sacrificar-me a la paz doméstica.



LA ROCA

(*Parábola*)

POR LAMENNAIS

Un hombre viajaba por la montaña, y llegó a un punto en que una gran roca, que había caído sobre el camino, lo interceptaba por completo, siendo imposible pasar ni por la derecha ni por la izquierda.

Viendo que no podía continuar su viaje, a causa del peñasco, trató de moverlo para abrirse paso. Fatigóse mucho en su empeño, y todos los esfuerzos que realizó resultaron vanos.

Al ver esto, se sentó, tristemente, y empezó a decir: —¿Qué será de mí cuando llegue la noche y me coja en este despoblado?

Estando sumido en estas amargas reflexiones, llegó otro viajero, que también quiso mover la peña; mas como tampoco pudo lograrlo, se sentó en silencio, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Y después de éste, llegaron otros varios viajeros, y como ninguno podía mover la roca, todos se llenaron de temor.

Al fin, uno de ellos dijo a los demás:

—Amigos míos: ¿quién sabe si no podríamos todos juntos lo que cada uno no ha logrado?

Levantáronse, y todos, a un mismo tiempo, empujaron la roca, que cedió, y los hombres pudieron seguir en paz su camino.

El viajero, es el hombre; el viaje, es la vida; y la roca, las miserias y tropiezos que aquél encuentra en su camino.

Ningún hombre sería capaz de mover por sí solo ese peñasco; pero en cambio, por grande que sea, nunca detiene a los viajeros que viajan, si se ayudan mutuamente.

¡Ayudaos los unos a los otros!



FAUSTO
(*Fragmento*)

POR ESTANISLAO DEL CAMPO

III

—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita
cuando agatas la puntita
del sol comienza a asomar!
Usté vé venir a esa hora
roncando la marejada,
y ve en la espuma encrespada
los colores de la aurora.
A veces, con viento en la anca,
y con la vela al solcito,
se ve cruzar un barquito

como una paloma blanca.
Otras, *usté* ve, patente,
venir boyando un islote,
y es que *traí* a un camalote
cabrestiendo la corriente.
Y con un campo *quebrao*,
bien se puede comparar,
cuando el lomo empieza a hinchar
el río medio *alterao*.
Las olas chicas, cansadas,
a la playa agatas vienen,
y allí en lamber se entretienen
las arenitas labradas.
Es lindo ver en los ratos
en que la mar ha *bajao*,
cair volando al *desplayao*
gaviotas, garzas y patos.
Y en las toscas, es divino
mirar las olas quebrarse,
como al fin viene a estrellarse
el hombre con su destino.
Y no sé qué da el mirar
cuando barrosa y bramando,
sierras de agua viene alzando
embravecida la mar.



LA OBRA MAESTRA DE SARMIENTO

POR JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ

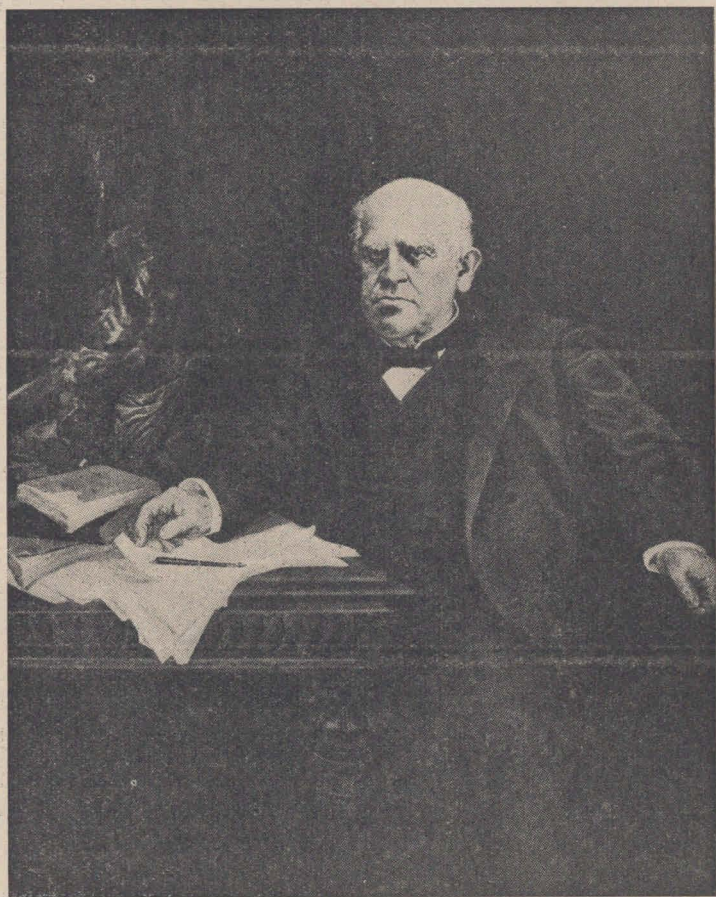
Pienso que en el futuro las generaciones argentinas han de volver, de vez en cuando, la mirada escrutadora hacia aquel hogar paterno que con sus penates y sus costumbres trasunta, en una ciudad que se cuenta entre las primeras que fundaron los españoles, la vida patriarcal de una época que para nosotros mismos va siendo lejana. La visual humana, hecha al torbellino de la vida cada vez más intensa, busca a veces descanso en el pasado. Una cierta nostalgia invade al hombre moderno.

Si lo que ahora atrae nuestra atención es la casa natal de Sarmiento ¿qué vemos? Hoy, dos grandes placas de bronce, a uno y otro lado de la puerta de calle, nos dicen que aquella es la casa histórica, la casa cuyos adobes y tapias pudieran computarse en varas de lienzo, tejidas por la santa madre, nueva Penélope, para pagar la construcción. Penetremos en ella y nos situemos un siglo atrás. Este es el patio, en el que estuvo la higuera que daba brevas prematuras para el 23 de noviembre. Aquél es el estrado, suerte de diván

árabe, en la pieza de recibo. Luego, las dos grandes mesas y las sillas desiguales. Los santos que penden de la muralla pertenecen a la orden dominicana, y un Murillo de los que llegaron a América por los tiempos de la juventud del pintor se confunde entre algunos pobres lienzos. Y mientras permanecemos recogidos en religioso silencio llegan a nuestros oídos profanos los ruidos de golpes y traqueteo de husos y utensilios de aquel telar de doña Paula: de aquel telar cuya lanzadera de algarrobo lustroso y renegrido venía heredándose desde dos siglos en la familia. Imposible, en efecto, que aquel hogar doméstico de Sarmiento no dejara en el alma de sus moradores impresiones indelebles de moral, de trabajo y de virtud, «tomadas en aquella sublime escuela en que la industria más laboriosa, la moralidad más pura, la dignidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la resignación, se dividían las horas». Tal es, en síntesis, el cuadro íntimo que llamamos en este libro magistral.

Ahí está la casa centenaria, en condiciones de sobrellevar por muchos años todavía los embates del tiempo.

Pero del tesoro de cualidades que hay en *Recuerdos de Provincia* destácase la de su sinceridad. No fué más honda la sinceridad de Rousseau en sus *Confesiones* y sólo me parece comparable a la de san Agustín, cuando Sarmiento explica las influencias que se dibujaron en su ser, las luchas, los contrastes y los anhelos de su juventud, y todo el proceso interior ope-



SARMIENTO

Retrato hecho por su nieta

rado hasta la definitiva formación de su temple de varón. Es de ahí que surge la belleza de esta obra, como el resplandor de la verdad, porque en último análisis la belleza es propiedad de las cosas, en tanto que la verdad es conformación de las cosas con el concepto que de ellas forma la mente. A despecho de alguna que otra imperfección, es la obra maestra de Sarmiento. Más aún: si de todo lo que se escribió en nuestro país durante el siglo pasado fuese necesario sacar un libro en limpio, ese libro sería *Recuerdos de Provincia*.

La pintura del medio, de aquella aldea mediterránea de fijodalgos, es acabada. La descripción de caracteres muestra al psicólogo de su propia ley: los Albarracines, los Oro, el historiador Funes, el clérigo José Castro, Benavides, Aberastain, Montt y otros, son retratos de mano maestra. Y ¡el arte para contar!

Por lo demás, ¡qué fuente de emoción es este libro! Desde el tierno niño que asiste a clase sin faltar un solo día del año, con lo que conquista en el aula el título de «primer ciudadano», hasta el mocetón que sostiene la mirada llameante y el ademán altanero de aquel mandón oscurantista, ya nombrado, todo lo que hay en sus páginas nos penetra muy hondo y nos conmueve a veces como un poema lírico y a veces como una tragedia antigua. Si *Facundo* es la voz que clamó en el desierto, *Recuerdos de Provincia* es, insisto el libro que da de un modo cabal la medida de Sarmiento como escritor.

TRANSPORTES FLUVIALES

POR RAMÓN J. CÁRCANO

Los pueblos indígenas del Río de la Plata, sin ninguna idea de náutica, no conocían el arte de la navegación, y únicamente disponían de rústicos aparatos de flotación, para recorrer las costas de sus grandes ríos en sus cacerías salvajes, sus guerras de tribus y sus emigraciones periódicas.

Sus trabajos navales se reducían a ahuecar gruesos troncos de árboles y unir y sujetar horizontalmente largos tirantes de madera, de modo que estas construcciones pudieran mantenerles en la superficie del agua, dirigiéndolas por remos de diversas formas y dimensiones, o impulsándolas por medio de grotescas velas o fuertes botadores, según la naturaleza del mecanismo y la profundidad de los ríos en que se empleaban. Las formas elementales de toda embarcación, la quilla, la proa y la popa, eran desconocidas como elementos necesarios para obtener un conjunto adecuado para la navegación. Apenas habían conseguido resolver el pro-

blema de flotar en el agua, y en estas condiciones bien se comprende que los indígenas no podían aventurarse en excursiones en alta mar, limitándose a no apartarse de las costas, conservándose en aptitud de atracar y bajar a tierra en cualquier momento.

En el territorio que habitaban disponían generalmente de abundantes vituallas. En sus largas travesías no precisaban cargar provisiones para muchos días de viaje, y sus barcas livianas y diestramente manejadas, salvaban las distancias sin grande esfuerzo ni fatiga, llenando sin tropiezos las necesidades de su comunicación rudimentaria.

Las balsas constituían el sistema de embarcación más comúnmente empleado en el Río de la Plata, por su capacidad para recibir la carga, y la seguridad que ofrecían en la navegación. Se componían de una porción de maderos fuertemente unidos por travesaños y ligaduras, presentando su concurso una superficie plana y rasa, que se mantenía y marchaba a flor de agua, con peso bastante para no ser desviada por los remolinos de la corriente. Formados sus pisos de fuertes cañizos o tablados, se construían sobre él una o más cabinas, destinadas a guardar los artículos de transporte y hospedar a viajeros y tripulantes.

A veces las balsas hallábanse provistas de una gran vela cuadrada de esterilla, sustentada por dos palos colocados a manera de A, «disposición curiosísima que emplean todos los pueblos malayos, y que vemos también reproducida en los papiros o documentos egipcios

de la más alta antigüedad que representan las embarcaciones del Nilo».

La carrera a Montevideo se verificaba generalmente en una de las muchas lanchas que nunca faltaban en este puerto. Si se disponía de viento favorable, en 24 horas se llegaba al Riachuelo. El desembarco era muy molesto y fatigoso. Las lanchas a larga distancia daban en el fondo, y entonces había que trasbordarse a botes que a fuerza de brazos caminaban sobre arena, hasta poner los pasajeros y equipajes en sitios muchas veces cenagosos y sin ninguna construcción que sirviera de muelle, en el cual no se pensó hasta la época del Consulado, que en 1799 empezó aquella obra interrumpiéndola el mismo año, por orden de la Corte.

Si los vientos eran contrarios el río se conmovía furiosamente, y había que marchar haciendo arribadas de una y otra banda, donde con dificultades se hallaban bastimentos. Se acostumbraba por eso hacer provisiones a la salida, porque se tardaba hasta quince días en el viaje, teniendo también que conducir agua, cuando se iba de regreso, expuestos a permanecer anclados en el puerto de Montevideo sin poder bajar a tierra. En Buenos Aires, antes de llegar al Riachuelo, encontrábanse las balizas, grandes estacas enclavadas, que indicaban la altura de las aguas. Los viajeros desembarcaban cerca del Fuerte, entrando inmediatamente a la plaza Mayor, donde se sentía todo el movimiento de la histórica ciudad de Garay.



MARIA SANCHEZ DE THOMPSON

POR ADOLFO P. CARRANZA

Larga y útil fué la existencia de la dama que acompañó con brillo a tres generaciones argentinas.

Hija de don Cecilio Sánchez de Velazco, miembro del Consulado, regidor y alcalde ordinario, y de doña María Magdalena Trillo, nació en esta ciudad el 1º de noviembre de 1786, la que había de ser la más famosa de las mujeres de su siglo en nuestro país. Casada el 27 de junio de 1805 con el alférez de fragata de la Real armada, don Martín Jacobo Thompson, uno de los primeros patriotas de la Revolución que sirvió en sus ejércitos y en puestos públicos de confianza, su esposa, inteligente y entusiasta, se hizo notar desde los albores de la regeneración política y social y fué de las que contribuyó con su óbolo (tres onzas de oro) para armar la expedición libertadora del año 1810.

La tradición le señala como secretaria de la reunión del 29 de mayo de 1812, y sus manifestaciones posteriores de intelectualidad y labor afirman esa creencia.

Viuda en 1816, contrajo segundo matrimonio con Wáshington Mandeville, cónsul francés, acreditado en este país.

Fué fundadora de la Sociedad de beneficencia en 1823, su presidenta en varios períodos, y secretaria en 1826 y 1857.

Inspectora de los Hospitales de mujeres, de las Casas de expósitos y dementes, fundadora de Lazaretos, de la primera Escuela normal, de las de niñas en la campaña, su acción tan desinteresada como eficaz, se desenvolvía en iniciativas de progreso, en alocuciones oportunas, en la redacción de notas e informes que merecían el aplauso de los hombres competentes de su época, y en viajes penosos para llevar su impulso civilizador a las más retiradas comarcas.

Así no era un elogio cuando sobre su tumba expresó el Inspector de escuelas, que ellas se habían enlutado al circular la noticia de su fallecimiento, porque su ausencia las dejaba en la orfandad, agregando que los «que siguen las huellas de sus pasos riegan con sus lágrimas la tierra que va a cubrir sus mortales despojos, porque pierden en ella la Historia, la tradición y el consejo de la escuela argentina».

Es proverbial su lucidez, su cultura, el buen tono que se respiraba en sus salones, en «que hablaba de la Patria con la voz entusiasta de los tiempos pasados, de

los días magnos en que el corazón de los hombres no abrigaba otra aspiración que la libertad de la República».

Doña Mariquita Thompson, como popularmente se la llamaba, murió a los 82 años de edad, el 23 de octubre de 1868.



LOS DOS RICOS

POR IVÁN TURGUENEF

Cuando en mi presencia se ensalza al archimillonario Rothschild, quien, de sus inmensas rentas, consagra sumas cuantiosas a la educación de la niñez, a curar enfermos, y fundar asilos para ancianos, también yo le alabo y admiro.

Pero, al elogiarle y admirarle por eso, no puedo olvidar una pobre familia de labriegos que había recogido a una huérfana en su miserable choza.

—Si nos hacemos cargo de Katia —decía la aldeana —nos dejará sin un cobre, y ni siquiera tendremos para comprar sal con que sazonar la sopa.

—Pues bien; la tomaremos sin sal —respondió su marido el campesino.

¡Cuán lejos está todavía Rothschild de llegar a ese labriego!



UNA MUJER DEL PUEBLO

POR SØREN KIERKEGAARD

Con frecuencia solía observar una pobre mujer que tenía un pequeño comercio, no en un quiosco, sino en plena vía pública. Estaba allí bajo la lluvia, el viento, la nieve, con un niño de pecho entre sus brazos. Su vestimenta, lo propio que los pañitos de su vástago, estaban siempre cuidadosamente limpios.

Cierta vez, una dama distinguida pasó ante ella y la reprochó porque no había dejado en su casa al pequeño, tanto más cuanto que éste la dificultaba en su comercio.

En otra ocasión pasaba por la misma calle un pastor protestante. Acercóse a ella y pretendió llevar al niño a un asilo. La pobre madre, con buenas maneras, agradeció la intención. Mas, ¡hubiérais visto con qué mirada contempló a su infante! ¡Si hubiera estado he-

lado, aquella mirada lo habría recalentado! ¡Si hubiera estado agonizante de hambre y de sed, aquella mirada lo habría restaurado! ¡Si hubiera estado muerto, aquella mirada lo habría resucitado!

Pero el niño dormía, y ni siquiera una sonrisa de sus labios podía recompensar a la madre.

Esa mujer era madre. Sabía que un hijo es una bendición. Si yo fuera pintor, la pintaría en aquella actitud.



25 DE MAYO DE 1810

POR LUIS L. DOMÍNGUEZ

La noche había pasado en grande agitación. Los Cuerpos cívicos, reunidos en sus cuarteles, habían querido muchas veces salir a pedir con las armas la deposición de Cisneros y la formación de una Junta de su entera confianza, logrando sus jefes contenerlos con dificultad. En vista de esta agitación, Castelli y Saavedra habían ido a imponer a sus colegas de la Junta de lo que pasaba y a proponer la renuncia colectiva...

El 22 muy temprano se reunió el Cabildo para tomar en consideración esta renuncia, y contestó en el acto que no la aceptaba, y que la Junta hiciera uso de la fuerza para hacerse respetar.

Este fué el momento de la Revolución.

«En estas circunstancias, — dice el acta de aquel día — ocurrió multitud de gente a los corredores de las Casas capitulares, y algunos individuos en clase de diputados, se apersonaron en la Sala exponiendo que

el pueblo se hallaba en conmoción, y que de ninguna manera se conformaba con la elección de Cisneros; que el Cabildo se había excedido en sus facultades y que para evitar desastres que ya se preparaban, era necesario variar la resolución comunicada al pueblo.»

El Cabildo, alarmado ya con el peligro imprudentemente provocado, citó nuevamente a los comandantes de los cuerpos para averiguar si estaban prontos a apoyar sus resoluciones.

Eran las nueve y media de la mañana, cuando aquellos se presentaron en la Sala capitular. Interrogados por el síndico Leiva, *«si se podía contar con las armas de su cargo para sostener el gobierno establecido»*, contestaron *«Que el disgusto era general en el pueblo y en las tropas; y que no sólo no podían sostener al Gobierno establecido, sino que ni aún de sí mismos estaban seguros, porque los tenían por sospechosos; que la fermentación era terrible y era necesario atajar el mal con tiempo.»*

En este estado de la conferencia, el pueblo invade las galerías y golpea las puertas de la Sala capitular, gritando que quiere saber de lo que se trata. El Cabildo, amedrentado, manda al comandante de húsares don Martín Rodríguez para aquietarlo y comisiona a los cabildantes Mansilla y Anchorena, para que vayan a comunicar al Virrey que quedaba desde entonces separado de la autoridad.

El Virrey, que sentía rugir el volcán bajo sus pies, oyó con resignación aquella orden, quedando de hecho

terminada la soberanía de los Reyes de España en Buenos Aires, a las doce de la mañana del día 25 de mayo de 1810.

El pueblo no se contenta con esta primera victoria. Invade por segunda vez la Sala capitular, y por medio de sus diputados declara: Que ha reasumido la autoridad que había depositado en el Cabildo; que no quería que existiese la Junta nombrada, sino que se procediese a constituir otra que debía componerse así: presidente, vocal y comandante general de armas, el señor don Cornelio Saavedra; vocales, los señores doctor don Juan J. Castelli; licenciado don Manuel Belgrano; don Miguel Azcuénaga; doctor don Manuel Alberti; don Domingo Matheu y don Juan Larrea; y para secretarios a los señores don Juan J. Paso y don Mariano Moreno; con la condición de que, en el término de quince días, prepararía una expedición de 500 hombres para las Provincias del interior, costeada por los sueldos del Virrey, oidores y otros funcionarios públicos.

El Cabildo, no pudiendo resistir, pidió que esta petición se hiciera por escrito; y comunicó al mismo tiempo a la Junta del día anterior, que no había más autoridad que la que estaba deliberando en la plaza pública.

La petición escrita, que desde la noche anterior circulaba ya por todas partes recogiendo firmas, se presentó entonces al Cabildo. La tarde estaba lluviosa, y los grupos del pueblo habían quedado muy reducidos, cuando el síndico se presentó en el balcón del Cabildo

de la lluvia que sobre vino, y de acuerdo con los Pen-
se, Vocales, Reunando hacer el cumplido el día de
mañana, y lo firmaron de que doy fee =

Juan P. Corica *Juan Gonzalo Garcia*

Manuel Manilla Man. Jose de Campa

Juan Dolano Jaime Rodal y Banda

Amos Cunningham
Santiago Gutierrez

For William & Mary

Complie de l'archevêque D^{re} W. Foxe Appelle

M^{re} Delapone
Miquet & Azcuemagatz
B. Mari. Albent & Domingo Matheli
J. Lameul

Juan Torero
Don Mariano Moreno
Secretario

die Logn. huto Lore d'ruiner
 on ^{me} pub. ^{les} y de cou.

a pedir la ratificación verbal de lo escrito. Notando la escasez del concurso, preguntó: *¿Dónde está el pueblo?* — a lo que contestaron que se le llamara con la campana y se vería.

Entonces, abriendo una conferencia el Cabildo con el grupo de ciudadanos reunidos debajo de sus balcones, fueron dictadas en la plaza pública las bases de la primera Constitución política que ha tenido Buenos Aires.

Esta ley, concebida en pocos artículos, determinaba que el Poder ejecutivo sería ejercido por la Junta; que el Cabildo vigilaría sobre su conducta; que la Junta llenaría por sí misma sus vacantes; que el Poder judicial sería independiente; que se daría publicidad al movimiento del tesoro público; y finalmente, «que la Junta no podría imponer pechos, gravámenes ni contribuciones al vecindario, sin consulta y consentimiento del Cabildo.»

Sin perder momento, se procedió en la tarde misma a tomar juramento al nuevo Gobierno; el presidente exhortó al pueblo desde el balcón a mantener el *orden*, la *unión* y la *fraternidad*, y en seguida pasó a la *fortaleza*, por entre un inmenso concurso que había acudido apenas se divulgó la noticia del nuevo nombramiento, saludando las campanas y las salvas de artillería la instalación del primer Gobierno nacional y la inauguración de la era republicana.



ROMANCE DE FRENCH Y BERUTI

POR MARUJA VIDAL FERNÁNDEZ

I

Buenos Aires, patria hermosa,
de entusiasmo engalanada,
la plaza de la Victoria
es templo, tribuna y ara,
donde un pueblo de valientes
su alta libertad proclama,
y de gloria enardecido
lucha y reza, sueña y canta.
Hijosdalgos de una estirpe
nunca en el mundo igualada,
que en decires y en haceres
bien demostraron su raza.
¡Cántenle los venideros,

téjanle lauros y palmas,
aprenda el niño sus nombres
y el hombre sus enseñanzas!

II

Día entre todos los días
aquel día de la Patria,
la fe que anida en los pechos
patriótico anhelo exalta.
Día en que todas las horas
fueron ungidas de gracia,
porque en su ritmo tuvieron
la armonía sacrosanta
de dos palabras eternas:
¡Libertad y Democracia!
La gran aldea de entonces
espera ansiosa en la plaza;
en el Cabildo, la Junta
discute, alega, proclama;
por los anchos soportales
de la Recova encalada,
las gentes forman corrillos
y se expresan en voz alta,
¡que ya no cabe en los pechos
ni el afán, ni las palabras!
Cruzando hacia la Recova
se ven venir de la plaza
dos jóvenes caballeros

de noble porte y prestancia.
De paño gris las levitas,
de airosos vuelos las capas,
de alta copa los sombreros,
y patillas bien cuidadas,
como las llevaba siempre
el rey Fernando de España.
¡Dos patriotas de la Junta,
French y Beruti se llaman!
Llevan prisa en los talones,
llevan fuego en las miradas,
y el bello cielo argentino
temblando entre sus palabras.
En la sombra de una tienda
la gloria les esperaba,
para prender en sus pechos
cintas azules y blancas.
Ya salen French y Beruti,
¡ya tiene enseña la Patria!
La que ondeará en cien combates
y triunfará en cien batallas;
la que cruzará los mares
siempre bendita y gallarda,
la que en los picos más altos
hará desplegar sus alas,
que son, como el cielo, azules,
que son, como el cielo, blancas.

.....
Aldea de Buenos Aires,
al través de la distancia,

¡con qué ardiente devoción
te ven los ojos del alma!
¡Quién entonces te intuyera,
quién así te imaginara,
con tus millones de seres,
tus rascacielos, tus plazas,
tus hermosas avenidas,
tus diagonales fantásticas,
que son como vías triunfales
por donde el progreso avanza!
¡Y tu inquietud, Buenos Aires,
la muy noble y muy dinámica,
la que hizo un timbre de gloria
de su herencia castellana!
¡Cintas de French y Beruti,
cintas azules y blancas!



LA JUNTA DE MAYO SUPRIME HONORES A SUS MIEMBROS

POR MARIANO MORENO

(Publicado en *La Gaceta de Buenos Aires* el 8 de
diciembre de 1810)

La libertad de los pueblos no consiste en palabras, ni debe existir en los papeles solamente.

Cualquier déspota puede obligar a sus esclavos a que canten himnos a la libertad; y ese cántico maquinal es muy compatible con las cadenas y opresión de los que lo entonan. Si deseamos que los pueblos sean libres, observemos religiosamente el sagrado dogma de la igualdad. ¿Si me considero igual a mis ciudadanos, por qué me he de presentar de un modo que les enseñe que son menos que yo? Mi superioridad sólo existe en el acto de ejercer la magistratura que se me ha

confiado; en las demás funciones de la sociedad soy un ciudadano, sin derecho a otras consideraciones que las que merezca por mis virtudes.

No son estos vanos temores de que un gobierno moderado puede alguna vez prescindir. Por desgracia de la sociedad existen en todas partes hombres venales y bajos que, no teniendo otros recursos para su fortuna que los de la vil adulación, tientan de mil modos a los que mandan, lisonjean todas sus pasiones y tratan de comprar su favor a costa de los derechos y prerrogativas de los demás. Los hombres de bien, no siempre están dispuestos ni en ocasión de sostener una batalla en cada tentativa de los bribones y así se enfría gradualmente el espíritu público, y se pierde el horror a la tiranía.

Permítasenos el justo desahogo de decir a la faz del mundo que nuestros conciudadanos han depositado provisoriamente su autoridad en nueve hombres, a quienes jamás trastornará la lisonja, y que juran por lo más sagrado que se venera sobre la tierra no haber dado entrada en sus corazones a un solo pensamiento de ambición o tiranía; pero ya hemos dicho otra vez que el pueblo no debe contentarse con que seamos justos, sino que debe tratar que lo seamos forzosamente. Mañana se celebra el Congreso, y se acaba nuestra representación; es, pues, un deber nuestro disipar las preocupaciones favorables a la tiranía, que si por desgracia nos sucediesen hombres de sentimientos menos puros que los nuestros, no encuentren en las costum-

bres de los pueblos el mayor apoyo para burlarse de sus derechos.

En esta virtud ha acordado la Junta el siguiente Reglamento, en cuya puntual e invariable observancia empeña su palabra y el ejercicio de todo su poder :

1. — El artículo 8 de la orden del día 28 de mayo de 1810, queda revocado y anulado en todas sus partes.

2. — Habrá desde este día absoluta, perfecta e idéntica igualdad entre el presidente y demás vocales de la Junta, sin más diferencia que el orden numerado y gradual de sus asientos.

3. — Solamente la Junta reunida en actos de etiqueta y ceremonia tendrá los honores militares, escolta y tratamiento que están establecidos.

4. — Ni el presidente ni algún otro individuo de la Junta en particular revestirán carácter público, ni tendrán comitiva, escolta u otro aparato que lo distinga de los demás ciudadanos.

.....

8. — Se prohíbe todo brindis, viva o aclamación pública en favor de individuos particulares de la Junta. Si éstos son justos, vivirán en el corazón de sus conciudadanos: ellos no aprecian bocas que han sido profanadas con elogios de los tiranos.

9. — No se podrá brindar sino por la Patria, por sus derechos, por la gloria de nuestras armas y por objetos generales concernientes a la pública felicidad.

.....

13. — Las esposas de los funcionarios públicos, po-

líticos y militares, no disfrutarán los honores de armas ni demás prerrogativas de sus maridos; estas distinciones las concede el Estado a los empleos, y no pueden comunicarse sino a los individuos que los ejercen.

14. — En las diversiones públicas de toros, ópera, comedia, etc., no tendrá la Junta palco ni lugar determinado: los individuos de ella que quieran concurrir, comprarán lugar como cualquier ciudadano; el Excmo. Cabildo, a quien toca la presidencia y gobierno de aquellos actos, por medio de los individuos comisionados para el efecto, será el que únicamente tenga una posición de preferencia.

15. — Desde este día queda concluído el ceremonial de iglesia con las autoridades civiles; éstas no concurren al templo a recibir inciensos, sino a tributarle al Ser supremo. Solamente subsiste el recibimiento en la puerta por los canónigos y dignidades en la forma acostumbrada. No habrán cojines, sitial, ni distintivo entre los individuos de la Junta.

16. — Este Reglamento se publicará en *La Gaceta*, y con esta publicación se tendrá por circulado a todos los jefes políticos, militares, corporaciones y vecinos, para su puntual observancia.





CORNELIO SAAVEDRA

EL CLARIN DE MAYO

POR MANUEL UGARTE

Aun vibran del clarín las tempestades,
sus notas más que notas, son ideas...

Al eco de su voz se alzó la Patria
como el noble titán de la leyenda.

Ayer cuando a raíz de las conquistas
ensanchaba la Patria sus fronteras,
ese clarín cantando nuestras ansias
con lengua de oro ensordeció a la América.

Hoy flotan en sus bruscos arrebatos
rayos de sol, jirones de bandera,
y cabalgando audaz sobre el sonido,
por la muda extensión la fama vuela.

Mas si mañana la ambición de algunos
buscara en la discordia luchas nuevas,
al eco de su voz vieran los orbes
crugir el cielo y retemblar la tierra.

¡Que aquel clarín feliz a cuyo arrullo
se amamantó la Patria en la epopeya,
es inmortal y vibra en nuestras almas
como fuego sagrado de las Vestas!



LA LEONA AGRADECIDA

(*Relato*)

POR DEÁN FUNES

Cuando los españoles fundaban la ciudad de Buenos Aires por los años de 1535, llegaron a carecer absolutamente de alimentos, porque los que se atrevían a buscarlos fuera de poblado perecían a manos de los indios. Esta circunstancia obligó al gobernador a prohibir bajo pena de muerte que se traspasasen los límites defendidos de la nueva colonia.

Una mujer llamada Maldonado, burló la vigilancia de los centinelas y se evadió clandestinamente de la ciudad. Buscando albergue la noche misma de su fuga, entró desprevenida en una cueva que la deparó su destino. No hubo dado el primer paso, cuando descubrió una leona formidable. El pavor y la admiración se disputaron la posesión de su alma: aquél, infundido de un

miedo natural; ésta, de sus halagos inesperados. Sufría la bestia los dolores de un trabajoso parto: el sentimiento que la ocupaba la hizo olvidar por este instante los de su fiera condición: toda temblando en ademán de pedir socorro, se acercó a la mujer y despidió en su idioma unos gemidos capaces de entenerla. La Maldonado ayudó a la Naturaleza en esos momentos dolorosos, en que no parece, sino que apesar suyo echa a luz un ser, a quien generosamente dió la vida. Llena la leona de reconocimiento, se tomó el cuidado de conservar sus días, trayendo a la cueva mucha presa que dividía entre sus hijos y su benefactora. Duró este cuidado lo que tardó la Naturaleza en dar a sus cachorros la fuerza necesaria para buscarse por sí mismos el sustento.

Viéndose la Maldonado sin apoyo, salió de su retiro y siguió el curso de su fortuna; pero no tardó mucho en ser cautiva de los indios. Corriendo el tiempo la rescataron los españoles y la llevaron a Buenos Aires. Gobernaba todavía el tirano Galán, cuya sevicia no se daba por satisfecha mientras no hollaba las leyes de la Naturaleza que respetaron los bárbaros y las fieras. Como si no estuviese bien purgado el delito de la fuga con tantos sustos y aflicciones, la condenó a que ligada a un árbol fuera de la ciudad, muriese a los rigores del hambre, o fuese pasto de animales devoradores. A los dos días siguientes fueron varios españoles a reconocer el destino de esta víctima. ¡Cuál fué su sorpresa cuando encontraron a sus pies una leona y dos

leonzuelos, que velaban en guarda de su vida! Eran estos, esa familia deudora de sus beneficios, y con quienes había pasado en tan grata compañía.

Retirada la leona a cierta distancia, dió bien a conocer en su aire de mansedumbre la seguridad con que podían los españoles acercarse a desatlarla. Así lo hicieron llevándose a la Maldonado, y una lección con que los brutos enseñaban a los hombres a ser clementes. La leona y sus leoncillos siguieron algunos pasos la comitiva dando aquellas señales de ternura, que sabe sacar del pecho la amistad. Los soldados refirieron fielmente al comandante todo lo sucedido. Avergonzado acaso éste de ser inferior a las bestias, dejó con vida a la Maldonado.



SEGUNDA PARTE

PARA DEJAR GRANDES OBRAS

POR DARDO ROCHA

Los prestigios verdaderos nacen de la gratitud pública y son el premio de los leales servidores del país, que sólo han buscado su felicidad sin tratar de congraciarse las voluntades ni excusar la lucha con los malos intereses. Los prestigios falsos reconocen por origen la complacencia a las pasiones y a las preocupaciones de un momento y la cobarde tolerancia a los intereses ilegítimos. Los hombres que buscan los primeros, tratan de encaminar la sociedad en que actúan por el ancho camino que ha de conducirla a la felicidad y al engrandecimiento. Los que procuran los segundos, la siguen como lacayos, sin tratar jamás de imprimirle dirección, aunque marche a la ruina, temerosos de enagenarse las simpatías de sus contemporáneos. Los unos no tienen en cuenta las susceptibilidades y errores de

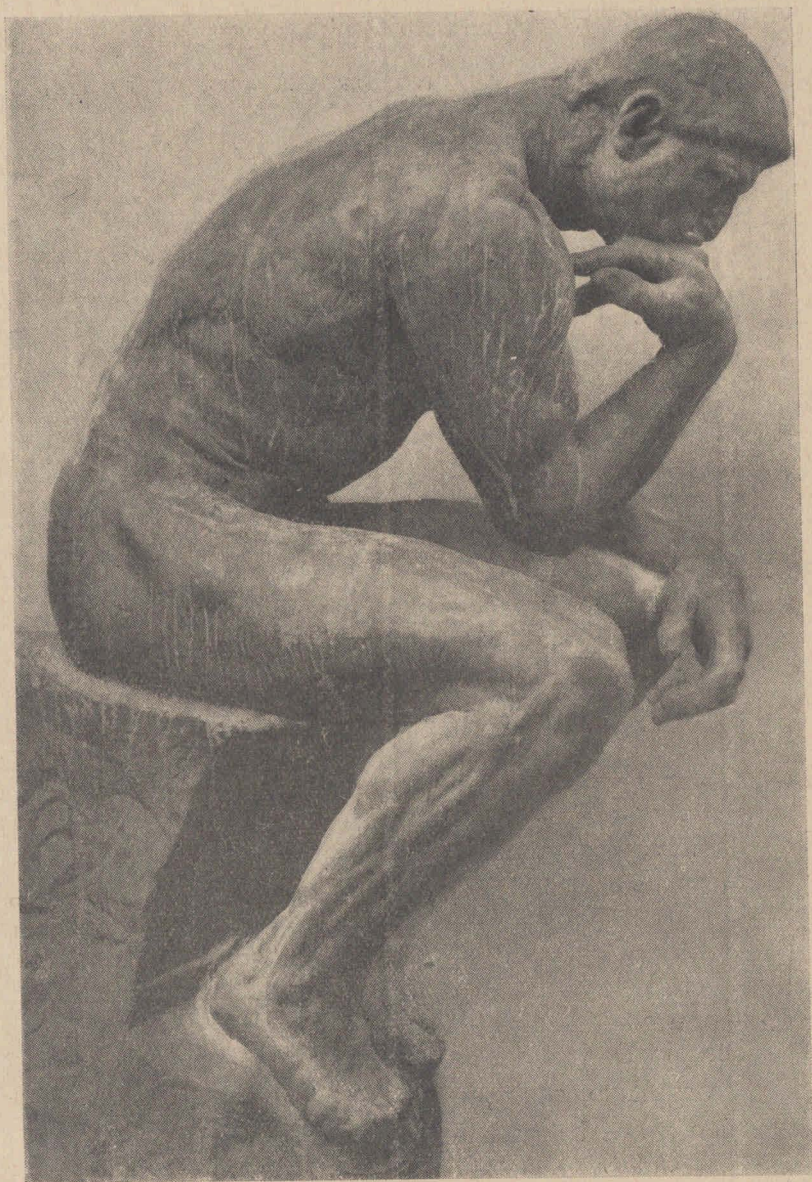
su época, ni ocultan los defectos o los vicios que son propios a ésta. Los otros, transigen con los errores, con los defectos y con los vicios por no irritar esas susceptibilidades.

Los prestigios primeros tardan en formarse, pero se desenvuelven a medida que el que los ha merecido se aleja de la vida activa. Los segundos se forman instantáneamente y decrecen en razón inversa de los primeros. Aquéllos dejan en pos de sí grandes obras o grandes servicios. De éstos apenas suele quedar el recuerdo de una frase hueca o de una actitud teatral. Los unos se convierten en los grandes nombres que recoge la Historia. Los otros desaparecen con las pasiones que les dieron vida, y el tiempo los sepulta en el osario de las mediocridades, cuyos nombres rara vez recuerda la Historia.

Los hombres que han merecido los prestigios verdaderos, continúan sirviendo a su país hasta después de su muerte, estimulando el patriotismo. Los que sólo han merecido el falso prestigio no le sirvieron en vida, y cuando termina ésta, todavía le hacen daño incitando a los ambiciosos y a los que buscan en una falsa popularidad el medio de gozar sensualmente del poder.

Son pocos los hombres que alcanzan el prestigio verdadero, en tanto que son muchos los que adquieren el falso.





EL PENSADOR

Auguste Rodin

EL MAIZAL

POR BERTA E. VIDAL DE BATTINI

Pesadas de tantas espigas henchidas,
las cañas jugosas cantan su contento
meciendo las altas cabezas floridas
en el dulce viento.

Salta del cercado
la loca alegría de las cañas grávidas,
sorprende el anhelo del árbol talado,
y habla a la tristeza de las sendas ávidas.

El labrador mira cuánto hizo su brazo
rompiendo la tierra y enterrando el grano,
y orgulloso, acaso,
piensa que ha ganado su pan cotidiano;

que el yantar lo espera verano e invierno
porque le abastece del choclo jugoso,
del maíz tostado, del pororó tierno,
de la rica harina, del sanco sabroso.

Maizal de mi tierra, lozano y copioso,
como una esperanza siempre realizada,
en el tiempo seco como en el lluvioso
repleta los trojes tu espiga abultada.

Maíz generoso, pan de mi paisano,
del indio manjar,
que por eso eres más americano
y más singular.



EL HIMNO NACIONAL

Dónde y cómo se escribió

POR LUCIO V. LÓPEZ

En la calle del Perú, cerca de la antigua morada de los virreyes, existía una casa de aspecto insignificante y casi ruinosa señalada con el número 533.

Una recia puerta de cuarterones y el característico techo de morunas tejas, delataban claramente su origen colonial.

En la segunda habitación de la entrada de dicha casa, y sobre una mesita de caoba de abrir y cerrar, comprada por la familia López a un oficial inglés en 1807, fué escrito el Himno nacional, durante la noche del 8 de mayo de 1813.

Desde mediados de abril de 1813, sentía el cantor del *Triunfo argentino*, aunque vagamente, la composición vibrante y triunfadora que debía inmortalizar su nombre.

El 8 de mayo, ya de noche, vistióse ceremonioso frac de gran cuello y prolongadas solapas, que dejaban al descubierto la elegante pechera de valencianas, y después de envolverse en amplia capa de grana, atravesó la ya solitaria calle, pésima y escasamente alumbrada, llegando, después de evitar los pantanos de que estaba sembrada, a las puertas de la Casa de comedias, creación del virrey progresista, del bondadoso americano, don Juan José de Vértiz.

Representábase la comedia de Ducis *Antonio y Cleopatra* por la compañía del célebre actor argentino Ambrosio Morante; López ocupó su modesto lugar en el patio del teatro, en que, pocos días después, debía resonar el Himno nacional, y prestó atención a la obra, cuyo desarrollo iba poco a poco caldeando el ánimo de los oyentes que aplaudían con entusiasmo los pasajes patrióticos de la obra.

Después del segundo acto, López, desprendiéndose de sus amigos salió del teatro con el cerebro ardiente y el corazón palpitante de entusiasmo e inspiración.

Llegó a su casa a las diez, penetró en su habitación y encendió la luz; la familia dormía y allí, sobre la mesa, casi vertiginosamente, cayeron sobre el papel las octavas, que un año más tarde debían sonar en todos los ejércitos argentinos y ocho años después en toda la América del sur.

Al día siguiente las leyó a sus amigos Luca, Paso y García y el 11 de mayo de 1813 las presentaba a la Asamblea que las aclamó entusiasmada.

.....

Poco tiempo después, un selecto concurso se agolpaba en la estrecha escalera del Consulado: nuestros abuelos y bisabuelos, las señoritas y las matronas de aquella encopetada sociedad, con sus vestidos *collant* de raso en los que la moda del primer Imperio reinaba en todo su esplendor, tomaba asiento en el gran salón de actos para oír el primer ensayo del Himno puesto en música por don Blas Parera.

Estaban allí todas las mujeres de los primeros salones argentinos, señoras María Sánchez de Thompson, Mercedes Escalada, Eusebia Lasala, etc., todos los jóvenes de la Revolución, sus tribunos, sus sacerdotes y sus guerreros.

Aquel concurso se puso de pie y con respetuoso silencio oyó las notas de un himno que debía ser el monumento más duradero de la Revolución argentina.



PRIMEROS POBLADORES DEL DELTA PARANAENSE

POR ORLANDO WILLIAMS

Ochenta años atrás, el Delta paranaense permanecía en su estado primitivo y salvaje; los indios cahoneros que lo frecuentaban habían desaparecido, y en la espesura de sus matorrales se guarecían el tigre y la yarará, de picadura mortal.

Y fué entonces cuando entre sus primeros pobladores figuraban Domingo F. Sarmiento, Marcos Sastre y Santiago Albarracín.

Pobló Sarmiento, sobre la margen izquierda del río Capitán y confluencia del arroyo Reyes, deslindando una quinta de veinte hectáreas de extensión, que denominó *Prócida*.

A la margen del río levantó una casilla de madera, en forma de cruz, que todavía se conserva, y cuando era presidente de la República, se le veía sentado, bajo el alero, con la cabeza cubierta por ancho sombrero de jipijapa, escudriñando el horizonte, el río, el vue-

lo de las aves, y contemplando las puestas rojizas de sol entre el follaje.

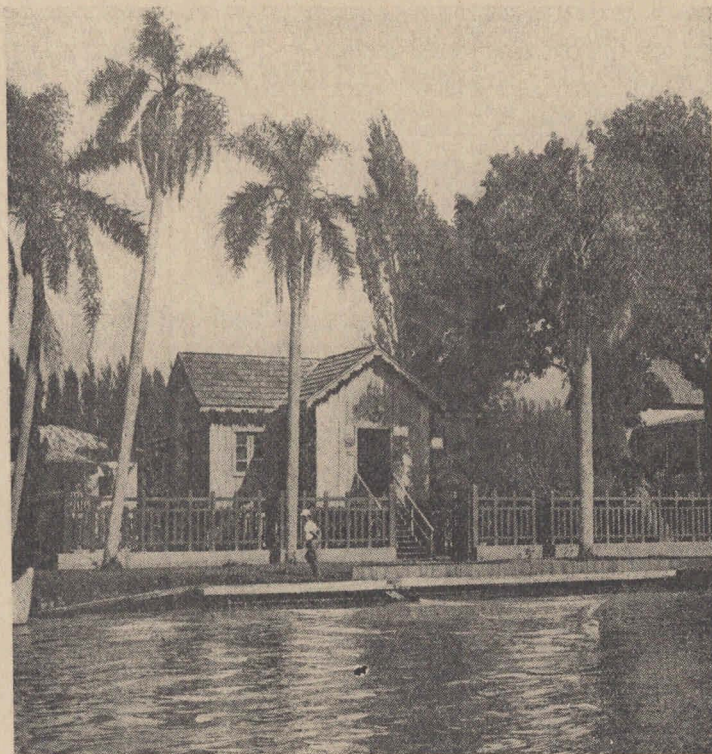
Sobre el albardón costanero de su quinta, plantó Sarmiento doble fila de palmeras que daban la nota tropical en el paisaje, y fué sobre los troncos de esas palmeras que la Sociedad forestal argentina puso leyendas aquel día de 1914 en que a la sombra de sus abanicos congregó colegios, autoridades y pueblo para honrar la memoria del gran argentino que cual ningún otro veneró los árboles y difundió su plantación.

En las islas queda algo más de Sarmiento que el ejemplo notable de su estada: es la floreciente industria de la canastería, surgida de los mimbres, que en macetas llevara consigo, y que después de patriótica alocución plantó en el barro déltico el 8 de septiembre de 1858, en que recorría los canales en compañía del general Mitre, ingeniero Pellegrini, Albarracín, Somellera y otros.

Marcos Sastre, que podría reclamar para sí el honor de haber sido el primero en vislumbrar la riqueza déltica, pobló en la angostura del Abra Vieja, deslinando una quinta de sesenta hectáreas de superficie — en la que nada queda hoy —, testigo de sus afanes. La casa habitación, de paja y barro, a la manera de ranchada islera, se ha derrumbado, y el corpulento álamo blanco que le precedía fué talado, por orden de la Subprefectura, como planta peligrosa para la navegación.

En aquel paraje agreste y solitario, donde Marcos Sastre pasaba largas temporadas, halló inspiración a

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



La casa de Sarmiento, en el Delta, que aún se conserva

su famoso libro *El Tempe argentino*, que puso de relieve su capacidad de observador, su sensibilidad poética y su amor por la Naturaleza. Esta obra, al aparecer, en 1858, mereció el elogio de los pensadores de la época, y fué declarada libro de lectura y premio en las escuelas al asumir la presidencia el general Mitre. Es un libro sugerente, ameno y de sana filosofía.

Don Santiago Albarracín sentó sus reales de primer poblador en la Reculada, deslindando en codo su quinta hacia las Tres Bocas, y sobre la horqueta que lleva su nombre levantó su casa de madera con una pieza en alto, a estilo de mirador. De los viejos árboles plantados por Albarracín sólo queda un gigantesco álamo de la Carolina, que es el árbol más hermoso de aquellos lugares.

Estos tres carapachayos de fuste, Sarmiento, Sastre y Albarracín, impulsaron el progreso de las islas, iniciando un proyecto de ley en el Senado de la Provincia de Buenos Aires sobre la propiedad del suelo, que contó con sostenedores de la fuerza de Dalmacio Vélez Sársfield y Amancio Alcorta.

A la vez, con sus iniciativas abrieron rumbos nuevos a la producción y aportaron instrumentos de labranza, sistemas de drenaje, métodos de cultivo, a cuyo impulso la riqueza déltica hizo eclosión con insospechada generosidad.



LA CALANDRIA

POR MARCOS SASTRE

Tiempo hacía que yo me ocupaba en el cultivo de una de las bellísimas islas del Delta. Una hermosa mañana de otoño salí de mi choza al amanecer, a dar un paseo por mi posesión. Caminaba lentamente; ya atravesando plantíos de jóvenes frutales que me presentaban sus primicias, hermoseedas con el lustre del relente; ya siguiendo las sendas umbrosas del monte, donde las aves que acababan de despertar, saltaban de rama en rama, haciendo caer sobre mí, una lluvia de rocío, ya abriéndome paso por la espesura y vagando sin sendero...

A cada paso se ofrece un objeto nuevo, una planta, un insecto en que se descubren nuevas maravillas, que tienen el espíritu en incesante fruición. La Naturaleza, infinita en su variedad y portentosa en sus obras,

ofrece al observador una fuente inagotable de goces intelectuales, que jamás termina en la fatiga y el hastío de los placeres de los sentidos.

Absorto en estas reflexiones, no había notado que ya un sol radiante había disipado las sombras del crepúsculo y los vapores del río. Me hallaba a la entrada de un dilatado bosque de ceibos imponentes por su grandeza, bellos por sus flores y los festones de lianas que ondeaban de copa en copa, amenizados por los juegos de la luz del sol que penetraba en lampos temblorosos por entre el agitado ramaje. El árbol que me daba sombra estaba más espléndidamente decorado que los otros; entre mi árbol y el bosque se extendía un pequeño campo y en medio de él había un mirto florido. Mil susurros agradables se sucedían a mi alrededor, y un ambiente fresco y oloroso, no sé por qué al respirarlo me llenaba de contento, y embargaba mi espíritu en una vaga y dulce contemplación.

Repentinamente despierta mi atención una música deliciosa, que parecía resonar en todos los ámbitos del bosque. Cuánto acento encantador puede salir de la garganta de las aves, cuántas seducciones hay en los instrumentos músicos más bien tocados y en la voz humana más dulce, más melodiosa y más querida, parecían haberse reunido en los acentos que escuchaba. La luz, el perfume y las bellezas que me habían enajenado, se habían confundido con la célica armonía, para no formar sino un solo concierto. Mis ojos buscan anhelosos al autor de aquel encanto y descubren sobre

el mirto solitario a la calandria ejecutora de aquel portentoso de melodías.

A los hechizos de la música uníanse la inexplicable gracia de los movimientos del ave. Salían de su garganta gorjeos vivos y sonoros, y al mismo tiempo se remontaba con raudo vuelo, describiendo círculos, y descendía con iguales giros, para volver a subir, sin cesar en sus hermosos concentos. Ciérnese en el aire cual colibrí ante las flores, acompañando una suavísima cadencia con la vibración imperceptible de sus alas, como si exprimiese allí toda la intensidad de su ternura.

Posada la calandria sobre la copa del mirto, nuevos acentos, estrepitosos y brillantes, llenan los espacios del bosque sucediéndose con la volubilidad de los arpegios y los trinos; el ave los acompaña con revuelos igualmente vivos y tumultuosos, que son acaso la expresión de los transportes de su júbilo, celebrando sus dichas y sus glorias...



CUANDO EL HOMBRE ES HOMBRE

POR JUAN BAUTISTA ALBERDI

La guerra es el hombre que anima su condición de animal, para resolver como el toro lo que no ha podido resolver como sér inteligente y libre.

La guerra, según Cicerón, viene a ser la lógica de las bestias, una manera bestial de resolver lo que no ha podido resolver la discusión: la sin razón exigida en última hora.

Pero eso no es resolver la cuestión: es matarla. Es como cortar una cabeza para destruir el error que existe en ella. Matar al disidente para matar la disidencia. El que sucumbe está en el error: el vencedor tiene razón. Esta es sin duda la lógica de las bestias; pero el hombre no es hombre, sino porque es capaz de otra manera de discutir y resolver sobre los intereses y medios de su existencia social.



EL ENTIERRO DE GÜEMES

POR JUANA MANUELA GORRITI

Todavía recuerdo el magnífico espectáculo de aquel cortejo fúnebre que ví atravesar las calles de Salta, conducido por mi padre y por White, que, vestidos de luto y la cabeza descubierta, llevaban con una mano la cinta del ataud y con la otra a dos niños, Martín y Luis Güemes, que acompañaban llorando el féretro de su padre. Detrás venían dos bellos corceles en arneses de duelo. Veíase a uno de ellos volver tristemente la cabeza como si buscara a alguien. Era aquel negro, testigo de tantas glorias y compañero del héroe hasta la muerte.

Después del fúnebre grupo, venía una inmensa muchedumbre, pueblos enteros, que de largas distancias habían llegado a tributar al gran hombre sus ofrendas de lágrimas y plegarias.

La ciudad guardaba un profundo y piadoso silencio, interrumpido sólo por el clamor de las campanas, las preces de los sacerdotes y los sollozos de la multitud.

La fúnebre procesión pasó ante mis ojos como una visión mística, perdiéndose en el pórtico y las profundas naves de la catedral, donde depositaron las reliquias del héroe al pie del tabernáculo.

Mi padre salió del templo llevando en su pecho la llave de aquel ataúd que encerraba lo único que le restaba de su amigo.

A la puerta lo esperaba un grupo de soldados pertenecientes a las guarniciones de Humahuaca y Río del Valle.

—Señor—dijo uno de ellos, adelantándose cabizbajo,—hemos desertado para venir a ver otra vez a nuestro general para acompañarle hasta su sepultura y llevarnos estas reliquias suyas.

A estas palabras, cada uno sacó de su seno un rizo de los negros cabellos de Güemes.

Mi padre contempló enternecido a esos hombres leales y les dijo, enjugando furtivamente una lágrima:

—Id en paz, amigos míos, y referid a vuestros compañeros lo que habéis visto, y cómo llora la Patria a sus héroes.

Desde ese día, muchos años han tenido sus luctuosas horas sobre nuestra bella Patria; torrentes de sangre la han bañado, arrastrando en montones de cadáveres la generación de entonces, con sus creencias y tradiciones; pero el nombre de Güemes ha quedado inmortal.



DE TIERRAS SALTEÑAS

por FAUSTO BURGOS

¡Qué desayuno! Cuajada granulosa, blanquísima, apetecible, con un ligero olor a suero, servida en una fuente de madera de ceiba, labrada de las manos de un viejo labrador; cuajada y quesillos tiernecitos, cuyas hebras en la boca hacían un sonido de goma. ¿Qué criollo no se desayuna con cuajada recién hecha (no con *lluglo*, que son los cuajarones de la leche) y con quesillos puestos entre paredes de moreno y oloroso pan campesino? Para asentar todo ello, la puestera empezó a colar aloja de algarroba vallista.

—¿De los valles traen la algarroba?

—De los valles, pues. De tiempo en tiempo pasan — pero no por aquí —, los vallistas, arreando sus mulas cargadas con costales de algarroba.

¡Aloja dulce, amarillosa, tierna, con su puntita picante y su dejo a árbol y a campo! Yo me acordé de las tierras lejanas de Santiago del Estero y de mi pago tucumano, en donde la aloja de algarroba suele despertar el celo del guarapo de caña dulce...

Fuimos a caminar por los umbrosos atajos del cerro. Bosque tupido como para entrar en él, encariñarse con sus nogales, con sus cedros, con sus pájaros, con sus arrayanes aromáticos, con sus helechos bañados de frescor y luego... extraviarse. Aquí, una ceiba añosa y un laurel abrazados de plantas parásitas, que pagaban la savia robada con un suve aroma; allá, un cedro derribado, con el ancho tronco húmedo vestido de enredaderas. A lo largo del atajo, en derechura de las cumbres, el rumor amistoso del agua del arroyo. De trecho en trecho y en lo más recatado, a la umbría de espinudas talas que formaban techumbre, un sesteadero de toros. Así que llegábamos a la sombra de un nogal, levantábase la bandada de loros, con grande algarabía. Derramadas en los suelos había nueces de carne verdona.

Cuando regresamòs, el corral estaba vacío; sobre uno de los pedrones de su cerro oreábase el cuero de una cabra. Del fogón venía un olorcillo de *cancanas*. En la quinchá del rancho rezumaban aún tres cinchones de paja; los quesos habían sido recién sacados de tales hormas. ¡Qué manera de encender el apetito encabritado! Bajo el laurel, cuya sombra se estiraba a veces hasta tocar el patio, el dueño de casa había



CREPUSCULO EN SALTA

Oleo de Miguel Petrone

puesto dos tablones de cedro a guisa de mesa y bancos, sillas con el asiento de cuero. Y fueron llegando los costillares dorados, en sendas *cancanas*, una fuente de cuajada con su aderezo de choclos blancos, tamaños como de dos palmos, quesillos y un caldo de gallina de aquellos... de *hacer abrir el ojo a un muerto* — según dijo un viejo que estaba junto al fogón, avivando la lumbre.

El puestero, así que nos vió entusiasmados, exclamó:

—¡Toda la familia bajo el laurel!...



INSOMNIO

POR B. FERNÁNDEZ MORENO

Dormid tranquilos, hermanitos míos,
dormid tranquilos, padres algo viejos,
porque el hijo mayor vela en su cuarto
sobre la casa y el reposo vuestro.
Estoy despierto y escuchando todos
los ruidos de la noche y del silencio:
el suave respirar de los dormidos,
alguno que se da vuelta en el lecho,
una media palabra de aquel otro
que sueña en alta voz; el pequeñuelo
que se despierta siempre a media noche,
y la tos del hermano que está enfermo.
Hay que educar a los hermanos chicos,
y aseguraros días bien serenos
para la ancianidad; ¡oh padre y madre!
¡dormid tranquilos que yo estoy despierto!

LA AMISTAD

POR ROMAIN ROLLAND

¡Tengo un amigo! ¡Qué dulzura es el haber hallado un alma en que refugiarse en medio de la tormenta, un abrigo cariñoso y seguro en que se logra al fin respirar, en tanto que se calma los latidos de un corazón anhelante!

No estar yo solo, no tener que permanecer siempre armado, con los ojos constantemente abiertos y quemados por las vigiliass, hasta que la fatiga nos haga caer en manos del enemigo. ¡Tener un compañero querido, en cuyas manos confiamos todo nuestro ser, y que, a su vez, confía todo su ser en las nuestras! ¡Gustar al fin el descanso; dormir mientras él vela y velar mientras él duerme! ¡Conocer la alegría más intensa de abandonarse a él, de darse cuenta de que posee todos nuestros secretos y de que dispone de nos-

otros! Envejecido, gastado, cansado de llevar el peso de la vida desde hace tantos años, renacer joven y lleno de frescura en el cuerpo del amigo; ver con sus ojos el mundo renovado, abrazar con sus sentidos las cosas hermosas que pasan, gozar con su corazón el esplendor de la vida...

¡Tengo un amigo!... ¡Lejos de mí, cerca de mí, siempre en mí! Le tengo, le pertenezco. Mi amigo me quiere y me posee. El cariño ha confundido en una nuestras almas.



ORACION A LA BANDERA

POR BELISARIO ROLDÁN

Asuma el verbo sus majestades más altas, inspírenlo la República y brote del labio, en cláusulas opulentas de unción y verdad, el himno a la bandera de la Patria. . . ¡Hela ahí eterna como los cielos que trasunta, inmutable como la soberanía que representa, serena como la nacionalidad que simboliza, a la vez triunfal y benigna, desconocida de las derrotas y camarada de la victoria: ¡hela ahí!, ondeando jubilosa en su armonía tricolor de firmamento y sol, más sagrada que todos los lábaros del mundo, — ¡arriba los corazones para escuchar esta verdad inmensa! — más sagrada que todos los lábaros del mundo, porque jamás temoló sobre el dolor de los vencidos sin recoger al mismo tiempo la bendición de los libertados. . . Hela ahí, magnífica de anterioridades, porque cuando nació, tal fué

de solidaria para con los oprimidos y de castigo para los opresores, tal de americana su misericordia, que era como si los Andes fueran su asta y todo el cielo su trapo... he!a ahí, legítimamente orgullosa de su duplicado simbolismo, como que tiene a la libertad por madre y a la libertad por fruto...

... Jurar la bandera es como suscribir el desposorio de la virilidad con la Patria. Ello fué siempre un honor para toda criatura humana y respeto de toda enseña de hombres libres; pero jurar *esa* bandera, importa un honor muchas veces insigne. He ahí, en efecto, un jirón de firmamento bajo el cual nunca pasó una nube; ni una sola mancha la sombrea; y si es verdad, según el vibrante grito conocido, que no fué atada jamás al carro de ningún vencedor de la tierra, cierto es también; loado sea Dios! que en los carros vencedores donde ella tremoló como dueña y señora no se cargó jamás botín de aventureros, ni se ultrajó a la dignidad humana... Paseó por América guerreando y redimiendo, como si el alma de la madre heredada integralmente por la progenie romántica y bravía, la hubiera inducido a echarse, campo afuera, en gigantescas aventuras de redención; y cuando la victoria premió el esfuerzo supremo, sólo supo esa progenie, en su honradez inmaculada, replegarse con un gajo de laurel entre las manos al seno del hogar propio, perseverando en el propósito generoso de agigantarse hacia arriba, para poder agrandar el feudo suyo sin disminuir el ajeno!

Así hay que comprender a esa bandera y así hay que amarla. El patrimonio de los fuertes, por lo demás, no debe ser el sentimiento melancólico y trivial que caracteriza a las civilizaciones retardadas. No, pues, la loa lamentosa y sí el grito varonil. Hemos de enorgullecernos del pasado, del presente y del futuro. Del pasado, porque aquellos guerreros fueron tan perfectos bajo su triple aureola de denuedo, de destreza y de virtud, que la *Iliada* misma fuera más brillante si la guerra troyana hubiera podido brindar al cantor de la *Odisea* semejantes varones por modelo... Del presente, porque malgrado las incoherencias que determina el fenómeno de amalgama de razas a que estamos asistiendo, el país constituye ya, por la gravitación incontrarrestable de sus prestigios, el contrapeso meridional del Continente americano. Hemos de enorgullecernos del futuro... ¡arriba otra vez los corazones para encender la pupila en la visión suprema! Opulenta y triunfal, la República habrá cerrado los brazos, que hoy abre a todos los vientos, para estrechar entre ellos a la bienvenida caravana inmigratoria; el suelo, palpitante y fiel como una esposa, seguirá rindiendo, en el intercambio fecundo de productos y sudores, a razón de una espiga por cada gota... una selva de mástiles cubrirá el Plata, tendido a los pies de Buenos Aires, celoso y temible como un guardián; asomándose al Atlántico, emporios deslumbradores alzarán en la costa argentina el prestigio ruidoso de sus actividades; el litoral pletórico exhalará como un vaho de victoria; las minas del norte habrán incorporado el tesoro de

sus filones a la gran riqueza nacional; y la colonia, donde ayer la tribu; donde la pagoda, el templo; donde el pajonal, la floresta; donde la nada, el todo; y allá el oleaje grávido de las espigas; y la llanura proficua y el bosque ubérrimo y la selva ondeante; y ni una sola vara de tierra escapando a la rúbrica bendita del arado; y una raza de selección poblando hasta el confín más remoto; y un himno al trabajo, que tendrá una estrofa por cada Estado, brotando del conjunto sonoro; y los Andes, bajo la cabellera cana de sus nieves eternas, presidiendo como estatuas de abuelos la explosión triunfal de muchos millones de energías; y cubriéndolo todo, esa misma bandera que acabáis de jurar y de la que podrán decir nuestros descendientes agitándola ante el Plata: ¡He aquí, hombres del mundo, el pabellón del pueblo más libre de la tierra!



UN PERRO MUERTO

(*Parábola*)

POR LEÓN TOLSTOY

Cierta tarde llegó Jesús a las puertas de una ciudad. e hizo adelantarse a sus discípulos para preparar la cena. El, impelido al bien y a la caridad, internóse por las calles hasta la plaza del mercado.

Como viera, en un rincón, a algunas personas agrupadas que contemplaban un objeto en el suelo, acercóse para conocer qué podía llamarles la atención.

Era un perro muerto. Y todos los que estaban en el grupo le miraban con desagrado, como si jamás se hubiera ofrecido cosa más repugnante a los ojos de los hombres.

—Esto emponzoña el aire, — dijo uno de los presentes.

—Este animal putrefacto estorbará la vía por mucho tiempo, — exclama otro.

—Mirad su piel, — dice un tercero —. No hay un solo fragmento que pudiera aprovecharse para cortar unas sandalias.

—Y sus orejas, — añade un cuarto — son asquerosas y están llenas de sangre.

Jesús les escuchó, y dirigiendo una mirada de compasión al animal inmundo, dice:

—¡Sus dientes son más blancos y hermosos que las perlas!

Entonces, la gente admirada volvióse hacia El, exclamando:

—¿Quién es éste? ¿Será Jesús de Nazareth? ¡Sólo El podía encontrar de qué condolerse y hasta algo que alabar en un perro muerto!...

Y todos siguieron, avergonzados, su camino, inclinandose ante Cristo.

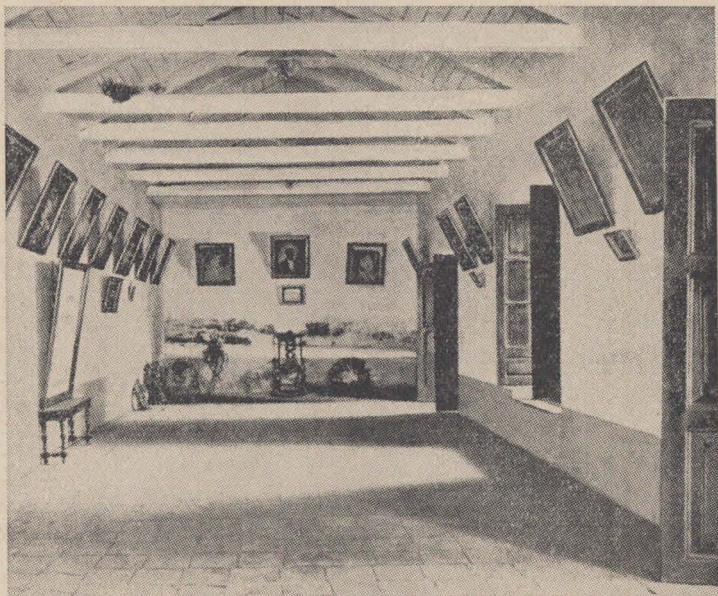


FRAY JUSTO SANTA MARIA DE ORO Y EL CONGRESO DE TUCUMAN

POR JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Figura singular, llena de propio resplandor y en cierta faz, única, es la del hombre cuya memoria el pueblo de San Juan ha consagrado sobre su pedestal. Fué un religioso humilde: «alma angélica, en quien las dotes del corazón y la cabeza estaban equilibradas», dice Mitre; «energía de carácter, pertinacia de designio que engendra las grandes cosas», burila Sarmiento... En el escenario de los *Recuerdos de Provincia*, la sombra venerable y paternal del obispo de Cuyo, tiene reflejos de santidad que nacen del sacerdocio, pero también del corazón: «virtud, ciencia, patriotismo», podían ser palabras que se inscribiesen en el pedestal de su estatua.

Se ha dicho con profunda verdad que no hubo en nuestra Historia asamblea más penetrada del espíritu



Interior de la histórica Casa de Tucumán, tal como puede verse hoy

argentino que la conocida con el nombre glorioso de Congreso de Tucumán...

Lo que da relieve majestuoso al Congreso de Tucumán, aparte del valor individual de sus hombres, es el negro fondo de inquietudes en que se perdía, en el año triste de 1815, la causa de la libertad. Lanzado el grito de la emancipación, era necesario no derrumbarse en un abismo de impotencia.

Derrotadas las armas en Vilcapugio y Ayohuma, dispersa y perdida la unidad de la guerra y de la po-

lítica, amenazador y adusto el porvenir y ensangrentado el fantasma de la anarquía, aquel núcleo solitario de frailes, doctores y patricios, congregados en la sala de Tucumán, sienten la inspiración salvadora del momento histórico, y de lo más hondo de la debilidad arrancan la fortaleza invencible, la rehabilitación absoluta y definitiva de la empeñada contienda.

En este instante la apacible figura del dominico de San Juan, se eleva sobre sus compañeros y sobre sus contemporáneos con todas las líneas de los caracteres superiores, y su profunda y santa sinceridad le inspira la conducta inflexible que imprimió a nuestra Nación, para siempre, el sello de la libertad republicana. Fué en la sesión del 15 de julio, y mientras se discutía la base quinta de las deliberaciones del Congreso — sobre la forma de gobierno... «más conveniente para hacer prosperar las Provincias Unidas», — cuando, según el *Redactor*, «tomó la palabra el diputado Oro, exponiendo que para proceder a declarar la forma de gobierno, era preciso consultar previamente a los pueblos... y que en caso de procederse, sin aquel requisito a adoptar el sistema monárquico constitucional, a que veía inclinados los votos de los representantes, se le permitiese retirarse del Congreso, declarando ante quien debía verificar la renuncia de su empleo. Se le contestó detenidamente por algunos señores diputados, y no cediendo a sus convencimientos, terminó la sesión.»

Cuando se dice, pues, que a fray Justo Santa María de Oro se le debe el establecimiento de la República, se expresa una irrefutable verdad histórica.

¡Oh, santa fué, sin duda, la inflexible tenacidad del «fraile sabio» de San Juan, y su «pertinacia de designio que engendra las grandes cosas»!



LOS NIDOS DE LAS AVES

POR CARLOS OCTAVIO BUNGE

Nada hay en la Naturaleza tan lleno de gracia y de ternura como los nidos de las aves. Ya entre el follaje de los árboles, ya en el juncal de las lagunas, ora en las agrias crestas de la montaña, ora sobre el mulrido cespel de los campos, un nido, con sus frágiles y pintados huevecillos, es como un símbolo de calor maternal y de infantil alegría.

En la enramada de un durazno en flor, un par de torcazas, con pajuelas y plumas, han construido su nido. No lo abandonan un instante; la madre y el padre protegen echados sus huevecillos, blancos como gruesas perlas, del frío, de la lluvia, del viento. Sobre un poste, los horneros fabrican con barro su extraña casa, para abrigar a su prole contra los embates del pampero. Oculta entre el follaje de la glorieta, los

picaflores hanse formado una canastilla deliciosa, donde hay un par de diminutos pichoncitos, no mayores que dos garbanzos. Para defenderse de posibles acechanzas e indiscreciones, venteveos, urracas, calandrias y cotorras, constrúyense altos y grandes nidos con pequeños y espinosos sarmientos. La urraça europea adorna, además, el suyo con objetos brillantes, audazmente robados donde los encuentra. A ras del suelo, pone el teru-teru sus huevos cenicientos y veteados de café, que se confunden con el color de la tierra misma, no pudiendo así ser fácilmente descubiertos. Entre las matas, los nidales de las perdices guardan los suyos de brillante color chocolate, como los de Pascua.

El carpintero rompe con su pico los duros troncos de los árboles, para esconder allí dentro su nidada. La gaviota, el cuervo pampeano, el flamenco, el mirasol y muchas más aves de laguna, en su mayor parte zancudas, construyen sus nidos uno junto a otro, por centenares, formando curiosas colonias en ciertos parajes pantanosos. Otras, como las gallaretas, tienen nidos flotantes, a merced de la corriente. Las aves de montaña, — águilas, cóndores, buitres—, ponen sus huevos en inaccesibles cimas. En cambio, las lechuzas de las pampas y los loros barranqueros los ocultan en cuevas a veces profundas. ¡Cuánta variedad de formas y cuán vivo ingenio arquitectónico ofrecen los nidos de las aves! Unos son como altos castillos feudales, otros como preciosos palacios de follaje; los hay como flores de las plantas trepadoras,

como ingeniosas chozas de barro seco, como ligeras embarcaciones; algunos diríanse duendes ocultos en el corazón de los árboles viejos, o bien simples eflorescencias de la tierra, aun tesoros escondidos bajo el suelo por diligentes gnomos, y todos, en fin, todos, son joyas de la Naturaleza.

Los niños demuestran, en el campo, invencible propensión a robar nidos. La ciencia moderna compara los niños a los salvajes; y nunca, en efecto, demuestran mejor esos pequeños salvajes la incultura de sus instintos que cuando atacan a mansalva los delicados hogares de los pájaros. Un nido, en la rama de un árbol, es un objeto vivo y encantador, una caja de música; detiene la vista y regocija el ánimo. Arrancado de su rama, es un objeto muerto y hasta repulsivo; un montón de pajuelas y de residuos. Un nido, inviolado por la mano del hombre, es una fuente o germen de nuevos pájaros y nuevos nidos. En poder de un niño es un triste y antihigiénico despojo. ¿Por qué, entonces, quitar a esos pobres pajarillos su único tesoro? ¿Por qué destruir con torpe mano tantas vidas útiles y agradables? ¿Por qué despojar a la Naturaleza y al campo de sus mejores galas y atractivos?... Pensad un momento, oh niños, en vuestro acto de vandalismo, y tal vez así lleguéis a contener el instinto salvaje que os impulsa... *¡Niños, respetad los nidos!...*

LA ROSA BLANCA

POR JOSÉ MARTÍ

Cultivo una rosa blanca,
en junio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni oruga cultivo:
cultivo la rosa blanca.



LA COMANDANTE (*Relato*)

POR RAFAEL BARREDA

Cuando se escriba la historia de los valientes guerrilleros que defendieron la Independencia sud-americana, descollará en primera línea la valerosa figura de doña Juana Azurduy de Padilla.

Casada se hallaba con el coronel Asencio Padilla; — aquel temible Padilla que immortalizara su nombre peleando con el mayor denuedo contra las huestes realistas hasta sucumbir, — y a su esposo acompañó en todas sus campañas guerreras, esgrimiendo la espada y tomando parte activa en los más rudos combates al par del más denodado patriota.

Cuentan que en los primeros días del mes de febrero de 1816 se hallaba en la plaza principal de Chuquisaca el general realista La Hera, el que tres años antes fuera parlamentario del general Tristán, después de la batalla de Castaños.

Padilla lo ataca allí, se traba el combate y vése entre los atacantes a la esposa del patriota, montada en brioso corcel, con el gorro frigio sobre la suelta cabellera y en la diestra el brillador acero, recorriendo las filas de los valientes indios, dándoles órdenes e incitándoles con la voz y la acción a la pelea.

Y de tal manera destacaba su figura en aquella empresa que, admirada por amigos y enemigos, éstos recibieron de sus jefes la orden de respetar la vida de aquella heroica mujer.

—Sí,—cuenta la leyenda que dijo el coronel Herrera a su jefe,—yo seré el primero en respetar la vida de esta sublime mujer, porque la quiero tomar prisionera.

—¡Empresa difícil es esta!

—No tanto. Mirad.

Y apuntando fijamente, mató de un balazó el caballo que montaba la heroína, lanzándose en seguida a aprisionarla; pero la noble amazona supo defenderse y fué defendida con tal denuedo, que salió del campo del combate libre e ilesa.

Cuando ya el general Padilla había marchado al Chaco, dejándole encomendada la guardia de la hacienda *del Villar*, el coronel La Hera, cuyo ejército había sido reforzado, una nutrida división salió de la Laguna creyendo encontrar a aquél.

Herrera que comandaba la vanguardia, conocedor de la situación, se dirigió a la hacienda *del Villar*, al frente de un pelotón de su gente, siempre firme en el propósito de hacer prisionera a la esposa de Padilla.

Ya la invicta mujer le esperaba al mando de veinte fusileros y doscientos honderos. Al verlo llegar, carga con tal denuesto sobre el jefe realista que, en poco tiempo, los suyos matan a quince enemigos y dispersan a los demás.

Trábase entonces en singular combate con el coronel Herrera al que hiere, derriba y manda ultimar, arrebatándole la bandera realista que flameaba momentos antes en sus manos, jurando que la colocaría en lo más alto del caserón *del Villar*.

La Azurduy va en busca de su esposo, lo encuentra y le entrega aquel trofeo obtenido con su valeroso esfuerzo, y cunden de tal manera las hazañas de la Padilla, que el general Belgrano las comunica en nota al Supremo director Pueyrredón, quien, en agosto de 1816, le otorga despachos de teniente coronel *«en recompensa a los heroicos sacrificios con que esta virtuosa americana se presta a las rudas fatigas de la guerra en obsequio a la libertad de la Patria»*.

Un mes después y en el mismo día en que se juraba la Independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, su esposo, aquel terrible e intrépido guerrillero, caía prisionero y era ejecutado, teniendo ella que huir a las tolдерías del Chaco en donde permaneció un año.

Al fin, auxiliada con pobres recursos, muere en Jujuy a principios de 1830, después de haber sacrificado en aras de la Independencia americana, su amor, su fortuna, su tranquilidad, sus comodidades.

MI MAESTRA

POR MARIO LEGRAND

Buena, gentil, generosa, noble y pura es mi maestra. Ella es mi segunda madre y la forjadora de mi destino. Ella es la señora de mi espíritu, ¡la propietaria de mi corazón!

¡Mi maestra! Con qué orgullo la abrazo y con qué ternura la recuerdo en mi casa. La contemplo en la escuela y la añoro en mi piecita de trabajo. Ella es hermosa. Tiene en los labios una sonrisa de ángel. Y su corazón es igual al sol porque no se cansa de repartir bienes y de iluminar nuestras pequeñas conciencias.

Marina — bello es el nombre — se llama mi maestra. Por ella aprendo a marchar derechamente. Por ella sé que todos los hombres tienen que ser puros de corazón, puros de alma, puros de cuerpo. Por ella he

aprendido a mirar las estrellas del cielo y a contemplar con infinita alegría las flores del jardín. Por ella he aprendido a tender la mano al necesitado y al humilde, y por ella suelo tener alegría constante en la mirada, en la acción y en el pensamiento.

¡Mi maestra! ¡Cómo la habré de recordar en estas vacaciones que se avecinan, y cómo habré de aprovechar sus sabias enseñanzas! Yo seré bueno, seré grande, seré digno, como ella quiere que seamos todos sus alumnos.

¡Oh, mi maestra!... Cuando pasen los años, yo te recordaré con cariño, y a través del tiempo y de la distancia, siempre te estarán bendiciendo mis labios...



DE CORDOBA A SAN ROQUE

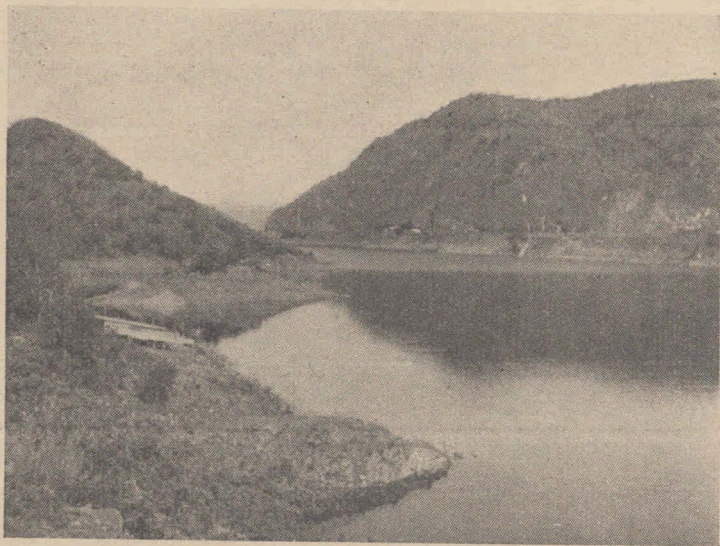
POR ALBERTO CASTELLANOS

Desde la ciudad hasta Argüello son quintas, la Naturaleza virgen se encuentra mancillada por la obra del hombre. Al pasar el río Primero por las lomas de Saldán, se presentan algunos cuadros naturales a la vista del viajero. En los pantanos próximos al río se ven pasar las sagitarias y en la ribera húmeda crecen lozanas las colonias verdeoscursas de las mentas, matizadas de tanto en tanto por el amarillo de las flores de los verbascos y el rojizo de las arenizcas, salpicadas por manchones de tunas de artículos verde-lustrosos.

De Dumesnil a Calera, a la derecha de la vía del tren que va a Capilla del Monte, se ven lomas pedregosas cubiertas con macollas de pichanas y albahaquillas. De Calera a Casa Bamba — la casa del gaucho

Bamba como dice la leyenda—, predomina en el paisaje una especie de acacia.

Después de pasar Calera, se sigue la falda de la sierra en una extensa curva que termina antes de San Roque. A la derecha queda el corte de la montaña, he-

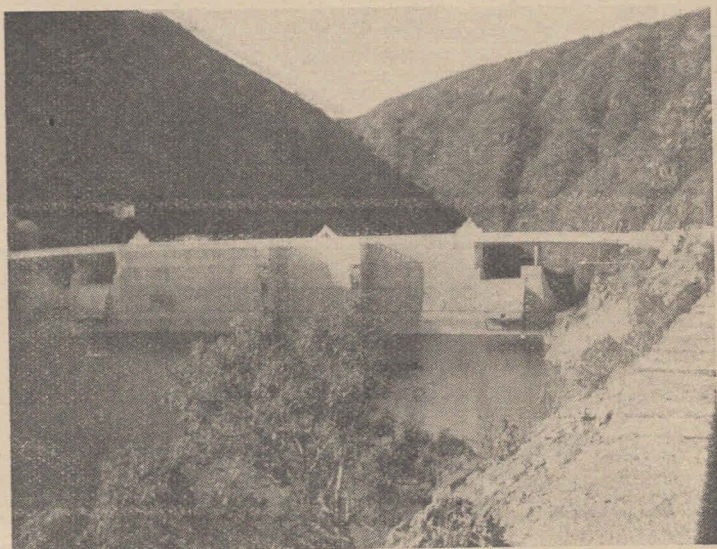


Parte del lago San Roque

cho por la vía; a la izquierda y abajo, se desliza el río por su cauce natural, adornadas las márgenes con cañaverales y sauces americanos.

Las rocas del corte se presentan desnudas y monótonas para el que no las comprende, mas el que sabe interpretarlas halla en su desnudez la verdad y en esa aparente monotonía, la uniformidad de un sistema.

En los intersticios llenos de humus, crece el chaguar de inflorescencia vigorosa y purpúrea con flores verde-sombra de abundante néctar que visitan los golosos rundunes, mientras las otras parientes de flores amarillas e inflorescencia flexible, acarician la cara del



Dique San Roque

viajero si saca la cabeza por la ventanilla. Sobre los terrones o entre las grietas, arraigan los lirios de umbela con flores amarillas y en las cuevas que forman las rocas se ven montones de caracoles como si fueran residuos de algún festín. Impresiona la proximidad y la rapidez con que desfila lo que se ve, dejando tan

sólo un recuerdo que una memoria ingrata pronto olvida. Parecen seres queridos de los que se pierde la esperanza de volverlos a ver y viven únicamente por el recuerdo que nos dejan al ausentarse.

Levanta la vista el viajero y contempla la falda de los cerros como una sucesión variada de cuadros. En las colinas sólo uno que otro cardón con su silueta funeraria y a medida que los accidentes del terreno se acentúan, los pajonales invaden, a veces en superficies tan inclinadas que la idea de transitar por ellos, es acompañada por la de buscar en qué apoyarse o a dónde detenerse.

Para que nada falte al paisaje serrano, majadas de multicolores cabras, pacen serenas en pendientes empinadas, donde se requiere cuidado para no rodar cuesta abajo como una mole inerte. Desaparece esto, y el bosque se presenta: los molles corpulentos, las acacias y todas las especies de la flora arbórea serrana, crecen inclinadas contra la pendiente, vestidas sus ramas por las flores del aire. Al pasar el tren a un nivel muy inferior permite verlos desde abajo hasta sus copas.

Se aproxima el túnel; parece una cueva abierta en la roca, se pasa, se llega al dique y a medida que se sigue por la margen izquierda del gran lago artificial, la sierra se aleja.

La enorme olla del lago tiene marcada en sus orillas el nivel al cual ordinariamente alcanzan las aguas

en las crecientes. Ahora indica 23 metros con 50 de profundidad, de un agua sucia que el viento riza la superficie y la hace rebotar en las paredes a pique de los cerros, cuyas faldas pedregosas y yermas se hunden en ese fondo oscuro.



RETRATO DE SAN MARTÍN

POR BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

San Martín, como ser físico, poseía una figura arrogante, altiva y en todo militar. Había nacido soldado y murió soldado. Alto, moreno, ancho de pecho, rígido como un sable, su espesa cabellera negra caía aún en su edad madura en enérgicas guedejas sobre su frente atezada, según se dejaba ver en un retrato casi juvenil que de él se conservaba en la sala de Gobierno de la antigua Mendoza. En su vejez, peinaba, empero, sus canas cortadas militarmente, con la llaneza del cuartel. Su nariz era aguileña, su barba saliente, su boca enérgica, si bien en sus últimos años su espeso bigote, completamente cano, disimulaba la languidez de sus pliegues y la pérdida de su dentadura. Su vida entera parecía, empero, concentrarse en sus ojos, de un negro brillante y sombrío, en que todas

las pasiones parecían teñirse de relámpagos, como en los de aquel admirable tipo de la belleza guerrera, que sólo ayer se extinguió entre nosotros, su capitán favorito, Las Heras.

La «mirada terrible» del general San Martín ha quedado en Chile como una especie de leyenda; pero a nuestro juicio había en la severidad de su semblante más aparato que ira, más estrategia que pasión. San Martín, por no gritar, miraba. Y una de sus pestañas causaba más miedo a un *godo*, que la lectura de su sentencia de muerte.

No obstante su marcial hermosura, realizada en sus últimos años por la veneración de las canas, San Martín aborrecía los retratos, y aun ocultó siempre tenazmente su tostado rostro al dulce pincel de su hija. Se ha conservado de él, sin embargo, una reproducción magnífica por su semejanza gráfica, pues se puede decir de ella que el viejo campeón, no sólo habla, sino que mira. Pero aun esta imagen de sus últimos días debióse sólo a una filial estratagema y a la destreza de un fotógrafo de Bolonia, en cuyas manos el general, cuando tenía ya setenta años, cayó por un bien meditado ardid, como si hubiera sido un niño.

De esa fotografía provienen los únicos grabados y litografías, que son una revelación verdadera de aquella vida. Los otros, como el que publicó Miller en sus Memorias, o el que hizo dibujar Alvarez Condarco en el cuadro de la batalla de Maipú, son simplemente diseños ideales. No fué tampoco más feliz el es-

cultor Daumas al reproducir en la rigidez del bronce su expresivo rostro. Y en éste, digámoslo de paso, ninguno de nuestros estatuarios ha tenido éxito. San Martín sólo tiene la expresión beata de un cruzado en éxtasis delante de Jerusalén...

Por lo demás, la figura del general San Martín, aun en su ancianidad, era de ese tipo de fierro que se graba eternamente en la pupila, como los perfiles atrevidos de farellón que el mar socava. Los que le vieron cuando niños atravesar la plaza de Santiago con su sable corto bajo el brazo, su sombrero de hule en la cabeza, y sus botas granaderas hasta la rodilla, le recuerdan con la viveza de una aparición. De su vejez se cuenta también una anécdota curiosa a este respecto. Habiendo dejado olvidado su pañuelo en un restaurante de campo, en Enghiem, a cuatro leguas de París, entró algunos años más tarde a un café de la barrera de esa ciudad, y fué grande su sorpresa al notar que la mujer del *comptoir* venía a presentarle su perdida y ya olvidada prenda. La buena huésped no sabía su nombre ni quién era, pero no había podido olvidar la mirada del «hombre del pañuelo».





SAN MARTIN

REMEDIOS ESCALADA DE SAN MARTÍN

POR ADOLFO P. CARRANZA

María de los Remedios Escalada, nació en Buenos Aires el 20 de noviembre de 1797, y era hija del canciller de la Real audiencia, don Antonio José de Escalada, y de doña Tomasa de la Quintana.

Creció entre los goces y caricias del hogar, donde fué siempre la más distinguida por su carácter y sus bellas condiciones.

Cuenta la tradición, que su padre la mimaba de tal modo, que no vivía sino consagrado a su educación, tratando de agradarle hasta en sus caprichos.

Tenía catorce años cuando arribó a nuestras playas, tras larga ausencia, el comandante San Martín, y como la casa de los Escaladas era un centro de los patriotas de la Revolución, fué de los concurrentes a ella, desde que manifestó sus intenciones de servir a la causa de la Independencia.

El después famoso adalid, llegó pobre y sin relaciones; no traía más que su buena foja de servicios en España y el anhelo de ser útil a su Patria.

El viejo Escalada, quizá entrevió en aquel soldado, la pasta de un gran general, y no tuvo inconveniente en aceptar los galanteos a su hija, a pesar de la diferencia de edad entre ambos, que era casi de veinte años. Ella, niña, no muy alta, delgada y de poca salud; él, de edad proveya, estatura atlética, robusto y fuerte como un roble.

El matrimonio se efectuó privadamente, el 12 de noviembre de 1812, y fueron testigos *«entre otros — dice la partida original — el sargento mayor de Granaderos a caballo, don Carlos de Alvear y su esposa Carmen Quintanilla»*.

No habían pasado tres meses de esta ceremonia, cuando el teniente coronel San Martín tuvo ocasión de recoger el primer laurel de sus triunfos, junto al convento de San Lorenzo, y desde entonces, acentuada su fisonomía militar y su importancia para la guerra, comenzó la vida pública que terminaría simultáneamente con los días de su esposa.

San Martín marchó al Ejército auxiliar del Alto Perú, lo dejó por enfermedad, y cuando nombrado Gobernador intendente de Cuyo, debió trasladarse a Mendoza, pidió a su esposa que fuese a su lado.

Apenas llegó a la Capital de Cuyo, Remedios fué saludada y agasajada por aquella sociedad y se hizo querer tanto que aún no se han olvidado las simpatías que inspiró en ella.

Su casa era alegre, hospitalaria; allí concurrían los oficiales, amigos del pueblo natal y los jóvenes de la localidad que se agregaron, Palma, Díaz, Correa de Saá, los Zuloaga y Corvalán, que unidos a los anteriores, cruzaron los Andes y se pasearon vencedores y aplaudidos en la Ciudad de los reyes.

Cuando el Ejército marchó, en enero de 1817, el general en jefe también dejó el hogar, y éste, desde entonces, no le vió sino de paso, antes o después de sus victorias.

Un día del año 1819, San Martín manifestó a su esposa que convenía regresase al lado de sus padres, y ella, tan tierna hija como obediente consorte, así lo hizo, llevando muy pequeña a la que después fué la señora de nuestro Ministro en Francia, don Mariano Balcarce.

Vivió en Buenos Aires, en casa de sus padres, esperando siempre la vuelta anunciada de su esposo.

Estaba abatida y enferma, y la muerte de su padre agravó su malestar en 1822.

Los médicos aconsejaron que saliera al campo, y fué con toda la familia a la quinta, donde falleció el 3 de agosto de 1823.

En el cementerio de la Recoleta, hay un pequeño monumento de mármol que hizo levantar su esposo, en 1824, y que dice: *Aquí yace Remedios de Escalada, esposa y amiga del general San Martín*, y cubre los restos de la que fué digna hija, virtuosa esposa, madre amantísima, patricia esclarecida y mujer merecedora del respeto general.

¡ARA Y CANTA!...

(*Fragmento*)

POR JOSÉ MA. GABRIEL Y GALÁN

Labriego: ¿vas a la arada?
Pues dudo que haya otoñada
más grata y más placentera
para cantar la tonada
de la dulce sementera.

¿Qué has dicho? ¿Que el desgraciado
que pasa el eterno día
bregando tras un arado
jamás cantó de alegría
si alguna vez ha cantado?

Es una queja embustera
la que me acabas de dar.
¿No sabes que yo sé arar?
pues déjame la mansera
y oye que voy a cantar:

*Labriego poco paciente:
si crees que sólo tu frente
vierte copioso sudor
que sorbe innúmera gente
sal de tu error, labrador.*

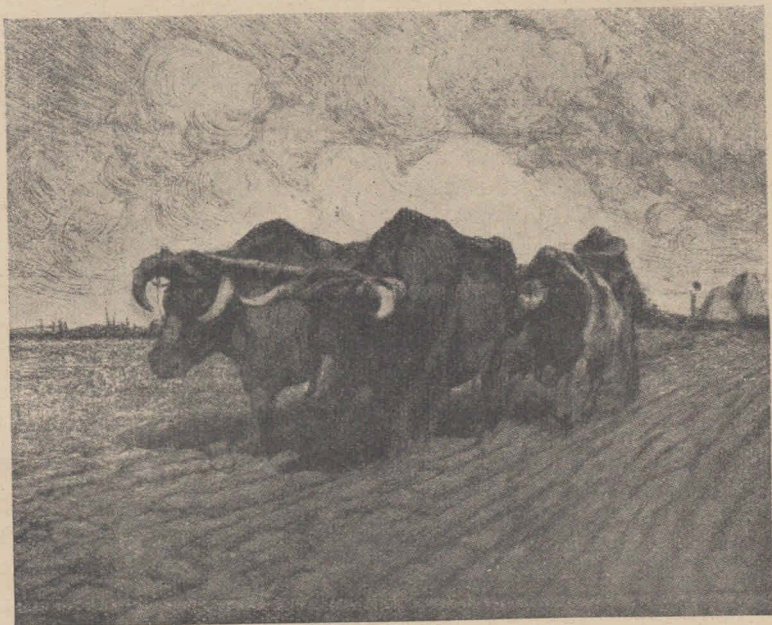
*Lo dice quien es tu hermano,
quien canta tu lucha brava,
lo dice quien por su mano
siega la mies en verano
y el huerto en invierno cava.*

*¿Qué sabes tú del tributo,
que el mundo al trabajo rinde,
ni qué sabes de su fruto,
si no has traspuesto la linde
del terruño diminuto?*

*Si el mundo aquel te impusiera
yugos que impone al mejor,
pensarás que tu mansera,
si no es la más llevadera,
tampoco es la cruz mayor.*

*Te quema el sol del estío,
te azota el viento de enero
y aguantas en el baldío
los hálitos del rocío
y el golpe del aguacero.*

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



ARANDO

J. Montini

*Dura y perenne es la brega,
que pide riegos la vega,
que pide rejas la arada,
que pide gente la siega,
que el huerto espera la azada,*

*y es trabajoso el descuajo,
y abrumador el destajo,
y a veces nulo el afán...
¡Y tal vez es el trabajo
más duro que blanco el pan!*

*Todo es verdad, labrador;
pero en esos horizontes,
y en esas siembras en flor;
y en estos alegres montes,
¿no hay nada consolador?*

.....
*Ara tranquilo labriego,
y piensa que no tan ciego
fué tu destino contigo,
que el campo es un buen amigo
y es dulce miel su sosiego,*

*Y es salud el puro día,
y estas bregas son vigor,
y este ambiente es armonía,
y esta luz es alegría...
¡Ara y canta, labrador!*

SAN MARTIN Y UN ARRIERO

(*Relato*)

POR M. F. MANTILLA

Gobernaba la Intendencia de Cuyo el general José de San Martín, comandante en jefe del Ejército de los Andes, creado por él en Mendoza, a fuerza de grandes sacrificios, con el intento de que la Revolución argentina tomase la ofensiva sobre los realistas, poseionados nuevamente de Chile, y luego de vencerlos atacar a los del Perú, por el Pacífico.

No obstante el ingenio fecundo y la presión necesaria del mandatario y del general, y a pesar de los esfuerzos del Gobierno central, le tomaron los últimos meses de 1816 sin el completo de los elementos de transporte requeridos para atravesar la Cordillera en condiciones de éxito seguro. Mulas eran especialmente las que le faltaban, y mulas arrieras perfectamente

adiestradas en caminar por laderas angostas y a través de montañas escarpadas; sin ellas, se presentaba poco menos que imposible dar principio a la campaña. Cuatro mil combatientes, el gran parque, la maestranza del Ejército y la comisaría, requerían una cantidad excesivamente mayor de la obtenida por compras y donaciones, agotándose recursos y voluntad. ¡La Patria antes que todo! — se dijo el guerrero; y el Gobernador-intendente dió un decreto de expropiación general, sin reservas, de todas las mulas arrieras existentes en el territorio de su jurisdicción.

La medida era extrema por su carácter y por los intereses particulares perjudicados. El comercio de transporte daba vida a Cuyo, siendo su base la mula: de suerte que la expropiación importaba cegar la fuente principal de la subsistencia de los habitantes. Pero hubo que recurrir a ella en último trance, porque lo imponía la consolidación de la independencia nacional y libertad de un Continente.

Todos protestaron, pero ninguno escapó. Cualquiera excepción hubiera hecho odioso el recurso, y San Martín no era hombre de otorgarla. Se juntaron las mulas necesarias y aún más.

Durante la recolección, una tarde que San Martín salía solo de Mendoza con rumbo al campamento de Plumerillo, divisó a la distancia a un paisano que marchaba hacia la ciudad. El general iba de traje civil con su histórico *guarapón* en la cabeza. Picó el caballo y galopó al encuentro del paisano. Este no le conocía.

—¿A dónde va, amigo? — le preguntó.

—A la ciudad, señor.

—¿Qué asunto le lleva?

—Mi asunto es pedir al Gobernador que me devuelva unas mulitas que una partida me quitó ayer; las he seguido hasta el campamento y allí me han dicho que es orden del Gobernador. No hay ley, señor, para arrebatar me mis animalitos, dándome un papel por ellos; porque soy un pobre que trabajo de arriero, no tengo vicios, y pereceré de miseria con mi mujer y mis siete hijos.

—Me parece que el Gobernador no le atenderá. Ha mandado tomar todas las mulas de Cuyo para el servicio de la Patria, y si a usted le restituye las suyas, tendrá que hacer lo mismo con los demás y entonces se perjudicará la Patria.

—¡Qué me importa de eso, cuando yo y toda mi familia vamos a morir de hambre! Yo soy patriota, señor, y, aunque viejo, puedo todavía ser soldado. Que me haga servir donde quiera el Gobernador, pero que deje las mulitas para el sostén de mi familia. No tengo otra fortuna que ellas y es una iniquidad que tan luego eso me quite la Patria.

—La Patria es primero que todo, y los ciudadanos tienen el deber de sacrificarse por ella.

—Que me sacrifique el Gobernador como quiera, pero que no sacrifique a mi mujer y a mis hijos. Entonces, ¿para qué peleamos contra los godos?

—Por más que usted se queje, amigo, el Gobernador no hará que le entreguen sus mulas; es un hombre inflexible.

—Pues si es así, a lo menos tendré el gusto de decirle que es tirano, canalla... que nos trata peor que animales.

—No le dirá usted eso, porque el Gobernador mandará pegarle cuatro tiros.

—¡Aunque me fusile! Yo le probaré a ese Gobernador que no le tengo miedo, cuando le pido una cosa mía, sea como sea; y si no me hace justicia, lo echaré a... rodar, como echaría a cualquier otro. ¿Acaso por ser Gobernador es más hombre que yo?

—Amigo, usted va a perderse. Si quiere, le daré un papelito para el oficial de la guardia del Gobernador, que es mi conocido, a fin de que le ayude y aconseje, porque desconfío que usted solo salga bien. ¿Sabe usted leer?

—No sé leer, señor, y le acepto y agradezco el papel.

San Martín escribió con lápiz un billetito al oficial de servicio en su casa, recomendándole que retuviera al paisano hasta su regreso, sin instruirle de quién era él; lo entregó al interesado y se separaron.

Lo que menos se imaginaba el dueño de las mulas era haber hablado con el Gobernador-intendente.

Serían las nueve de la noche cuando San Martín regresó. Cambióse de ropa para vestirse de militar, y mandó introducir al paisano.

Tan luego como éste le vió reconoció en él a su interlocutor de la tarde; pero no perdió la serenidad. Formuló su pedido en términos humildes, encareciendo cuanto le fué posible su afligente situación.

—Lo que usted solicita es imposible conceder — dijo secamente San Martín. La Patria me ha confiado la defensa de su independencia y la libertad de nuestros hermanos de América y para cumplir sus mandatos ha sido de necesidad imponer a los ciudadanos el sacrificio que usted no quiere hacer. Los beneficios serán para la felicidad de todos, y usted está en el deber de soportar resignado las consecuencias de la resolución general que he dado.

El paisano alegó razones, pidió, suplicó; pero todo fué inútil: el Gobernador no retrocedió.

Perdida la esperanza, insistió sin embargo. Empero, ya no era la restitución de las mulas la causa que le retenía, sino el deseo de cumplir cuanto le escuchó y le contradijo San Martín en la tarde, de individuo a individuo. Estaba comprometido a demostrar su carácter y la verdad de su palabra, porque sólo con mengua de su altivez varonil podía verle el Gobernador retirarse en silencio, de miedo, y ante sus propios ojos quedaría deshonrado no haciéndolo. Pero ¿cómo hacerlo? Emplear los términos criollos de la tarde era sentenciarse a muerte, y en otros perdía su mérito el atrevimiento enunciado.

Una feliz inspiración le sacó airoso del conflicto. Callóse y reflexionó así: «El Gobernador debe recor-

dar bien todo lo que hablamos; con referirme a nuestra conversación, él me entenderá y quedo cumplido.» Y volviendo otra vez a sus mulitas, dijo:

—¿V. E. me despacha sin consuelo, aunque mi mujer y mis hijos perezcan de hambre?

—Ya he dicho a usted que la Patria las necesita.

—Entonces, señor Gobernador: ¡*lo dicho, dicho está!*

Giró el paisano sobre los talones y desapareció.

Había cumplido su palabra sin pronunciar un descomedimiento. *Lo dicho* era lo escuchado por San Martín particular, y *lo dicho está* importaba la repetición y confirmación ante el Gobernador-intendente.

La viveza compitió con la energía moral que la descubrió. Era un hombre a prueba aquel viejo arriero.

San Martín mandó detenerle; el siguiente día le llamó y le entregó la orden de devolución de las mulas. ¡Hacía justicia al honor salvado!

El paisano, que esperaba otro desenlace, le pidió un puesto de trabajo para él y las mulas rescatadas; el ofrecimiento fué aceptado; marchó en el parque del Ejército y regresó a Mendoza, después de Chacabuco.



LA CIENCIA DEL GOBIERNO

POR CARLOS N. VERGARA

Aprendamos, queridos niños, la ciencia del gobierno.

A todos ustedes, aun los que tienen ocho años, ya les interesa saber de qué depende la suerte de la Nación en que viven y de todas las naciones del mundo.

Para comprender esto, como para casi todas las cuestiones, debes saber, ante todo, lo que dice tu conciencia en lo íntimo de tu propio ser. Allí verás que para saber cómo se gobierna, debes empezar sabiendo gobernarte a tí mismo.

Luego podrás entender lo que dicen los libros, y ante todo, lo que dicen los hechos.

El hecho es este: en todos los tiempos, cada Nación vale y puede tanto como sea la intervención que tiene el pueblo en la dirección de los asuntos públicos.

Más acción e intervención del pueblo en todo lo que se hace para impulsar la marcha de la República, de la

Provincia o del Municipio, corresponde a mayor progreso.

Menos acción popular ; menos progreso.

Ninguna discusión cabe a este respecto, porque sólo hemos expresado lo que dicen los hechos.

El país en que más gobierna el pueblo es Estados Unidos, y allí es donde hay más progreso, cultura, educación y felicidad general.

Viene en seguida Inglaterra, como país fuerte y grande, y es también el más libre.

Y esto se comprueba en la vida interna de cada Nación y de todas las naciones.

Aquí, en la República Argentina, en Francia o en Italia, el progreso y la felicidad general fué mayor o menor en cada época, según fué mayor o menor la intervención del pueblo en la marcha de los asuntos públicos.

De estos hechos se induce, con evidencia insuperable, que la ciencia del gobierno consiste en poner al pueblo en uso de todòs sus derechos y de todas sus energías, buscando que desarrolle la mayor acción libre que sea posible.

Se entiende que la acción libre debe ser sin dañar a nadie, porque si unos a otros, los individuos o los distritos se dañan, entonces no habrá libertad.

El problema queda reducido a elegir entre el gobierno libre que permite pensar a todos y cooperar en la obra del bien general, o el gobierno centralizador, que sólo permite pensar y dirigir a los que forman parte de las autoridades.

EL ALMIRANTE BROWN

POR VICENTE F. LÓPEZ

Brown era guerrero por genio; amaba el peligro y los combates, como los niños robustos aman inocentemente los ejercicios esforzados.

Si tomamos por regla sus hechos, es incuestionable que estaba dotado de talentos distinguidos para dirigir las operaciones de una guerra marítima; pero ese acierto no parecía que fuese hijo de un juicio profundo, o trabajo concentrado, sino pura inspiración y puro instinto.

Bondadoso y sencillo, carecía de todos aquellos prestigios exteriores que revelan a los hombres superiores, ya sea en las maneras o en el lenguaje.

De él no podía decirse que supiera algo ni que fuese ignorante; era imposible descubrir si aspiraba a la gloria o a las grandezas; si tenía pasiones, codicia o

si obedecía a los impulsos del fanatismo político y nacional como Garibaldi.

Y sin embargo, no vaya a creerse que era un hombre negativo y frío; Brown tenía un talento misterioso, una especie de doble vista para distinguir en el fondo de nuestros ríos y más allá del horizonte de los mares; y estaba animado de una pasión poderosa y persistente que era el amor de la patria, es decir, el amor a Buenos Aires, porque para él, en la lengua española la patria quería decir Buenos Aires, sin ir más allá ni quedarse más acá.

El pueblo había adivinado las aptitudes y los méritos que se cobijaban dentro de aquella alma heroica y extraña a la vez. Las masas le admiraban con un entusiasmo que rayaba en la idolatría. Para ellas, Brown, era el genio de las aguas del Plata armado con un poder sobrenatural para vencer y humillar a los enemigos de Buenos Aires. Brown no era sin embargo capaz de entusiasmarlas con ademanes imponentes ni con una sola palabra atrevida; y la propia manera con que él expresaba su propia satisfacción en medio de las populares ovaciones que recibía, era su sonrisa ingenua, sin entusiasmo ni orgullo, que sellaba sobre su fisonomía con los rasgos de la bondad y del candor.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



ALMIRANTE BROWN

BUCHARDO

POR D. TORRES FRÍAS

La tierra circundó con su bravura:
ya la nave ha soltado su cordaje,
y se escucha su grito de abordaje,
y se ve sobre el puente su figura.
Aquél navío indómito perdura
rompiendo, soberano, el oleaje;
izada al tope lo encendió en coraje
nuestra bandera donde el sol fulgura.
Devorándose el mar vuela el corsario;
no resisten su empuje temerario,
desbandados, piratas y negreros;
fantasma de los puertos, *La Argentina*,
con su nimbo de gloria se ilumina
después de los sangrientos entreveros.



PLATERO

POR JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

I

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas las florecillas rosas, celestes y gualdas... Lo llamo dulcemente: ¿*Platero?*, y viene a mí con un trocico alegre, que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuando le doy. Le gustan las naranjas mandarinas; las uvas moscateles, todas de ámbar; los higos morados, con su cristalina gotita de miel...

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco como de piedra. Cuando paso

sobre él los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—*Tiene acero...*

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

II

Platero juega con *Diana*, la bella perra blanca que se parece a la luna creciente, con la vieja cabra gris, con los niños...

Salta *Diana*, ágil y elegante, delante del burro, tocando su leve campanilla, y hace como que le muerde los hocicos. Y *Platero*, poniendo las orejas en punta cual dos cuernos de pita, la embiste blandamente y la hace rodar sobre la hierba en flor.

La cabra va al lado de *Platero*, rozándose a sus patas, tirando, con los dientes, de la punta de las espaldas de la carga. Con una clavelina o con una margarita en la boca, se pone frente a frente a él, le topa con el testuz, y brinca luego, y bala alegremente, mimosa igual que una mujer...

Entre los niños, *Platero* es de juguete. ¡Con qué paciencia sufre sus locuras! ¡Cómo va despacito, deteniéndose, haciéndose el tonto, para que ellos no se caigan! ¡Cómo los asusta, iniciando, de pronto, un trote falso!

.....

EL PAÑO MARAVILLOSO

(*Cuento tradicional*)

POR DON JUAN MANUEL

Señor conde, tres hombres burlones vinieron a un rey y le dijeron que eran muy buenos maestros en el arte de hacer paños, y sobre todo que hacían un paño que lo vería todo hombre que fuese hijo de padre honrado y que no lo vería aquél cuyo padre no lo fuera.

Al rey le agradó mucho esta noticia, porque pensó que con aquel paño podría saber qué hombres de su reino eran hijos de padres honrados y cuáles no, y porque vió de esta manera podía aumentar su patrimonio, ya que los moros no heredan nada de sus padres si éstos no son honrados. Por esto mandó que les dieran un palacio donde hiciesen aquel paño.

Y ellos le dijeron que, para que viese que no le querían engañar, les mandase encerrar en aquel palacio

hasta que estuviese hecho el paño. Y esto le agradó mucho al rey. Y una vez que hubieron tomado para hacer el paño mucho oro y plata y seda y muchas más cosas para hacerle, entraron en el palacio y los encerraron.

Y ellos armaron sus talleres y daban a entender que estaban todo el día tejiendo el paño. Y al cabo de algunos días fué uno de ellos a decir al rey que se había empezado, y que era la cosa más hermosa del mundo, y le dijo qué figuras y labores empezaban a hacer y que, si gustaba, lo fuese a ver, y que no entrase ningún hombre con él. Y esto le agradó mucho al rey.

Y el rey, queriendo probar aquello antes en otro, envió un camarero suyo para que lo viese. Y cuando el camarero vió los maestros y lo que decían no se atrevió a decir que no veía el paño. Y cuando volvió donde estaba el rey le dijo que había visto el paño. Y el rey envió otro criado después, y éste dijo lo mismo. Y cuando todos los que el rey envió le dijeron que veían el paño, fué el rey a verlo.

Y cuando el rey entró en el palacio vió a los maestros que estaban tejiendo y decían: «—Esta es tal labor, y esta tal historia, y esta tal figura, y este tal color.» Y coincidían todos en lo que decían, y, sin embargo, no tejían nada. Y cuando el rey vió que ellos no tejían y sin embargo decían de qué manera era el paño, y que él no veía lo que habían visto los otros, túvose por muerto, porque creyó que no era hijo de padre honrado y que por eso no podía ver el paño, y

temió que si decía que no lo veía, perdería el reino. Y por esto empezó a alabar mucho el paño y atendió mucho a lo que decían aquellos maestros sobre cómo estaba hecho.

Y cuando estuvo en su casa con la gente comenzó a decir maravillas de lo bueno y notable que era aquel paño, y decía las figuras y las cosas que había en el paño, pero él tenía muy malas sospechas de sí.

Y al cabo de dos o tres días mandó a su aguacil a que fuese a ver el paño. Y el rey le contó las maravillas y extrañezas que había visto en el paño. Y el aguacil fué allá.

Y cuando entró y vió a los maestros que tejían y decían las figuras que había en el paño, y recordó que el rey lo había visto, y él no lo veía, creyó que por no ser hijo de padre honrado no lo veía, y que si lo sabían los demás perdería toda su honra. Y, por tanto, comenzó a alabar el paño tanto o más que el rey.

Y después que volvió a donde estaba el rey y le dijo que había visto el paño y que era la más noble y hermosa cosa del mundo, creyóse el rey aun más desgraciado, pues si el aguacil había visto el paño y él no, ya no había duda de que él no era hijo de padre honrado. Y, por tanto, empezó a alabar más y a afirmar más la bondad y la nobleza del paño y de los maestros que sabían hacer tal cosa.

Y otro día envió el rey a su ministro, y le sucedió lo que al rey y a los otros. ¿Qué más os diré?

De este modo y por este recelo fueron engañados el rey y cuantos vivían en su tierra, porque ninguno se atrevía a decir que no veía el paño.

Y así pasaron las cosas hasta que vino una gran fiesta. Y todos dijeron al rey que se pusiese en ella aquellos paños.

Y los maestros los trajeron envueltos en muy buenas sábanas, y dieron a entender que desenvolvían el paño, y preguntaron al rey cuál de los paños quería que cortasen. Y el rey dijo qué vestidos quería. Y ellos daban a entender que cortaban y medían el tamaño que habían de tener las vestiduras, y que las coserían después.

Y cuando vino el día de la fiesta fueron los maestros adonde estaba el rey, con sus paños cortados y cosidos, e hicieronle entender que le vestían y que le acomodaban los paños. Y así lo hicieron hasta que el rey consideró que estaba vestido, porque no se atrevía a decir que no veía el paño.

Y una vez que estuvo tan bien vestido como habéis oído, montó a caballo para andar por la villa, lo que le vino bien porque era verano.

Y cuando las gentes le vieron venir así y sabían que el que no veía aquel paño no era hijo de padre honrado, creía cada uno que los otros lo veían y él no, y que si lo decía quedaría deshonorado. Y por esto todo el mundo guardaba el secreto, sin que ninguno se atreviera a descubrirlo, hasta que un negro que cuidaba el caballo del rey, y que no tenía nada que perder, llegó al rey y le dijo:

—Señor, a mí no me importa que se diga que no soy hijo de padre honrado, y por ello os digo: o yo estoy ciego o vos váis desnudo.

Y el rey comenzó a maltratarle diciendo que no veía sus paños porque no era hijo de padre honrado.

Y cuando dijo aquello el negro, otro que lo oyó dijo lo mismo y así lo fueron diciendo los demás hasta que el rey y todos los otros perdieron el miedo a conocer la verdad y comprendieron el engaño que les habían hecho los hombres burlones. Y cuando los fueron a buscar no los encontraron, porque se habían marchado llevándose todo lo que les había dado el rey para hacer el paño.



LA MUERTE DEL CACIQUE

POR JOSÉ CIBILS

Está triste el aduar y está de duelo,
en una piel de tigre, sobre el suelo,
el cacique *Chará* yace tendido:
¡El *hijo del desierto* más valiente,
tocado por el mal, dobló la frente
sin exhalar siquiera ni un gemido!
En torno de él, sombríos, macilentos,
contienen sus sollozos y lamentos
sus hijos, sus vasallos y mujeres.
¡Cómo adoran al jefe que los deja!
En los bronceados rostros se refleja
el cariño salvaje de esos seres.
Sobre el rústico lecho en que aun respira
el indio moribundo, que delira
con luchas y sangrientos entreveros,
no puede comprender ese quebranto,



EL TOQUI (indio araucano)

Ramón Subirats

ni ver las gotas del amargo llanto
que vierten silenciosos sus guerreros.
Se incorpora en el lecho y furibundo,
lleno de saña y de rencor profundo,
gozando del placer de la matanza,
alza y agita las huesosas manos,
cual si quisiera destrozar cristianos
al bote formidable de su lanza.
Un momento sonríe alborozado
porque un algo feliz ha recordado
que el fuego oculto en su interior aviva:
 se mira en su corcel por la llanura,
entre la sombra de la noche oscura
llevando a una hermosísima cautiva!
Cayó el cacique por el mal vencido,
sólo por encontrarse envejecido
y lleno de tristeza y desengaños,
como el quebracho fuerte y altanero
que sólo cae al soplo del pampero
cuando está carcomido por los años.
Los alaridos de la tribu indiana
se fueron ya por la extensión lejana
a perderse tal vez al infinito;
se poblaron las selvas de lamentos
y all , por las regiones de los vientos
lanzó el chaj  su penetrante grito.



DONDE COMIENZA A FLORECER LA ROSA

POR PEDRO PRADO

El viejo jardinero poseía una infinita variedad de rosas. Haciendo el papel de los abejorros, llevaba el polen de una flor a otra, efectuando el cruzamiento entre los ejemplares más diversos. De esta manera, obtenía nuevas y nuevas variedades que amaba con verdadera pasión y que despertaban la envidia de los que no sabían imitar a los abejorros.

Como nunca regalaba una flor, adquirió fama de hombre egoísta y malo. Una hermosa señora que fué a visitarlo, volvió asimismo con las manos vacías, repitiendo las palabras que le dijera el jardinero. Desde entonces, además de egoísta y malo, le tuvieron por loco, y nadie volvió a ocuparse de él.

—Es usted tan bella, señora, — le había dicho el jardinero — que le regalaría gustoso todas las rosas

de mi jardín; pero, a pesar de mis años, aun no sé dónde comienza una rosa a ser rosa, para cortar justamente allí y separar una flor entera y viva. Se ríe usted de mí. ¡Oh! no se ría, yo se lo ruego. *

Y el viejo jardinero llevó a la bella señora ante el rosál que florecía la variedad más extraña: un capullo encarnado, como un corazón abandonado, entre las espinas.

—Vea, usted, señora, — decía el jardinero, y sus dedos viejos y sabios acariciaban la flor — yo he seguido el curso del florecimiento de la rosa. Estos pétalos rojos salen del cáliz como las llamas de una hoguera pequeña. ¿Y es posible separar una llama y conservarla ardiendo? El cáliz se adelgaza y se funde insensiblemente en el largo pedúnculo, y éste, a su vez, penetra en la rama, sin que nadie pueda precisar cuándo termina y comienza la otra. He visto que el tronco empalidece poco a poco al internarse en el suelo y que las raíces están unidas a la tierra por el agua que sube.

¿Cómo separar una rosa y regalarla, si no sé dónde ella comienza? Regalaría una corola desprendida violentamente, y usted sabe, señora, cuán poco viven las cosas mutiladas.

Cuando llega octubre y observo que los capullos hinchados se abren, yo, que he tratado de saber dónde comienza a florecer la rosa, nunca me atrevo a decir: mis rosales florecen; siempre exclamo: la tierra está florida, ¡bendita sea!

BEETHOVEN

(*Fragmento*)

POR PEDRO B. FRANCO

Cuando en horas de vigilia o de ensueño, busco en la memoria al más grande artista,—esto es, al que con más desinterés y abnegación puso su obra de belleza al servicio de la humanidad,—se me presenta siempre la figura de Beethoven. Si pienso en quién ha soñado más en el mundo, otra vez hallo a Beethoven, y a su lado Jesús y Pestalozzi, asimismo enormes soñadores. Cuando deseo imaginarme al más grande entre los hombres—el más grande por su corazón—, también veo a Beethoven.

De ahí que ame a Beethoven, al artista, al soñador y al hombre, como ninguna mujer le amó ni le amará. ¡Y qué rara sensación! Al mirar un retrato suyo en mi cuarto de trabajo, quizás por sus ojos de «tris-

teza incurable», también yo debo contenerme para no llorar... Mas, descubriendo el ánima leonina agazapada en ese caro rostro, ¡cómo aprendo valor, tenacidad y paciencia!... ¡Si será grande Beethoven para que la simple imagen nos recubra de fortaleza y de fe! Con razón Romain Rolland, en amorosa biografía, le ha llamado «el más grande y el mejor amigo de los que sufren y luchan».

Nadie como Beethoven ha vivido más trágica y atormentada existencia. No tuvo infancia. ¿No os parece tristísima suerte? De niño, no goza ni siquiera de su derecho a la primera enseñanza. Sólo le instruyen en música.

No fué mejor su juventud. Las preocupaciones materiales y el pensamiento de ser consumido por la tisis, que temprano le arrebató a la amada madre, torturan su mocedad. Pero frecuente a filósofos y poetas. Lee a Homero y a Shakespeare, a Plutarco y a Tácito. Esta afición a libros inmortales, mantenida hasta la muerte, dióle alivio y resignación.

Rápidamente adquirió renombre por su talento pianístico, sobre todo por espléndidas improvisaciones, *impromptus* más bien, a las cuales se abandonaba. Refiérese que un día, sabiendo afligida a una señora por la pérdida del único hijo, el genio de Bonn nada más necesitó: Le era desconocida, mas el dolor estaba con ella y él debía brindarle su consuelo. «Lo que siento aquí,—le dijo llevando una mano hasta el corazón—no puedo expresarlo con frases comunes; dejaré que el

piano hable por mí.» Hizo oír el encanto de una improvisación y se marchó sin esperar nada...

El pobre cuerpo de Beethoven padece distintas enfermedades. Una incontenible sordera le priva del trato social. Tal vez por tantos padecimientos físicos y morales tornóse mudable su carácter: apacible y áspero, dulce y torvo, alegre y taciturno, todo en un mismo rato. No obstante, y a pesar de ser brusco y voluntarioso, escondía en el pecho bondad infinita tan grande como su genio.

Así cual era débil de cuerpo, ha sido vigoroso de temple moral; severo consigo mismo y con los demás. En la virtud, nos dice, y no en la riqueza está la felicidad. «Deseo demostrar a todos—escribe a la comuna de Viena—que quien obra bien y noblemente, puede soportar hasta la desventura». Tal fué su orgullo: sentíase firme y fuerte por saberse puro. Por su pureza no cayó en el feroz combate contra el destino.

Beethoven es, sin duda, el compositor más humano, el que está más cerca de todos los pueblos, de todos los hombres, ya sea cuando trata temas melódicos bajo la influencia de Haydn y de Mozart, o bien cuando se expresa con masas sonoras. Es el más lírico y el más dramático al par; no ha dejado página que no tenga un momento dulce, tierno, apasionado, y una rebeldía ciclópea, homérica. Con la Sonata, el Cuarteto y la Sinfonía, se ha levantado un monumento que ni el bronce ni el mármol pudieron hacerlo mejor. La Sonata es una de las formas preferidas por él, porque

le permitía lucir su virtuosidad y sus condiciones. Música íntima, a *mezza voce*, para saborearla deben juntarse cuatro o cinco amigos íntimos y, en amoroso recogimiento, dejar que en la penumbra de la salita cante el piano solo o dialogue con el violoncello... Admirable es también en los Cuartetos, por la belleza, la expresión y la profundidad. Mas donde la fuerza del genio de Bonn llega a la cumbre es en sus nueve Sinfonías, inmortales nueve Cantos de un poema shakespeareano compuesto bajo la tortura de la sordera.



TERCERA PARTE

RIVADAVIA

POR MARIANO DE VEDIA Y MITRE

Rivadavia, el primer Presidente argentino y una de las personalidades más eminentes de nuestra Historia, fué en su época tenaz y acerbamente combatido. Sobre todo respecto a su presidencia histórica.

La posteridad, a la que él apelara en un momento solemne de su vida pública, ha sabido rendirle el homenaje de su respeto y admiración. El pueblo de Buenos Aires, que él tanto amó, pero que no amó más que a los demás pueblos de su patria, realizó su apoteosis el día de la traslación de sus cenizas al suelo nacional y en el centenario del prócer. La Provincia de Buenos Aires ha levantado ya su estatuta en La Plata, realizando con tal motivo un acto que importó un gran homenaje a su memoria.

Pero Rivadavia no fué una personalidad cuya acción se relacione tan sólo con el escenario local de Bue-

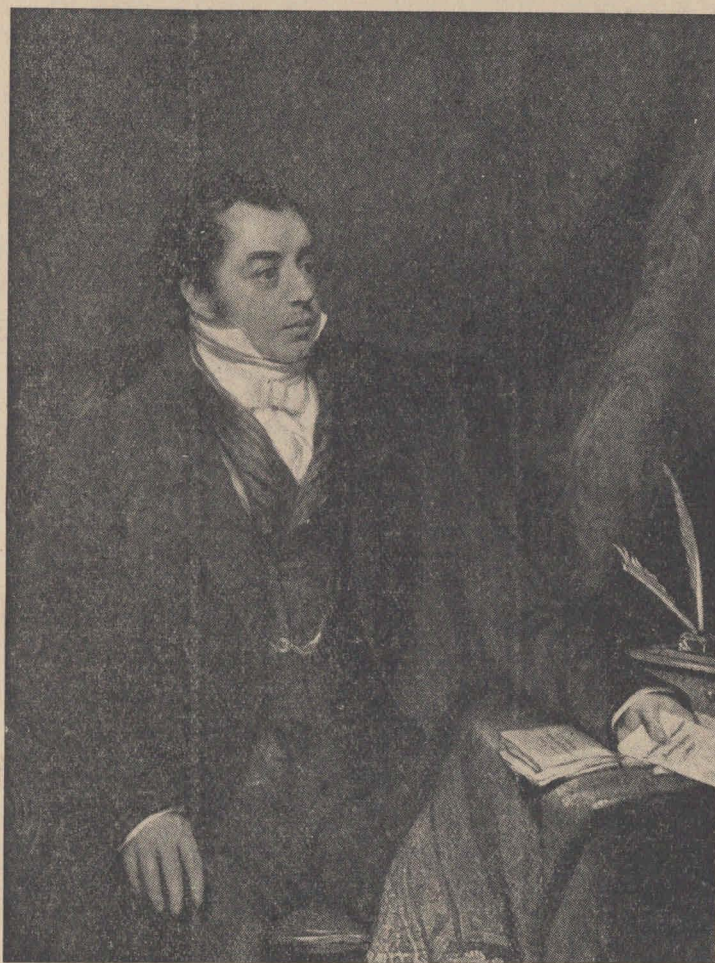
nos Aires. El quiso la grandeza de su patria, puso toda su fuerza de acción al servicio de ella, y sólo abandonó la lucha cuando el chocar de las pasiones y el poder de los intereses heridos en pro de la felicidad nacional, minaron las instituciones y trajeron otra vez la disolución y el caos.

Los que lo combatieron y lo combaten, olvidaron y olvidan las circunstancias en que le tocó actuar, el momento histórico en que tuvo el valor de ponerse al frente de los destinos de su patria, sus antecedentes preclaros, sus títulos indisputables de fundador del sistema representativo en el Plata, del sufragio universal, de la educación del pueblo, de la tolerancia de cultos, de los derechos civiles y políticos, del Registro civil, de la educación de la mujer, de la reforma religiosa, en fin; y la grandeza y la dignidad con que supo volver a la vida privada sin un movimiento de indignado despecho, pero con la conciencia de todo lo que importaba para su patria el abandono necesario que hacía de las funciones públicas.

Pero, su obra es imperecedera. Está incorporada a nuestra organización nacional. Y quien necesite estudiar el origen de las instituciones libres en nuestro país, tendrá siempre que reconocer como al fundador de ellas en el Plata, a don Bernardino Rivadavia...



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTRCS



Don BERNARDINO RIVADAVIA

EL TERREMOTO DE MENDOZA

POR ADOLFO P. CARRANZA

Creo que fué el 23 de marzo de 1892, cuando apreté la mano de uno de los vecinos que gozaba de mejor reputación en Mendoza.

Era don Domingo Bombal...

Algo conversamos de aquellos agitados tiempos en que la Patria agonizaba después de los esfuerzos colosales de sus hijos predilectos; pero era del caso hablar de la fecha inolvidable de aquel pueblo, y le abordé para que me contara lo que sirviese a dar una idea del cuadro horroroso de la noche del terremoto y la causa a que mi interlocutor debió su salvación.

Y me hizo este relato:

«Estaba dentro de mi casa de negocio, que formaba esquina, arreglando una escritura sobre el mostrador,

con un chileno, el escribano y mis dependientes, cuando sentí el ruido precursor, que es como un mugido lejano, pero fuerte, y la primer ondulación de la tierra.

«Salté por sobre el mostrador y me lancé a la bocacalle colocándome en el centro de ella.

«No perdí la serenidad y me puse a observar nerviosamente los edificios que me rodeaban — los que bamboleantes, amenazaban aplastarme —, con la intención de hacerle una gambeta al primero que se me viniese.

«¿Cuándo caí? No lo recuerdo, pero fueron cascos de uno de ellos los que me voltearon, tendiéndome un rato en el suelo.

«Me levanté y no ví nada. El polvo de los escombros ocultaba la luna y la oscuridad era densa.

«Pero a poco se fué despejando y alcancé a ver los edificios destruídos, el incendio que asomaba en algunas partes, quejidos, gritos, ¡qué sé yo! Me acordé del juicio final...

«Cuando comprendí que no había temor de que cayesen más casas, me dirigí hacia la mía, que estaba a cuatro cuadras de la tienda.

«Todo era silencio, habían sucumbido en el patio esas personas que usted ve ahí (al decir esto me mostraba un gran cuadro al óleo, en que estaba su primera esposa y cuatro o cinco niñas de tres a diez años, rubias y lindas).

«Creyendo cumplir mi deber, seguí hacia la alameda, que alguien me dijo era donde se reunían todos los que iban apareciendo.

«Allí fueron las impresiones más enérgicas — la tierra se movía como un mar embravecido —, no podíamos estar en pie y nos hincamos reclamando a gritos la misericordia de Dios. Los grandes álamos se volcaban como los mástiles y el rumor de sus hojas daba más pavor a la escena.

«Veíase hacia el centro de la ciudad el fuego haciendo de las suyas y como se corría por bajo los escombros, comunicando a los almacenes, tiendas, etcétera, asomaba de súbito y de trecho en trecho, como lenguas acompañado con un estruendo extraordinario por los alcoholes, cohetes y demás combustibles con que chocara y que animaban forzosamente tan infernal teatro.

«Pasamos toda la noche rogando, recibiendo a los que llegaban afligidos, llorosos, desesperados, sin darnos cuenta de la magnitud de nuestra desgracia, aguantando más de setenta temblores que se sucedieron, sin saber si antes tendríamos la fatalidad de morir, tras ese grande infortunio.

«Cuando amaneció, ya reaccionamos. Era necesario sacar a los sepultados por los escombros, auxiliar a los heridos, recoger a los niños, consolar a las mujeres y perseguir y castigar a los ladrones. Como el terremoto no tuvo efectos desastrosos en los pueblecitos cercanos, ese mismo día hubo alimentos, y aquellos rivalizaron en el envío de víveres, ropas, camas, etcétera.

«En el primer momento, todos resolvimos emigrar de este paraje tan ingrato y que nos hostilizaría con

la pesadilla. Fuí a mi barraca, que es donde ahora conversamos, y el francés que la tenía a su cargo, me quitó de la cabeza semejante idea, diciéndome: —Estas cosas no se repiten, usted ha perdido sus bienes, quedándose en la calle —; ponga un mostrador y empecemos a trabajar, negociando con lo que se ha salvado.

«Y así lo hice; levanté nuevamente la carpa que había volteado la Naturaleza y la fortuna.

«Para concluir, le diré a usted que ninguno de los que estaban en la tienda sobrevivió. El chileno, al salir, dijo algo de su caballo, probablemente lo tendría atado en un poste de la vereda, y pensaría disparar en él o salvarlo, sin suponer que no le daría tiempo para hacerlo él mismo.»



HOGAREÑA

POR JULIA BUSTOS

Déjame en mi casa
sale tú si quieres,
yo nunca me aburro
entre mis quehaceres
sencillos, humildes,
pero tan alegres...
Gozo en poner orden
y en sembrar belleza,
flores en los vasos,
frescura en la mesa.
Tocar blancos linos,
bordar servilletas,
y zurcir las medias.
Y esto tan prosaico
no me causa pena,

pues muy al contrario
me pone contenta.
Canto, canto, canto
como una locuela,
me brotan las coplas
en estas tareas.
Si el tiempo es hermoso
voy luego a la huerta,
yo misma recojo
lechuguitas frescas,
rábanos, tomates,
ajíes, frambuesas.
De vuelta, ¡qué aromas
llevo a la despensa!
tomillo, romero,
retama, alhucema...
Si el tiempo no es propio
para estas faenas
y es invierno crudo
o hay ventisca fuera,
enciendo una lumbre
suavecita y buena
que entibia el ambiente
y trae el recuerdo
de la primavera.
Nunca falta luego
la labor que espera
la última puntada
y mientras la aguja

viene y va suspensa,
cuántos sueños locos
hila mi cabeza.
Soñando, soñando,
no envidio a las reinas;
en mi fantasía
visito países
de extraña leyenda;
soy ángel, soy hada,
soy ave o estrella,
viajo por regiones
de dorada niebla,
donde se realizan
todas las quimeras.
Como ves, amiga,
me sobran faenas
y así soy dichosa
y así estoy contenta;
si esto me faltara
moriría de pena.
Sale tú si quieres
amiga moderna,
pues en mí reviven
todas las abuelas!



LA MANO

POR CARMEN SYLVA

¿No os ha sorprendido alguna vez observando la mano humana, un vago parecido con una flor maravillosa, cuyo cáliz perfumado se abre y se cierra a voluntad, como se abren y cierran los cinco pétalos de rosadas yemas?

Cinco es el número favorito en el reino de las flores; la zarzarrosa, el nomeolvides, la pimpinela roja tienen cinco pétalos.

Nuestra mano, pues, ha sido formada sobre el mismo molde que todas esas flores, de acuerdo con el principio universal de armonía que hace que todas las cosas existentes en el mismo planeta, estén destinadas a vivir reunidas en vista de su ventaja mutua y para que juntas trabajen por un fin común.

Por eso, lo mismo que las flores, sus modelos, nuestras manos deben hacer el oficio de cáliz que recoja

el rocío y la miel para alimentar a todo el cuerpo y, además, para distribuirlos a otros seres que los necesitan.

Así, la mano liberal es siempre la más bella; la mano que derrama libremente para que otros gocen y se regocijen con los beneficios.

Por eso es la mano el más perfecto instrumento imaginado para donarlo al hombre; por eso debe ser empleada dignamente, recordando, por la gracia rítmica de cada movimiento, su divino origen.

Así, pues, si, como me place figurármelo, la mano, la más fiel amiga del hombre y su servidor más digno de confianza, recuerda realmente en sus grandes líneas la imagen de los más bellos y más frágiles ornamentos de la tierra, podemos deducir que la forma floral le ha sido dada por modelo con el objeto de ennoblecér su ademán y conservarle la fuerza de cada acción. Si sólo hubiera sido hecha para que fuese útil, la simple fuerza le bastaría, y aun podría serlo considerablemente sin la ligera estructura que da gracia a cada uno de sus movimientos y ofrece perpetua satisfacción a nuestro sentido estético.

Todas son semejantes en sus papeles esenciales: la pequeña mano cuyos lindos dedos guían la aguja a través de una red de finísimos hilos, y el robusto puño cuya fuerza de gigante manejaría una barra de hierro como un juguete.

En toda la superficie del globo, las manos del hombre están en la tarea; éstos con la pluma, aquéllos con

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Carga de maderas

Oleo por B. Quinquela Martín

la azada, el pincel o el arado, sembrando, cosechando, edificando sin tregua, sin descanso y esforzándose colectivamente por ejecutar algún magno proyecto.

Y esa acción común, precisamente, es la que forma el lazo inconsciente de la fraternidad universal, más fuerte y de más grande alcance que las estrechas convenciones artificiales fundadas sobre la reciprocidad de intereses.



EL MATE DE LAS MORALES

(*De un cuento de los buenos tiempos*)

Misia Martina Correa de Morales, relata don Alejandro R. Rial, vivía con las dos únicas hijas de su matrimonio: Nemesia y Leocadia, en una pobre casita ubicada en la calle Potosí — como se llamaba la actual calle Alsina allá por el año 60, época de esta historia. Vale decir, que las de Morales vivían en «las afueras» de la ciudad de entonces.

Cierta noche, estaban de visita, Rébora y Miraño, dos jóvenes provincianos que estudiaban en Buenos Aires, y misia Martina les invitó «a tomar un matecito».

—Ve Leocadia a preparar un matecito... y échale una cascarita de naranja... eh...

Leocadia se levantó y fué a la cocina; con una cuchara revolvió las cenizas de la hornalla y encontró el fuego apagado... Tomó una espumadera vieja y, parándose en el pie que sostenía la tina de una planta, se asomó a la casa vecina por sobre el bajo tapial divisorio, y gritó: «Misia Rosaura!... ¿quiere alcanzar-me unas brasitas?...».

La vecina se acercó, llevó la espumadera y la trajo con unas brasas de leña, entregándosela a Leocadia, mientras le decía burlonamente: «*No vayas a cebar el mate por la bombilla!*»...

La joven volvió a la cocina, puso el fuego en la hornalla, le arrimó unas astillitas de madera y colocó encima la pava con agua. Hecho este preparativo, retornó al grupo de la madre, la hermana y los dos visitantes, haciéndose entonces la conversación general y más animada.

Pasado un rato de amena plática, misia Martina volvió a insistir: — Vé tú, Nemesia, a ver si está caliente el agua.

Nemesia se levantó a su vez, fué a la cocina, alzó la calderita y... se encontró con que el fuego estaba apagado...

Estaría de más decir, que la niña tuvo que hacer las mismas diligencias que antes hiciera la hermana para encender fuego.

Pidió otras brasitas a la vecina, las puso en la hornalla rociándolas con un poco de petróleo para no sufrir un nuevo retardo en calentar el agua... Encendida la llama, luego de aguardar que las astillas ardieran, segura ya que el agua se calentaría en seguida, regresó a la rueda de la tertulia diciendo que iba a estar pronta el agua.

Después de un buen rato, misia Martina se levantó de su sillón y se fué hacia adentro en busca de la yerba. Al volver, entregándosela a Nemesia, le dijo que trajera el mate de plata.

La niña levantóse de su asiento y, después de penetrar en una de las habitaciones, apareció con un enorme envoltorio de papeles. Uno por uno fueron cayendo los papeles sobre una silla, y, al fin, surgió el objeto que envolvían... ¡Era un mate!... es decir, un jarrón digno de lucir en un paseo público al estilo de Versalles... que tal era el tamaño de aquel mate, con un gran pie y todo de plata maciza, primorosamente labrada.

Rébora no pudo menos que exclamar:

—¡Qué hermoso mate!

Con motivo de esta manifestación, justo es suponer que el jarrón —es decir, el mate—, pasó a manos de Rébora, quien lo alabó elocuentemente, y después a las de Miraño, que no hizo menos, entregándoselo por último a Nemesia, que cargada con él y la yerba dirigióse a la cocina.

Los visitantes respiraron.

¡Al fin iba a venir el mate cebado!...

Esperándolo estaban, cuando por entre los pies de los tertulianos de las de Morales, pasa un bulto negro disparando «como alma que lleva el diablo», y el cual salvando la puerta de calle desapareció en la oscuridad...

En tanto, Nemesia llegaba del fondo trayendo en una mano una pava barrigona.

—Mamá —dijo la niña—; el *chucho* ha volcado el agua de la pavita y al caer volvió a apagar el fuego...

—¡Ah! ¡Dios mío! —profiere la anciana. ¡Qué animalito ese!... Como es tan viejo, siempre anda bus-

cando el calor del fuego para dormir y habrá volcado la pava al saltar sobre el fogón.

—Sí, así ha sido mamá...

—Bueno... Anda, Leocadia, pídele a misia Rosaura que nos deje poner la pavita en la cocina de ella...

Y Leocadia toma la pava y se fué al lado, regresando al momento con la seguridad de que «en seguida estaría caliente el agua».

En efecto, al rato misia Rosaura traía la calderita.

Leocadia, quemándose y pasando de mano a mano la pava que recibió en el zaguán, llegóse hasta la cocina y de allí, después de un instante... ¡regresó al fin con un mate cebado!...

—Sírvasse Rébora...

—Gracias... Sírvasse usted misia Martina...

—No... Sírvasse usted no más...

—De ningún modo, señora...

—Bueno... Gracias.

¡Y vino el segundo!

—Sírvasse Rébora...

—Sírvasse usted Nemesia.

—No... es para usted.

—De ningún modo... Sírvasse Nemesia.

Tomado el segundo mate, dice Nemesia: Ahora cobaré yo...

¡Y vino el tercer mate!

—Tome, Rébora...

—Gracias... Le corresponde a Leocadia...

—No... gracias... Sírvasse usted no más...

—De ninguna manera...

—Pero si yo tomé el primero, allá en la cocina, —dice Leocadia.

—¡Ah! ¡hija mía!... ¡el de los zonzos!... ¡Ja, ja, ja!... —exclama misia Martina, y dirigiéndose a Rébora:

—¡Al fin le toca a usted!

—Aquí está, —añade Nemesia—; aunque se ha enfriado un poco el agua...

¡Y vino el cuarto mate!

—Sírvasse, Miraño... Está muy fría el agua...

—No le hace...

Al fin, Miraño, pudo tomar también un mate.

En seguida le dijo su amigo: —¿Vamos Miraño?

—Bueno; cuando quieras...

—¿Ya se van?... Voy a traerles los sombreros...

—Sírvanse los sombreros...

—Ya saben la casa...

Una vez fuera:

—¿Por qué tenías apuro en salir?

—Cállate, hombre... El mate estaba helado... y pasé unos apuros...

Rieron los dos jóvenes.

—¿Qué calle tomamos?... ¿Vamos por Potosí?

—No; ¡si por aquí es más largo el camino que el mate de las Morales!...

.....
Y así nació la frase que tantas veces se ha oído repetir después.

DEL POEMA DE MIO CID

LA AVENTURA DEL LEÓN

Estaba el Cid con los suyos en Valencia la mayor,
y con él ambos sus yernos, los infantes de Carrión.
Acostado en un escaño dormía el Campeador;
ahora veréis qué sorpresa mala les aconteció.
De su jaula se ha escapado y andaba suelto el león;
al saberlo por la Corte un gran espanto cundió.
Embrazan sus mantos las gentes del Campeador
y rodean el escaño protegiendo a su señor.
Pero Fernando González, el infante de Carrión,
no encuentra dónde meterse, todo cerrado lo halló,
metióse bajo el escaño, tan grande era su terror.
El otro Diego González, por la puerta se escapó
gritando con grandes voces: — No volveré a ver
[Carrión.
Detrás de una gruesa viga metióse con gran pavor,

y de allí túnica y manto todos sucios los sacó.
Estando en esto despierta el que en buen hora nació
y ve cercado el escaño suyo por tanto varón.

—¿Qué es esto, decid, mesnadas? ¿Qué hacéis aquí
[al rededor?

—Un gran susto nos ha dado, señor honrado, el león.
Se incorpora Mío Cid y presto se levantó,
y sin quitarse ni el manto se dirige hacia el león:
la fiera cuando le ve mucho se atemorizó:
baja ante el Cid la cabeza, por tierra la cara hincó.
El Campeador entonces por el cuello le cogió,
como quien lleva un caballo en la jaula le metió.
Maravilláronse todos de aquel caso del león,
y el grupo de caballeros a la Corte se volvió.
Mío Cid por sus dos yernos pregunta y no los halló,
aunque los está llamando no responde ni una voz.
Cuando al fin los encontraron, el rostro tan sin color,
tanta broma y tanta risa nunca en la Corte se vió,
tuvo que imponer silencio Mío Cid Campeador.
Avergonzados estaban los infantes de Carrión,
gran pesadumbre tenían de aquello que les pasó.



¿SABEIS LO QUE ES UNA MADRE?

POR JOSÉ SELGAS

¿Sabéis bien lo que es una madre?

Dice un niño: — Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias.

¿Sabéis lo que quiere decir esto? Que no tiene madre.

Veis dos niños jugar alegres a la puerta de una casa; los dos tropiezan a un mismo tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante alrededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le sacude el vestido, una boca impaciente que le besa las mejillas.

Ese tiene madre.

¡Las madres! Pensadlo bien: ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer a los hombres que se han criado sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

¿Qué es una madre?

Una cosa que el niño ama.

Un amor hecho a prueba de toda clase de dolores y de todo género de ingratitudes.

Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.

Un alma que no deja ni un momento de querer...

Eso es una madre.



LOS BIENHECHORES DEL CAMPO

POR ANGEL CABRERA

Nada hay más digno de ser amado por el hombre que la Naturaleza que le rodea, y de la cual obtiene cuanto necesita para su vida. Sin embargo, hay en ella algunos seres, como las ratas, las moscas y los numerosos insectos enemigos de las plantas, que se hacen acreedores a nuestro odio por los graves perjuicios que ocasionan. A éstos es preciso destruirlos; mejor dicho, es preciso no evitar su destrucción, protegiendo y favoreciendo a otros animales que consagran gran parte de su vida a destruirlos. Estos animales son otros insectos, algunos mamíferos y, sobre todo, un gran número de aves.

Las aves merecen nuestra protección por su belleza, porque son el ornato de los bosques y la alegría de los campos; la merecen también por lo interesante e

instructivo de sus costumbres; pero, sobre todo, la merecen por su utilidad como protectores de nuestros intereses agrícolas y forestales. Justo es que paguemos protección con protección. Ya que las aves cuidan de nuestros árboles y de nuestras cosechas, lo menos que por ellas debemos hacer es respetar su vida.

El mayor enemigo del agricultor es, por regla general, el insecto. La inmensa mayoría de los insectos atacan a las plantas, por lo menos en alguna de las fases de su desarrollo. Hojas y raíces, troncos y ramas, frutos y granos, todo lo que sea vegetal está expuesto a su voracidad, y son enemigos tan pequeños, tan difíciles de ver y evitar, que sin el concurso de las aves no le sería fácil al labrador deshacerse de ellos.

En Francia se ha calculado que la parte de cosecha que se pierde cada año, en frutos y cereales, por causa de los insectos, representa un valor de más de *seiscientos millones de francos*; en Estados Unidos, los daños ascienden anualmente a la suma de *trescientos a ochocientos millones de dólares*. . . . A esto habría que añadir los daños en el arbolado de los grandes montes, donde orugas, escarabajos y gorgojos hacen de las suyas lo mismo que en los terrenos cultivados.

Si estas pérdidas no son todavía mayores, es debido principalmente a las aves. Los herrerillos, los mosquiteros, las currucas, prestan al hombre un señalado servicio destruyendo los parásitos que el jardinero o el labrador no llegan siquiera a ver. Su utilidad ha lle-

gado a calcularse matemáticamente. Muchos naturalistas han tenido la paciencia necesaria para observar de cerca, día tras día, las costumbres de estas aves y han formado curiosas estadísticas de su alimentación. El pequeño herrerillo, por ejemplo, destruye más de seis millones y medio de insectos al año, y para criar a sus hijos necesita por lo menos veinticuatro millones de insectos. Las golondrinas, los vencejos, los mosquiteros, devoran diariamente millares de moscas y mosquitos, mientras los trepatroncos, los picapinos y las diversas especies de picos persiguen con la misma saña a los insectos que viven en los troncos de los árboles.

Otras aves destruyen los ratones, los topillos y demás roedores dañinos para los cultivos. Toda esta gentecilla nociva constituye la presa habitual de las lechuzas, mochuelos y buhos. Como todas las aves carnívoras, estos hijos de la noche devuelven unas pelotillas compuestas principalmente de pelos, huesos y otros restos de sus víctimas que no pueden digerir. Si se cogen y se abren las pelotillas vomitadas por una lechuza, se ve que su contenido consiste casi exclusivamente en restos de roedores que hacen daños en los campos o en los graneros. Esta es una cosa que debieran saber muchos labradores, que se santiguan al oír en una noche lluviosa cómo chillan las lechuzas en la torre de la iglesia, creyendo de buena fe que es un ave de mal agüero.

RONDA CATONGA DEL CHACARERO

POR FERNÁN SILVA VALDÉS

A la ronda catonga
del chacarero,
si siembra trigo en mayo:
oro en enero.

A la ronda catonga
buey sin descanso;
el arado lo sigue
cual perro manso.

No derroches cosechas
del año bueno,
puesto que nada sabes
del venidero.

A la ronda catonga
pan y cebolla;
si los bueyes son flacos,
flaca la olla.

A la ronda catonga
del alfalfar
que se corta, que se corta,
y vuelve a dar.

El maizal me parece,
florido y alto;
un batallón de guardias
con su penacho.

A la ronda catonga
del cardo seco;
al arbolito joven
lo dobla el viento.

A la ronda catonga
de los rastros;
quien no cuida su campo
recoje abrojos.

Los caminos del campo
son como arterias
por donde va su sangre
que es la cosecha.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Elevadores de granos

E. Tartaglione

A la ronda catonga
barril del agua;
los pajaritos saben
hacer su casa.

A la ronda catonga
grano de trigo;
¡a qué escuela habrán ido
los pajaritos!

¡Qué tristeza da el rancho
solo, en la loma,
y más si no hay árbol
para dar sombra!

A la ronda catonga
del noble árbol,
que nos da sombra y frutas
en el verano.

A la ronda catonga
de nuestros campos;
harán grande a la patria:
libros y arados.



LA AVENTURA DE LOS CARNEROS

POR MIGUEL DE CERVANTES

I

En estos coloquios iban don Quijote y su escudero, cuando vió don Quijote que por el camino que iban venía hacia ellos una grande y espesa polvareda; y en viéndola, se volvió a Sancho y le dijo:

—Este es el día, oh Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte; este es el día, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en que tengo que hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? Pues toda es causada de un copiosísimo ejército que de diversas e innúmeras gentes por allí viene marchando.

—A esa cuenta, dos deben ser, —dijo Sancho—, porque de esa parte contraria se levanta asimismo otra semejante polvareda.

Volvió a mirarlo don Quijote, y vió que así era la verdad; y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venían a embestirse y a encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura; porque tenía a todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamientos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan, y todo cuanto hablaba, pensaba o hacía era encaminado a cosas semejantes. Y la polvareda que había visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venían, las cuales, con el polvo, no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba don Quijote que eran ejércitos, que Sancho vino a creer y a decirle:

—Señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros?

—¿Qué?, — dijo don Quijote —, favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos; y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, lo conduce y guía el grande emperador Alifanfarón, señor de la grande isla Trapobana; este otro que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo el rey de los Garamantas, Pentapolín del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



SANCHO PANZA

Moreno Carbonero

—Pues ¿por qué se quieren tal mal estos dos señores?, —preguntó Sancho.

—Quiérense mal, —respondió don Quijote,— porque este Alifanfarón es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolín, que es una muy hermosa y además agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano, si no deja primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se vuelve a la suya.

—Para mis barbas, —dijo Sancho—, si no hace muy bien Pentapolín, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere.

—En eso harás lo que debes, Sancho, —dijo don Quijote—, porque para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado caballero.

—Bien se me alcanza eso, —respondió Sancho,— pero ¿dónde pondremos este asno que estemos ciertos de hallarle después de pasada la refriega?, porque el entrar en ella en semejante caballería no creo que está en uso hasta ahora.

—Así es verdad, —dijo don Quijote—; lo que puedes hacer de él es dejarle a sus aventuras, ora se pierda o no; porque serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro. Pero estame atento y mira que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos a aquel

altillo que allí se hace, de donde se debe de descubrir los dos ejércitos.

Hiciéronlo así, y pusieron sobre una loma, desde la cual se vieran bien las dos manadas que a don Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbaran y cegaran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginación lo que no veía ni había, con voz levantada comenzó a decir:

—Aquel caballero que allí ves, de las armas jaldes, que trae en el escudo un león coronado rendido a los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la Fuente de Plata; el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembu, gran duque de Quirocia; el otro de los miembros gigantes, que está a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarán de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que, según es fama, es una de las del templo que derribó Sansón, cuando con su muerte se vengó de sus enemigos. Pero vuelve los ojos a esta otra parte, y verás delante y en la frente en este otro ejército, al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas a cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice *Miau*, que es el principio del nombre de su dama, que, según se dice, es la sin par Miaulina, hija del duque

Alfeñiquén del Algarve; el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierre Papin, señor de las baronías de Utrique; el otro, que bate las ijadas con los herrados carcaños a aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera, con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte*.

LA AVENTURA DE LOS CARNEROS

POR MIGUEL DE CERVANTES

II

Y de esta manera fué nombrando muchos caballeros y gigantes del uno y del otro escuadrón que él imaginaba, y a todos les dió sus armas, colores, empresas y mote de improviso, llevado de la imaginación de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo:

—Este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Janto; los que pisan los montuosos campos masílicos; los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia; los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte; los que sangran por muchas y diversas vías al dorado Pac-

tolos; los númeridos, dudosos en sus promesas; los persas, en arcos y flechas famosos; los medos; los partos, que pelean huyendo; los árabes, de mudables casas; los citas, tan crueles como blancos; los etíopes, de horadados labios, y otras infinitas cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis; los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil; los que pisan los tartesios campos, de pastos abundantes; los que se alegran en los eliseos jerezanos prados; los manchegos, ricos y coronados de rubias espigas; los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda; los que en Pisuerga, se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente; los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso; los que tiemblan con el frío del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino; finalmente, cuanto toda la Europa en sí contiene y encierra.

¡Válgame Dios, y cuántas Provincias dijo, cuántas naciones nombró, dándole a cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecían, todo absorto y empapado en lo que había leído en sus libros mentirosos! Estaba Sancho colgado de sus palabras, sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvía la cabeza a ver si veía los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubría a ninguno le dijo:

—Señor, encomiendo al Diablo, si hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice parece por todo esto; a lo menos, yo no los veo: quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.

—¿Cómo dices eso? —respondió don Quijote,— ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?

—No oigo otra cosa, —respondió Sancho,— sino muchos balidos de ovejas y carneros.

Y así era verdad, porque ya llegaban cerca de los rebaños.

—El miedo que tienes, —dijo don Quijote—, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas a derechas; porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo, que solo basto a dar la victoria a la parte a quien yo diere mi ayuda; —y diciendo esto puso las espuelas a Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, bajó la costezuela como un rayo.

Dióle voces Sancho, diciéndole: — Vuélvase vuestra merced, señor don Quijote, que voto a Dios, que son carneros y ovejas las que va a embestir. Vuélvase, ¡desdichado del padre que me engendró! ¡Qué locura es esta! Mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni entreverados. ¿Qué es lo que hace? ¡Pecador soy yo a Dios!

Ni por esas volvió don Quijote; antes en altas voces iba diciendo: — Ea, caballeros, los que seguís y militáis debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolín del arremangado brazo, seguidme todos: veréis cuán fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfarón de Trapobana.

Esto diciendo, se entró por medio del escuadrón de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venían, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron a saludarle los oídos con piedras como el puño. Don Quijote no se curaba de las piedras; antes, discurriendo a todas partes, decía:

—¿Adónde estás, soberbio Alifanfarón? Vente a mí, que un caballero solo soy, que desea de solo a solo probar tus fuerzas y quitarte la vida, en pena de la que das al valeroso Pentapolín Garamanta.

Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba muerto o mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela a la boca, y comenzó a echar licor en el estómago; mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos de-

dos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse a él los pastores, y creyeron que le habían muerto; y así, con mucha prisa recogieron su ganado, y cargaron con las reses muertas, que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa, se fueron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacía, arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le había dado a conocer. Viéndole, pues, caído en el suelo, y que ya los pastores se habían ido, bajó de la cuesta y llegóse a él, y hallóle de muy mal arte, aunque no había perdido el sentido, y díjole:

—¿No le decía yo, señor don Quijote, que se volviese, que los que iba a cometer no eran ejércitos sino manadas de carneros?

—Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladrón del sabio mi enemigo. Sábetelo, Sancho, que es muy fácil cosa a los tales hacernos parecer lo que quieren; y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo había de alcanzar de esta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas; si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno y síguelos bonitamente, y verás cómo, en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero.

MITRE

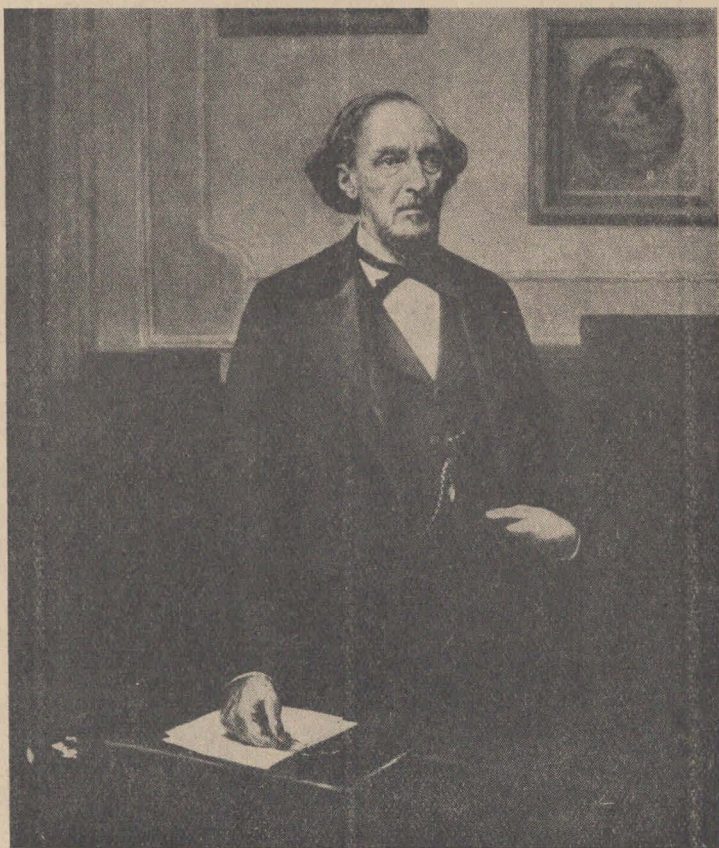
POR NORBERTO PIÑERO

Por sus eminentes dotes, habría podido distinguirse y sobresalir en cualquier profesión. Eligió las armas. No fué un guerrero de nacimiento ni un soldado por vocación. Lo fué por la necesidad de su tiempo.

La tiranía férrea que pesaba sobre el país, en los días oscuros de su adolescencia y de su juventud sin reposo, determinó su elección. Adoptó las armas, como un medio de propender a abatir la anarquía, a derribar el despotismo, a fundar la unidad nacional y el gobierno libre.

Las armas, la fuerza, constituyeron un instrumento en su lucha contra la barbarie, por el Derecho, por el orden, por la difusión del conocimiento, por la unión de los argentinos, por la paz. A ellas se unió el estudio de las Letras, el culto de la idea pura.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



Don BARTOLOME MITRE

El hombre de acción y el hombre de pensamiento se amalgamaban en uno solo, para formar el hombre de Estado. Y Mitre fué siempre un insigne hombre de Estado.



CANCION DE CUNA DE TABARÉ

POR JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

«Duerme, hijo mío. Mira, entre las ramas
está dormido el viento;
el tigre, en el flotante camalote,
y en el nido, los pájaros pequeños;
hasta en el valle
duermen los ecos.

«Duerme. Si al despertar no me encontraras,
yo te hablaré a lo lejos.
Una aurora sin sol vendrá a dejarte
entre los labios mi invisible beso.
Duerme, me llaman:
concilia el sueño.

«Yo formaré crepúsculos azules
para flotar en ellos;
para infundir en tu alma solitaria
la tristeza más dulce de los cielos.
Así, tu llanto
no será acerbo.

«Yo empaparé de dulces melodías
los sauces y los ceibos,
y enseñaré a los pájaros dormidos
a repetir mis cánticos maternos...»
el niño duerme,
duerme sonriendo.

.....
La madre lo estrechó; dejó en su frente
una lágrima inmensa; en ella, un beso,
y se acostó a morir. Lloró la selva
y, al entreabrirse, sonreía el cielo...



DEL TRATO QUE SE DA A LOS LIBROS

POR EUGENIO D'ORS

Ante el libro, reconozco inmediatamente al hombre de cultura. No necesito saber su manera de entenderlo. Ni siquiera su manera de leerlo. Me basta ver su manera de manejarlo.

Hay ciertos movimientos, casi instintivos, que designan desde la infancia, a quien será más tarde hombre de cultura. Hay, al revés, formas de maltrato a los libros, pronto denunciando del bárbaro que leerá muy pocos o que los leerá sin provecho.

Véanme ustedes ese desatentado que ha abierto el tierno volumen por la mitad, empuñando, a puño pleno, cada una de las dos porciones. Ahora lo lee y sus manos descansan en la parte alta de las hojas. Ahora lo deja y ha plegado una de éstas para dejar señal y recordar luego dónde ha quedado. Bien, pues yo os

digo que, las páginas que tan ineptamente maneja ese grosero, no las llegará a entender.

Quien las entenderá y gozará es este otro, este enamorado que, sin darse cuenta, ha acompañado ahora con una ligera caricia de los dedos la apoyada atenta caricia del mirar.

Jamás, entrará, estad seguros de ello, en los mejores alcázares del saber quien no conozca o adivine esta verdad profunda. Los libros no son objetos inertes, sino seres animados. Merecen la consideración, el respeto y, por decirlo así, la fraternidad que merecen los más delicados, los más sensibles, y también los más vindicativos entre los vivientes.



LOS ARBOLES Y LA VIDA

POR LEOPOLDO SUÁREZ

Todos los hombres sienten la belleza y la necesidad de los árboles, y nada como ellos contribuye tanto a hacer la existencia agradable en el universo.

Cuando se tiene el sentimiento verdadero del hogar y de la familia, al fijar la residencia y levantar la casa, se busca como inseparable compañero al árbol para disfrutar de su abrigo, de su sombra; para que el colorido follaje dé belleza al paisaje y distraiga el espíritu. Su presencia es indispensable en la vida diaria de los seres humanos, desde todo punto de vista que se le considere, social y económico. Durante su vida, se nos hace presente como un obrero generoso y desinteresado que trabaja infatigable y sin tregua por el mejoramiento de nuestras condiciones de existencia, purificando el aire, coloreando la luz, mejorando nuestra climatolo-

gía, regularizando y aumentando las lluvias, conteniendo la furia de los torrentes, el vigor de los vientos, de las heladas y defendiéndonos con su follaje, de las inclemencias caniculares.

Y considerado después de haber cumplido estas funciones vitales, cuando cae bajo el hacha industriosa, nos da su leña, sus maderas, sus fibras todas, para construcciones, las más diversas, que van desde la cuna del niño hasta la casa donde el hombre ve realizados sus más grandes ideales. El árbol llega en su generosidad a proporcionarnos hasta el más precioso de los elementos, la pasta con que se fabrica el papel, la pasta divina donde luego reflejamos y transmitimos las ideas, las concepciones de belleza, las idealidades y nuestras ansias de progreso, nuestros conceptos de verdad y de justicia y nuestros sentimientos de amor al bien y a la dignificación de la especie.





CARDON
En Guanchín (La Rioja)

Foto Alcides Plukenet

VARIACIONES PARA EL DÍA DEL ÁRBOL

POR ALVARO YUNQUE

Hoy es el Día del árbol,
maestro, hermano y amigo:
¡hoy trabajemos cantando!

De la tierra saca el árbol
la savia para sus hojas;
y aun la hoja más alta
devuelve a la tierra sombra.

El siempre nos hace bien:
ese árbol que no da frutos,
tira su sombra a mis pies.

Sol, agua, tierra, trabajo,
y una semilla fecunda;
nos dan la amistad: el árbol.

Dando flores, sombra y frutos,
árbol: hasta ayer fuiste árbol;
desde hoy sustentas un nido.
Desde hoy eres más que un árbol.

Te salvará este milagro,
loco mundo de los hombres:
¡el niño que planta un árbol!



ELOGIO DE MISIA HORMIGUITA

POR JUANA DE IBARBOUROU

Misia Hormiguita es una trabajadora y económica. Por eso en uno de los cajones de su cómoda tiene formado un montón brillante de moneditas de oro, producto de sus ahorros. Ayer, el señor Escarabajo, que usa una capa bonita de seda tornasol, vino a invitarla, en nombre de su señora, para una fiesta que ambos darán en honor de la señorita Mariposa, quien se casará dentro de unos días. Misia Hormiguita está perpleja. Tantas han sido sus tareas, que no ha podido hacerse un solo vestido de reunión para esta temporada. Piensa que tendrá que comprárselo hecho, lo cual le costará carísimo y quizás le comprometa todas las moneditas de oro. Esto la entristece, pues con ellas pensaba adquirir una pieza de crea. Sus sábanas están algo raídas y tiene necesidad de hacer cuando menos,

una media docena de sábanas nuevas. Valen un dineral las confecciones, que no siempre satisfacen plenamente. Así, decide no asistir a la fiesta. Pero su esposo le dice:

—Debes ir. Trabajas mucho y es justo que te diviertas. Sólo los haraganes no tienen derecho a la distracción y al descanso. Tú no estás en ese caso. Anda.

Entonces, Misia Hormiguita piensa:

—Teñiré de verde oscuro mi vestido de seda color oro. Lo bordaré con azabache de mi tapado, que ya no se usa, y tendré quizás un vestido elegante.

Y se pone a la tarea. Como el azul, combinado con el amarillo, produce el verde, Misia Hormiguita compra anilina azul en una farmacia, la deslíe en agua, le agrega unas gotas de alcohol y después de descoser su vestido, lo sumerge en ella. Lo deja así un rato, luego le enjuaga en agua clara y lo tiende al sol. En seguida lo plancha. ¡Hermosísimo! Parece nueva la seda. Saca moldes, corta, borda; de un vestido fuera de uso toma broches de presión; de una blusa descolorida, la cinta de talle; y, revolviendo en su caja de retazos halla un trozo de gasa plegada, sobra de otro vestido, que le viene maravillosamente para el escote de éste. Cuando concluido ya, se pone el traje para que su esposo la vea, éste lanza un grito de admiración. Misia Hormiguita está elegantísima, y tan elegantísima, que llama la atención general en la fiesta. Todos la elogian y algunas señoras cuchichean:

—Este vestido debe haberlo encargado a París. Es un prodigio.

Y Misia Hormiguita medita:

—¡Pensar que este traje que tanto gusta a todos, me importa únicamente diez céntimos que empleé en la anilina y mi trabajo!...

Ved, niñitas, lo que es ser hacendosa. El triunfo de misia Hormiguita no puede ser más justo. Se lo merece, por su ingenio y su prolijidad. Con las cosas viejas y un poquito de buen gusto, se hacen lindos atavíos nuevos y hasta bellísimos adornos para la casa. Misia Hormiguita tiene en su sala un precioso almohadón de seda pekín color ciruela, bordado con hilo metálico, que si lo hubiese comprado le costaría muchos pesos. Pero ella sacó la tela del forro de un abrigo pasado de moda, y el hilo lo tomó de la guarnición que engalanaba una capelina vieja de su hijita. Tiene, también, una hermosa pantalla de lámpara hecha con diversos recortes de sedas unidos con tal arte que parecen componer un extraño género oriental. Por eso, en la casa de misia Hormiguita hay holgura, comodidad y hasta lujo. Bien ganado lo tiene ella, que aun encuentra tiempo y oportunidad para ser caritativa, razón por la cual todos los pobres la quieren y la bendicen.

¡Quién fuera como misia Hormiguita!



EL SABIO Y EL BARQUERO

Un sabio embarcóse para pasar cierto caudaloso río, y, quizás por distraerse, pregunta al barquero:

—¿Sabes filosofía, buen hombre?

—No, señor,—le contesta aquél.

—Pues, haz de cuenta que has perdido la tercera parte de tu vida... Y... ¿sabes gramática?

—Tampoco.

—Pues, haz de cuenta que has perdido la mitad de tu vida... Y... ¿sabes historia?

—Tampoco.

—Pues, haz de cuenta que has perdido las tres cuartas partes de tu vida.

En este momento, un golpe de viento hace zozobrar el bote y los dos hombres caen al agua.

—Diga, señor mío, ¿sabe usted nadar?,—pregunta

el barquero al sabio, y éste, tristemente responde:

—No.

—Entonces, —replica con sorna el barquero— haga de cuenta que ha perdido la vida entera.



EL OBRERO

POR ALFONSINA STORNI

Mujer al fin y de mi pobre siglo,
bien arropada bajo pieles caras
iba por la ciudad, cuando un obrero,
me arrojó como piedras sus palabras.

Me volví a él; sobre su hombro puse
la mano mía: dulce la mirada,
y la voz dulce, dije lentamente:
—¿Por qué esa frase a mí? Yo soy tu hermana.

Era fuerte el obrero, y por su boca
que se hubo puesto sin quererlo, blanda,
como una flor que vence las espinas
asomó dulce y tímida su alma.

La gente que pasaba por las calles
nos vió a los dos las manos enlazadas
en un solo perdón, en una sola
como infinita comprensión humana.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



• PANTA VILQUES

Oleo por Jorge Bermúdez

CRISPIN Y CRISPINA

(*Leyenda*)

POR ROBERTO J. PAYRÓ

En los campos amarillea la mies madura, y bajo el sol de fuego se levantan torbellinos de polvo que no han podido aplacar las últimas lluvias. Es el momento de la siega. El paisano que ha sembrado va entonces a invitar a los vecinos a la fiesta estival, a la *minga*, que reunirá a todos en torno de su rancho, al son de las guitarras, a bailar y a beber aloja cuando cae la tarde, en las horas frescas, después que cada uno ha prestado su ayuda para recoger la cosecha — el trigo o el maíz, que aseguran el pan del año entero.

Dos vecinos labradores invitaron aquel año a Crispín y a Crispina, su mujer, y después de discutir entre ellos qué invitación aceptarían los esposos, resolvieron marcharse cada uno por su lado: Crispín a la *minga*,

en que seguramente se jugaría más a la taba; Crispina a aquélla donde el baile iba a estar, *de juro*, más alegre y animado. Llegó el día y apenas comenzó a amanecer, cuando ya se pusieron en camino, prometiéndose pasarlo alegremente.

Entre otros muchos defectos, tenía Crispín el de ser bebedor, y como consecuencia, en cuanto comenzaba a dominarlo la embriaguez, un pendenciero de marca. Sus reyertas se contaban por docenas y cuando la aloja «se le había puesto de sombrero» cualquier pretexto le bastaba y aún sobraba para desenvainar el cuchillo y emprenderla a tajos con el más pintado. Fuera de estas circunstancias, era el hombre mejor del mundo, cariñoso con Crispina, servicial con todos, muy amigo de sus amigos...

Y sucedió aquella vez lo que tantas había sucedido: Crispín armó camorra a uno de los invitados, salieron al sol los cuchillos, formaron rueda los espectadores y empezó el combate.

Crispín había bebido demasiado algarrobilla y su adversario fortuito era de muy armas llevar. El desenlace, a no dudarlo, sería desfavorable para el primero, a pesar de su bien ganada fama de ágil, diestro y valiente. Y así fué. El duelo no duró mucho. Una terrible puñalada en pleno corazón tendió a Crispín sin vida...

La *minga* se deshizo, el heridor huyó, los concurrentes se diseminaron para evitar responsabilidades ulteriores, y los dueños de casa quedaron solos, cuidando el cuerpo, aun tibio, de Crispín.

Un muchacho montó a caballo y corrió al rancho donde bailaba Crispina para anunciarle la desgracia...

Era en lo mejor del baile; rasgueaban las guitarras, volaban los vestidos almidonados, zapateaban las hojotas bajo el cobertizo iluminado por cuatro o cinco candiles, entrecruzábanse las relaciones y las letras, y Crispina se llevaba todos los sufragios.

Horas hacía que bailaba como en un frenesí, y ni en su frente se veía una gota de sudor, ni sus miembros elásticos retardaban los graciosos giros, con un dejo siquiera de fatiga.

El muchacho se acercó, triste y balbuciente, al espacio libre de mirones donde Crispina, entusiasta como nunca, ejecutaba en aquel momento la más airosa de sus mudanzas.

—Crispín ha muerto... —murmuró el chico.

Crispina lo oyó, lo oyó muy bien; pero arrebatada, enloquecida, siguió bailando, como bajo una influencia hipnótica, y contestó apenas:

—¡Tiempo hay para llorar!

¡Tiempo hay para llorar!... No quería saber qué grave golpe le había arrebatado a su marido, sino seguir bailando hasta caer rendida. ¡Tiempo hay para llorar!... Sí, más tarde lo lloraría, si su frivolidad de mujer coqueta no cegaba en ella las fuentes del sentimiento... ¡Tiempo hay para llorar!

Pero el castigo descargó fulminante sobre su cabeza: allí mismo, en pleno baile, quedó convertida en pájaro y muerta de vergüenza, acongojada al comprender lo

terrible de la celestial sentencia que la separaba, viva, del mundo de los vivos, batió medrosa las alas y voló rastreramente a ocultarse en los espesos matorrales, huyendo de las miradas, llamando a su marido, llorando su muerte hasta la eternidad... ¡Tiempo hay para llorar!

... Apenas comienza a madurar la mies y cuando bajo el sol de fuego se levantan torbellinos de polvo que no han podido aplacar las últimas lluvias de primavera, óyese entre las altas hierbas, óyese un llamamiento quejumbroso, un gemido tierno y doliente, sin que jamás se vea quién lo lanza en la soledad de los campos:

—¡Crispín! ¡Crispín!

Es la viuda que llora y llama, que tiene por delante el tiempo, todo el tiempo para llorar...

—¡Crispín! ¡Crispín!...

La avecilla vestida de plumaje pardo, enlutada en plena fiesta y para siempre, siempre también, hará oír su angustioso llamado, inútil siempre:

—¡Crispín! ¡Crispín!



UNA VIDA EJEMPLAR

POR MIGNET

Pocos han llenado tan plenamente una carrera tan gloriosa y llena de virtudes, como Benjamín Franklin. Hijo de un tintorero de Boston, que empezó por hacer velas de sebo, fué después impresor, redactó los primeros diarios de Estados Unidos, fundó las primeras fábricas de papel en aquellas colonias inglesas, a cuyas luces y civilización material contribuyó tanto; descubrió la identidad entre el fluído eléctrico y el rayo; llegó a ser miembro de la Academia de ciencias de París y de casi todas las corporaciones científicas de Europa; fué agente intrépido de las colonias esclavas ante la Metrópoli; embajador de esas mismas colonias insurreccionadas ante los Gobiernos de España y de Francia, y alcanzó a colocarse, a la par de Wáshington, como fundador de la independencia patria.

Indigente al principio, logró ser rico a fuerza de trabajo; de ignorante, se elevó a las alturas de la ciencia a fuerza de estudio; desconocido, obtuvo por sus descubrimientos como por sus servicios, por la grandeza de sus ideas y por la extensión de sus beneficios, la admiración de Europa y la gratitud de América.

Util constantemente a los demás, de una serenidad inalterable, alegre, gracioso, atraía con el encanto de su carácter y cautivaba con el atractivo de su talento.

Nadie narraba mejor que él. Aunque siempre se mostraba natural, daba a su pensamiento un giro ingenioso y a su frase un tono eficaz. Hablaba como la sabiduría antigua, a la cual él sabía añadir la delicadeza de los modernos...

Nunca manifestó aburrimiento ni impaciencia, ni mal humor, al cual llamaba *el desaseo del alma*, y decía que *la verdadera política con los hombres debe ser la benevolencia*. Su adagio favorito era que *la nobleza consiste en la virtud*.

Este género de nobleza, cuya adquisición facilitó a los demás con sus escritos, la manifestó siempre en su conducta. Se enriqueció con honradez, y se sirvió de sus bienes de fortuna con beneficencia; negoció con rectitud, y trabajó con desprendimiento y consagración en favor de la libertad de su patria y del mejoramiento del género humano.

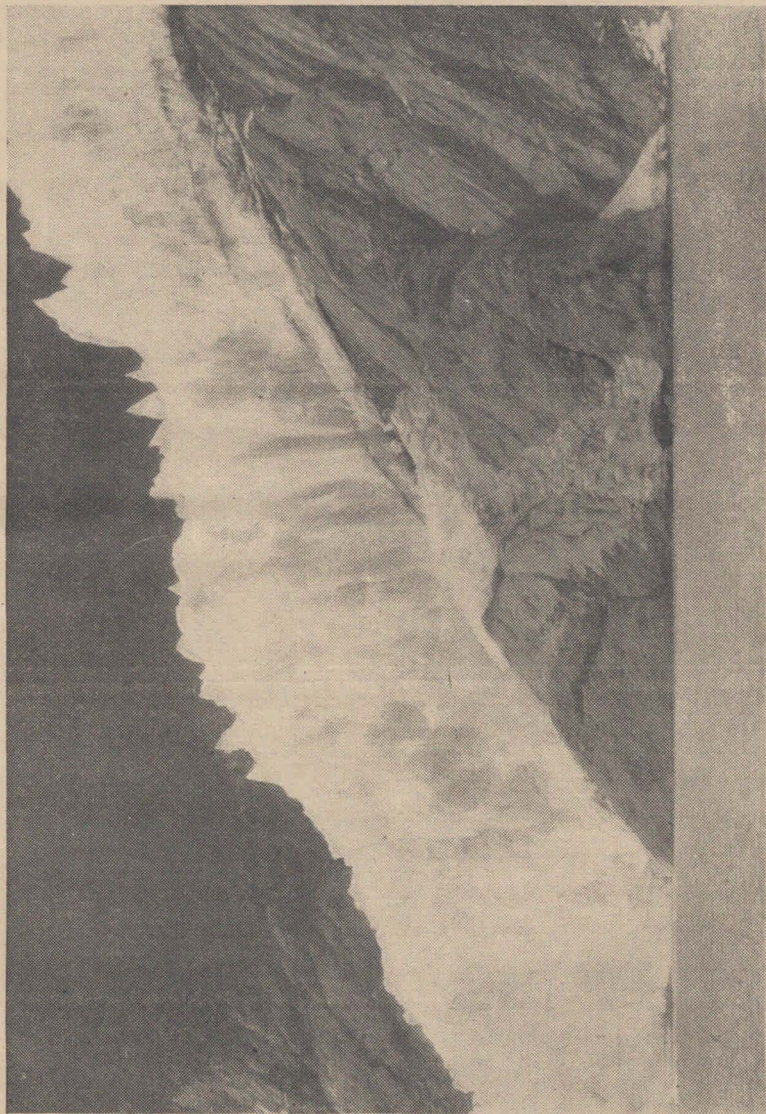
Por eso es que mientras se cultiven las ciencias, se admire el ingenio, se estime el talento, se honre la virtud, se ame la libertad, ha de recordarse venerablemente a Franklin.

VISION DE LA ISLA DE LOS ESTADOS

POR ROBERTO J. PAYRÓ

Aunque tranquilizándose poco a poco, las olas del estrecho jugaron con el barco, haciéndolo bailar un buen rato, pero todo anduvo bien y no tardamos en ver de cerca la silueta espantable de la isla.

Diríase que era la fantástica decoración de un drama sobrenatural cuyos protagonistas fueran los elementos desencadenados por la mano de un Prometeo en pugna con los dioses. Las nubes se enredaban haciéndose jirones en los picos agudos, bajaban a las peñas, colmaban las hondonadas, acudiendo de todos los rincones del horizonte para posarse como gigantes-cos pájaros cansados en aquel enorme escollo rodeado por los espumarajos de la rompiente y el hervidero de los remolinos.



Paisaje en los canales Fueguinos

Glacier Garibaldi

Nada más salvaje que aquella costa inhospitalaria vista desde lejos: acantilados, peñas a pico, rocas que avanzan desde lo alto hacia el mar, prontas a descuajarse; y ni una playa, ni un punto a que pueda acercarse un bote sin peligro de ser estrellado contra las piedras, como una cáscara de nuez, por las olas que se levantan muchos metros para caer pulverizadas en amarga lluvia, sobre las otras que vienen furiosas detrás a continuar el incansable asalto.

De cerca, la vista se sorprende al hallar que lo que parecía roca desnuda, es intrincada selva que trepa por todos lados, agarrándose a las aristas de la piedra, aprovechando las hendiduras, las grietas, los pequeños espacios abrigados, o adaptándose a las exigencias del viento en los sitios descubiertos, y estirando sus ramas de modo que resbale sobre ellas sin desgajarlas. La Isla de los Estados se halla poblada por la misma vegetación de Tierra del Fuego: árboles, arbustos, hierbas y parásitas son completamente análogos, hasta el punto de hacer creer que un ataque violento del océano, o una serie de ataques conducidos por los invencibles vientos del sur, se ha abierto un paso por lo que antes era el extremo de la gran isla fueguina.

Aquel abrupto montón de rocas, separado por el estrecho Lemaire de la Tierra del Fuego, en efecto, parece ser, y es sin duda la última excrecencia que despide hacia el este la colosal cordillera de los Andes.



LA ZORRA Y EL TAMBOR

(*Fábula hindú*)

Una Zorra, obligada por el hambre, merodeaba en un bosque para proporcionarse alguna caza. Divisó un gallo, de bella cresta y hermoso plumaje, y que marchaba gravemente rodeado de un crecido número de gallinas.

Se puso en acecho para no perder tiempo y que no se le escapara el gallo. En aquel mismo momento oyó un extraño ruido y, volviendo la cabeza, vió un tambor atado a un árbol, cuyas ramas, agitadas por el viento, golpeaban la piel tersa del instrumento produciendo un gran ruido.

—¡Oh! ¡oh! —se dijo la Zorra—; ese animal que hace tanto ruido debe ser mucho más excelente manjar que aquel gallo ya viejo.

Dejó, pues, de acechar al gallo, salió de su emboscada para ir derecha al árbol y por él trepó con mu-

cha dificultad. Saltó sobre el tambor y lo mordió con sus dientes; pero dentro de él no encontró más que aire.

Despechada se bajó del árbol para correr detrás del gallo, pero éste se había puesto en salvo con sus gallinas.

—¡Qué desgraciada soy! —dijo la Zorra enteramente confundida— me he dejado seducir por una cosa que se me desvaneció engañosamente. Mi almuerzo ha huido y no encontré en ese tambor hueco lo que producía tanto alboroto. No puede uno fiarse de las apariencias: ya lo sé para el futuro.



A LOS ESTUDIANTES

POR SALVADOR RUEDA

A vuestras manos ¡juventud divina!
ha de pasar la Patria que os venera,
desde el lienzo inmortal de la bandera
al aula de elocuencia peregrina.

Bajo el cielo de luz, bajo el gran Elios,
irán a vuestras manos inspiradas,
liras y leyes, música y espadas,
bisturíes, crisoles y evangelios.

Entre esos dedos que de luz florecen
aumentad el legado que os ofrecen,
y a otra generación brindadlo entero.

Que un siglo es sólo un vaso portentoso
que vierte el contenido milagroso
de otro siglo en el vaso venidero.



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

¡GRACIAS!

POR WALT WHITMAN

*Antes de que me vaya, pues ya me pesan los años,
quiero dar las gracias...*

*Gracias por todo lo que me dieron: la salud, el sol
resplandeciente, el aire impalpable, la vida...*

*Gracias por los preciosos recuerdos de padres, her-
manos, amigos; por todos los días de mi existencia,
no sólo por los de paz, sino también de lucha; por las
palabras suaves, las pruebas de afecto; por el pan, el
agua y el abrigo...*

*Gracias también a vosotros, oh, lejanos lectores
míos, desconocidos, perdidos en la sombra, innumera-
bles... Nunca nos vimos y tal vez no nos veamos ja-
más... sin embargo, hubo un momento en que nues-
tras almas se unieron íntima, estrechamente...*

Gracias por los hermosos libros, los colores, las formas, las nobles acciones, las frases de consuelo...

Gracias a vosotros, hombres robustos y valientes, abnegados y audaces, que habéis acudido en socorro de la libertad en todos los tiempos y en todas las regiones...

Y a los soldados de la inteligencia, los más heroicos guerreros de la poesía y el pensamiento, generales del alma humana... gracias también.

Como un soldado que vuela después de terminada la contienda, como un viajero entre miles de ignorados viajeros, digo a la larga procesión pasada:

¡Gracias!... ¡Gracias desde el fondo de mi corazón, lleno de alegría!



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

